



Subsec. 1^a
na

Q. 17-1^a

2769

Regalada a la Biblioteca pro-
vincial de Leon por D. Ben-
terio Gonzalez del Palacio,
Año 1897.

VIAJE A EGYPTO

CON MOTIVO

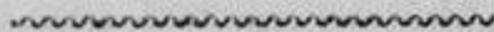
DE LA APERTURA DEL CANAL DE SUEZ,

Y EXCURSION AL MEDIODIA DE ITALIA,

POR EL DOCTOR

DON LÁZARO BARDON Y GOMEZ,

Catedrático de Griego en la Universidad Central.



MADRID.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CABEZA, NÚM. 27.

—
1870.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

EXCMO. SR. D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

Madrid 2 de Junio de 1870.

Queridísimo y respetable amigo: Aceptado por mi parte el precepto que Vd. tuvo la dignacion de imponerme, al partir para Oriente, respecto á escribirle una relacion extensa y fiel de todas las impresiones que recibiese en el viaje, puse manos á la obra tan pronto como hube descansado y segun lo permitian mis ocupaciones. Sobrado tiempo ha trascurrido, de lo cual me pesa bastante; mas al fin cumplo mi palabra del mejor modo que me fué posible. Otros amigos y personas, á quienes deseo complacer, exigen tambien de mí que este desaliñado trabajo vea la luz pública para que todos lo lean. No sé si he faltado en ser dócil hasta tal punto; pero nadie como Vd., que conoce excelentemente la amistad y la humana naturaleza, podria exculparme mejor aplicándome la indulgencia plenaria.

Jamás podia yo soñar merecer en todos los dias de mi vida tamaña honra como la que Vd. me ha hecho. Séale, pues, permitido de alguna manera la manifestacion de sincero y perdurable agradecimiento, á su afectísimo amigo y servidor

Q. B. S. M.

LÁZARO BARDON Y GOMEZ.

EXCMO. SR. D. SALUSTIANO DE OLIVERA

Madrid a 2 de Mayo de 1874.

Quiero decir y repetir a V. E. que he recibido con mucho gusto el telegrama de V. E. de fecha 24 de Abril último, en el que me dice que desea que yo me ocupe de la redacción de un libro que se publicará en el mes de Mayo próximo, y que me pide que le envíe un borrador de lo que he escrito sobre el punto que me indica. He tenido el honor de leer el libro que me indica, y he visto que es un trabajo muy interesante y que merece ser publicado. He escrito un borrador de lo que he escrito sobre el punto que me indica, y lo envío a V. E. en este momento. Espero que sea de su agrado. Me quedo a la espera de sus noticias. Me despido de V. E. con mucho gusto y respeto. Doy las gracias a V. E. por el honor que me hace al dirigirme a mí. Me quedo a la espera de sus noticias. Me despido de V. E. con mucho gusto y respeto. Doy las gracias a V. E. por el honor que me hace al dirigirme a mí.

LAZARO ARIAS Y GONZALEZ

PRÓLOGO.

Era el mes de Octubre de 1869, y acercábase á pasos de gigante la apertura del Canal de Suez. Un acontecimiento tan grande, en que iban á quedar perpétuamente unidos el mundo oriental y el de Occidente, formaba época en la civilizacion del siglo XIX, y no podia ménos de fijar la atencion de las personas cultas. Con efecto, la fama de las fiestas que allí se preparaban llenaba la vieja Europa, y de todas las naciones que la pueblan afluían viajeros á las orillas del Mediterráneo, esperando buques de vapor que los condujesen á la histórica tierra de los Faraones. Los gobiernos de todos los países se apresuraban tambien á enviar representantes, hombres de ciencia, y parte de su marina.

El Canal de Suez formaba el tema obligado de todos los círculos, y leíanse en las revistas y periódicos pomposas y amenísimas descripciones.

España no se descuidó tampoco, é hizo marchar comisiones oficiales pagadas por el Estado, compuestas de los hombres más eminentes en artes, ciencias y literatura, además de los que habian ido por su propia cuenta ó invitados por el Virey de Egipto.

El dia 27 á la una y media de la tarde en la Universidad Central entraba yo como de costumbre á explicar mi leccion de griego, y en la misma puerta de la cátedra me fué entregado un pliego, cuya lectura suspendí (creyéndolo asuntos del servicio) hasta la salida despues de las tres. Llegada la hora, y despedidos los alumnos, abrí con recelo aquel voluminoso envoltorio, y entre otros documentos leí el siguiente:

«*Embajada de España en París*
 »23 de Octubre de 1869.—Señor don
 »Lázaro Bardon: muy señor mio: Ha-
 »biéndome honrado S. A. el Virey de

»Egypto con el encargo de designarle
 »los nombres de los españoles á quie-
 »nes desea invitar para la inaugura-
 »cion del Canal de Suez, he propuesto
 »á Vd. entre otras personas distin-
 »guidas que me han parecido muy
 »dignas de este honor; y habiendo
 »sido aprobada mi propuesta, tengo la
 »honra de remitir á Vd. la invitacion
 »de S. A. y la nota que la acom-
 »paña.

»Aprovecho con gusto esta ocasion
 »para ofrecerme á Vd. como su atento
 »y seguro servidor Q. B. S. M.—SA-
 »LUSTIANO DE OLÓZAGA.»

Al mismo tiempo ví otra carta ínti-
 ma del Sr. Embajador en que me con-
 juraba tan fuerte, y me constreñia de
 tal modo para que me presentase en
 aquella embajada antes de la conclu-
 sion del mes, aceptando la invitacion
 y dispuesto á marchar á Egypto, que
 no me podia excusar por ningun ca-
 mino.

Cuál seria mi sorpresa y los apuros
 en que me ví metido, no es fácil que
 el lector se lo imagine. Solamente el

sentimiento del deber, y los ruegos de amigos verdaderos, pudieron decidirme á solicitar la competente licencia del Excmo. Sr. Ministro de Fomento en la misma tarde. Hallábame solo en Madrid, pues mi pequeña familia de dos únicas personas, doña Josefa Alcázar Bribian, señora anciana y á la sazón enferma, y una criada, estaban en Collado-Mediano, pueblecito de la Sierra de Guadarrama, á donde necesitaba yo ir para completar la maleta antes de emprender la peregrinacion. Cáta-me aquí, querido lector, desempeñando el papel del *Héroe por fuerza*. Después de haber salido los últimos expedicionarios españoles cuatro dias hacia, debia seguirlos yo solo, que en mi vida habia perdido de vista las Castillas, ni tenia práctica en hablar las lenguas modernas extranjeras; que no conocia lo que son viajes por tierra, y mucho ménos por mar; que sin preparacion de ningun género, ni dejarme resollar siquiera, ni preguntarme si tendria capacidad para tanto, puesto que nunca hice profesion de valiente,

se me forzó á plantarme en París de un salto, y de otro en las costas del mar Rojo, cerca de la Meca. ¡Vaya, que si esto no es demasiado, como yo creo, por lo ménos es bastante!

La mañana del 29, cuando triste y pensativo dejaba á Collado-Mediano, quiso acompañarme hasta la carretera que se dirige á la estacion de Villalba mi afectuoso y buen amigo el párroco D. Angel Blanco, que me estrechó fuertemente en la despedida y se volvió á casa llorando, por aquello de nuestros mayores:

¡Ojos que te vieron ir!...

He renegado mil veces de la suerte, porque nunca la tuve buena, ni me cayó jamás el premio de la lotería; mas este dia me sonrió un tantito, pues al tomar el tren en Villalba acerqué con un coche en que habia dos caballeros de Lisboa, muy instruidos y corteses, D. José da Silba Bento Souza y D. Caetano Rovere, que se dirigian á Bélgica por París. Cambiamos nuestras tarjetas y nos hicimos amigos inseparables, pasando alegremente el

camino en sabrosas conversaciones, entre las cuales no ocupó el menor espacio una larga y tranquila discusión respecto á union ibérica.

Con toda felicidad llegamos á la capital de Francia el 31 de Octubre, á las cinco y media de la mañana, con una escarcha más que regular. Me despedí afectuosamente de los portugueses, y media hora despues entraba en la embajada de España *Quay d'Orsay*, núm. 25, y me encontré tan temprano vestido y tomando chocolate al Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga. Por lo visto, los embajadores de hoy no viven tan regaladamente como los canónigos de antaño. No salí ya de allí para buscar otro hospedaje, y durante ocho dias fuí objeto de los más exquisitos cuidados por parte de aquella cariñosísima familia, sirviéndome todos de mentores. Este poderoso auxilio me allanó el camino para ver y admirar cuantas curiosidades de primer orden encierra París; *le cœur tout chaud de la France*, segun dicen algunos naturales, ó *el cerebro de Eu-*

ropa, como con menos modestia le llaman otros. Verdaderamente es muy bello París, y yo me permito aconsejar á los que no lo hayan visto, que se den por él una vueltecita si pueden, pues de seguro les habrá de servir de grandísimo esparcimiento.

Pasó aquella semana sin ser casi vista ni oída, y el 7 de Noviembre á las ocho de la noche montábamos cuatro españoles en la via férrea que tocando en Lion concluye en Marsella, á donde llegamos el dia siguiente á la una, habiendo corrido á razon de doce leguas y media por hora, que es harto correr sin descalabrarse.

He creído oportunos estos preliminares antes de emprender la narracion del viaje, que da principio desde el momento en que nos embarcamos. Dudo mucho poder satisfacer al público por la pequeña importancia de la mayor parte de los sucesos que refiero, y más aun porque no tengo costumbre de escribir en castellano: otra pluma más docta que la mia podría hacerlo mucho mejor, y todavía espero

que suceda. Si yo lo hago, no es enteramente por mi voluntad, sino por obedecer órdenes de personas que me merecen altísima consideracion y respeto. Por tanto, ó lector, ruégote de todas veras seas esta vez benévolo conmigo. Y adios hasta otra.

Madrid 1.º de Junio de 1870.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Dejamos la opulenta Marsella, verdadero emporio del presente siglo, en la mañana del día 9 de Noviembre (yo por mi parte previa la señal de la cruz como católico leones), y tomamos asiento en el *Vapor Guienne* de las Mensajerías Imperiales, que materialmente se llenó de invitados de todas las naciones. No se extrañe la señal de la cruz en quien, aunque pecador, teme á Dios, y sin presumir de hombre de valor ni mucho ménos, coloca sus derechos individuales bajo la proteccion de Mahoma, y por estreno entrega su cuerpo y su vida á la benignidad problemática de Neptuno.

Confieso que al salir del puerto me creí en

caso idéntico al raton Psicharpax de la Batrachomyomáchia, cuando cabalgaba humildemente sobre la ancha espalda del rey de las ranas, movido por la curiosidad de visitar el palacio Batrachino en las profundidades del piélago; y veía en mi imaginacion la cruel serpiente de cuello erguido, que apareciendo súbita, dió con todo al traste en medio del implacable elemento. Al principio era delicioso ver la estela que formaba el buque en su andar majestuoso, y el revoloteo de infinidad de gaviotas que saludaban nuestra despedida; iban quedando atrás y desapareciendo los puntos culminantes de la costa y ensanchábase el horizonte del mar; veíanse á la izquierda las islas Hyeres, y luego la isla del Titan.

Amaneció el dia 10 y se nos presentó tambien á la izquierda la isla de Córcega con algunos pueblecillos en su costa escarpada, y peñascos coronados de nubes; tierra al parecer estéril, pero que produjo al capitan del siglo, que henchió de gloria y de lágrimas á la Francia, y aun á la Europa entera. Mas adelante asomaba por la derecha la punta de Cerdeña, mar de Italia, y á cosa de las nueve empezó á encapotarse el cielo: entrábamós en los dominios del temible Eolo, rey de los vientos. Pasamos el estrecho Bocas de Bonifacio, todo rocas, vistas bellas: poco des-

pues un islote á la izquierda con una casa blanca que todos los viajeros procuraban escudriñar con alegre curiosidad; es Caprera, morada del ilustre Garibaldi; sitio árido, triste.

En la mañana siguiente nada hubo de notable, sino es una bandada de atunes que se divirtieron largo rato jugueteando á la proa del buque. Descubriáanse á las dos de la tarde cimas redondas y elevadísimas que dijeron ser el volcan Estrómboli, y otros picos de las islas Lípari. El mar, que estaba ya aventado desde las doce, arreciaba mas que medianamente, y una cuarta parte de los pasajeros, mareados muy de veras, guardaban por precaucion la postura horizontal. ¡Vaya por Dios, y qué deleznables son las alegrías de la vida! Así marchando entre esperanzas y zozobras nos sorprendió en lontananza la vista singular de unos cuantos peñones negros erizados y escuetos (los Capuchinos), que parecian gigantes saliendo del fondo del abismo. En medio de aquella ilusion indefinible llegó la noche y nos encontrábamos á las nueve en el estrecho de Mesina.

El colocar un farol á media altura de la antena pidiendo práctico, y las exquisitas diligencias que se tomaban en todo, nos hicieron comprender que el paso era peligroso. *¡Doucelemente la machine!* gritaba con voz

estentórea el capitán desde el puente. *¡Tres doucemente! ¡Redoucemente!* y al fin nos quedamos inmóviles.

Algunos momentos despues oíamos: *¡veni piloto, veni; non habeate pavura!* Entonces creímos distinguir al débil reflejo de la luna un punto negro á lo lejos en medio de las olas, y llegó á nuestros oídos una chillariza de gritos agudos y en tropel como riña de gorriones, que poco á poco se iban haciendo mas perceptibles. Eran siete ú ocho muchachos desarrapados, de doce á quince años, más valientes que el Cid; puesto que en aquel sitio y á aquellas horas llegaron remando con mucha dificultad en una lanchita como cáscara de nuez, hasta prenderse de un cabo que les fué echado desde el buque. Nos hizo agradable impresion oírlos hablar con aquella viveza del gracioso acento siciliano dandonos buenas nuevas de la salud de Victor Manuel, que suponíamos muerto del fuerte ataque que le habia postrado. Subió el mas granado de ellos al puente para dirigir el buque, y media hora despues llegábamos cerca de Mesina, despidiéndoles el capitán con tres napoleones de oro (60 francos.)

¡Loado sea Dios! Acabábamos de salir indennes del pavoroso tránsito entre Charybdis y Escyla. En tiempos antiguos inspiraba tal terror este sitio entre los dos escollos, que se-

gun la frase de Homero no se atrevian á pasarlo ni aun las palomas al vuelo. Cuando la tempestad impulsó por primera vez la nave de Ulyses, al pasar rozando á Escyla, el mónstruo de las siete cabezas que moraba en su cavernoso seno, saltando de improviso, le arrebató siete compañeros que subian miserablemente palpitando por el aire como peces clavados en el anzuelo, pendientes de la caña del pescador. Y posteriormente, corridas mil aventuras y calamidades sin cuento, al repasarle naufrago y solo montado sobre unas tablas, viéndose tragar por el volcan Charybdis que tres veces al dia sorbia y vomitaba, casi dentro ya de la voraz garganta, salvó su vida de un salto agarrándose á un cabrahigo que habia sobre la boca, en donde permaneció asido como un murciélago hasta que pasadas algunas horas se descolgó sobre los queridos restos de su nave, que volvian con el eructo envueltos en humo y cenizas. Hoy queda de Escyla el disforme peñasco ennegrecido por los años, sobre el cual está fundada una pintoresca poblacion del mismo nombre: el mónstruo, que suponian inmortal, duerme sin duda al presente puesto que no hace de las suyas. Charybdis en la parte de Sicilia, es una hermosa aldea sobre un arenal formando codo. Desaparecieron el volcan y el cabrahigo; y segun ob-

servamos á la vuelta de Egipto, que era de día, tiene el mar entre los dos escollos sobre tres kilómetros de anchura.

Pasado apenas el espacioso puerto de Mesina, cuyas luces reflejaban en el estrecho, y su magnífico faro; á la hora de las diez, en medio de un mar tranquilo y noche serena, llenos de confianza y ajenos de todo peligro, nos íbamos recreando fija la vista en Reggio, que huía á nuestra izquierda mano. De repente nos sentimos sacudidos por un horroso movimiento de trepidacion acompañado de voces y estruendo, como el disparo de baterías de cañones, corriéndose por la derecha de proa á popa. ¡Jesús nos valga, aquí llegó nuestra hora! Creimos haber reventado la máquina y hecho pedazos el barco: corriamos desalados de uno al otro costado para averiguar el suceso, y todo se volvía sustos y confusion. A buena dicha, salimos pronto de aquella congojosa angustia. Un bergantín de vela austriaco que bogaba de bolina, vino sin poderlo] contener su tripulacion á chocar contra una de las ruedas de nuestra férrea *Guienne*, y continuó tropezando todo lo largo.

No hubo desgracias personales; mas el bergantín pagó caro su atrevimiento, perdiendo el bauprés y sufriendo muchas otras contusiones. Hicimos allí alto: reclamaban

aquellos; reclamaban estos; se adujeron por unos y otros acusaciones y exculpaciones. Fué reconocido el bergantin varias veces, y visto que podia sin auxilio arribar al puerto inmediato, emprendimos de nuevo nuestra marcha dirigiendo la proa al mar de Grecia. Adios, Europa. ¡Hasta la vuelta!

CAPÍTULO II.



Nuestras ilusiones de bonanza habian desaparecido de una en una ante la consideracion de lo sufrido; y bien mirado entrábamnos, podia decirse, en altar mar, faltándonos por lo ménos cuatro dias de navegacion. Amaneció el dia 12 despues de una noche larga y molesta. Habia desaparecido la tierra y solo veiamos cielo nebuloso y un desierto de agua agitada y espumosa. El buque balanceaba mucho, y tuvimos la pena de ver atar cuidadosamente los platos y botellas á las mesas del comedor; los semblantes todos estaban tristes. Llegó la noche y con ella la necesidad de recogerse todo el mundo en la estancia de su camarote lóbrego, mal ventilado y sobradamente diminuto.

El festivo escritor griego Luciano, hablando del infierno, dice: «Que una vez que Eaco señala el espacio que haya de ocupar cada cual (y no da mas de un pié cuadrado á lo sumo), es fuerza encogerse de buena gana para no traspasar la medida.» Sin poder yo desechar esta especie de la imaginacion, figurábaseme entrar en el infierno, siempre que bajaba al camarote ó cabina. Supóngase un espacio cerrado, capaz de dos metros de largo, dos de ancho y otros dos de alto, con una puertecita de persiana fija del medio arriba. Tómense de aquí tres cuartas por cada costado de derecha é izquierda, que ocupaban las cuatro camas inmóviles, una sobre otra, á guisa de nichos de cementerio; descuéntense además otras tres cuartas de frente que llenaba una cómoda clavada al suelo, con tres cajones y lavabos fijos encima; y se tendrá el hueco restante con toda exactitud en que debían moverse los cuatro cuerpos semi-vivos de D. Victoriano Huesca, D. Joaquin Jamar, D. José Caunedo y el pobrete que escribe estas líneas. Y todos los camarotes de proa eran lo mismo.

Así que la hora de acostarse y levantarse abundaba en escenas grotescas por coincidir á menudo los cuartos posteriores de los unos con los órganos olfatorios de los otros. Enseñábanse paños menores de todas las fábricas

de Europa hasta por los pasillos, y oíanse gracejos y chascarrillos en todas las lenguas. Pero apenas lograba uno encajarse en su litera, no sin alguno que otro tropiezo de cabeza, se iba mitigando poco á poco la risa, al contemplar colgados en el techo cuatro roscones salva-vidas (para cada uno el suyo) que siempre estaban dispuestos, para que en caso de naufragio nos sirviesen de única maleta al dejar hundirse el barco, y echar á correr mas que de prisa por los húmedos caminos del mar embravecido.

Cuando nos acostábamos esta noche, habida consideracion al modo de bailar el buque y al fuerte mar de fondo que se sentia fuera, no nos parecieron los roscones tan aborrecibles. Cosa de las once serian, en que yaciamos rendidos por el sueño, apagadas todas las luces, y he aquí una alarma repentina que hacia crispar los pelos á cualquiera sér viviente. ¡Qué nos ahogamos! gritaban de todas partes. Despertamos despavoridos, oyendo el ruido de afuera, y el de nuestros trastos que nadaban dentro del camarote. Felizmente duró minutos el susto, porque los camareros vinieron á persuadirnos que no hacia agua el buque, pues la que nos inundaba habia entrado por una ventana que consiguió desatornillar para darse aire un pasajero imprudente. No hubo ya sueño

posible, y esperando cosas peores, agarrados con ambas manos á las tablas de la cama para no estrellarnos, aguardábamos impacientes la deseada aurora.

Los días y noches del 13 y 14 parecían interminables por lo largas. Un minuto en la desgracia se vuelve una hora, la hora un día, el día un año y la noche una eternidad. Lo interior del buque era una verdadera enfermería; la cubierta, tan concurrida anteriormente, contenía casi solos á los marineros de servicio; la mesa que antes era necesario preparar dos veces, por los muchos asistentes, estaba ocupada en las comidas con media docena de personas, y las mas de ellas no desde el principio al fin; ni podíamos comer sin apoyarnos muy bien y tomar el plato en la mano, y con todo esto solían volar las aceitunas. El ímpetu irresistible de los vientos, los golpes de agua que saltaban desde afuera y el terrífico balancear del barco, que apesar de su gran mole asemejaba á una devanadera y estaba á punto de volverse lo de arriba abajo á cada instante, hacían imposible la permanencia en todas partes. Agregábase á lo dicho el horrísono estruendo del choque de las olas, los portazos incessantes, el continuo arrastrar cadenas y marmomas, el rodar y entrechocarse los muebles, y lo que todavía nos era más aterrador, cru-

jia de tal modo el buque como si por momentos hubiera de hacerse astillas. ¡Cuántos señores invitados del Virey hubieran preferido en este trance ser sacristanes de monjas en su pueblo, al alto honor de ir comidos y bebidos, llevados y traídos, á presenciar las fiestas verdaderamente orientales del Canal de Suez!... ¿Qué digo? Yo mismo, que no estaba del todo mal avenido con mi piel, solía entretenerme á falta de sueño con los siguientes razonamientos: «¡Dios mio! ¿Si estará escrito que mis pobres carnes hayan de venir á ser pasto de peces en este desierto flotante, lejos de Europa y de la querida tierra pátria? ¡Quizá andando el tiempo vea algun pescador blanquear mis raidos huesos, arrastrados por la corriente, en algun arenal de la costa!...»

CAPÍTULO III.

Dice un refran muy verdadero que «no hay bien ni mal que cien años dure.» El primer rayo de luz del dia 15 vino á consolarnos en parte, y nos hizo ver que mejoraba nuestra afflictiva situacion. El viento fuerte calmaba,

sosegábase poco á poco el mar, el cielo estaba despejado, la salida del sol fué muy bella y la mañana deliciosa. A las diez y media descubrimos muchos barcos á lo lejos y un grande edificio sobre la izquierda hácia la parte de Oriente. Despues asomaba como un inmenso anfiteatro de árboles en lontananza. Mas tarde iban destacándose sobre el nivel del mar otros edificios y torres, y principalmente una gigantesca (el faro), que se alzaba aislada y potente como un gran ciprés. Entonces todos los pasajeros, olvidando las calamidades pasadas, se lanzaban alegres, catalejo en mano, á situarse bajo las toldillas de proa y popa para observar á Alejandría, que como á una legua de distancia nos presentaba un sorprendente panorama de la tierra baja de Egipto.

Al Poniente fuera de muros hay un elegante palacio aislado en medio de una llanura; cerca y á la orilla del mar movian con gran prosopopeya sus descomunales aspas veintidos molinos de viento, iguales á los de la Mancha y otras partes de España. Confieso ingénuamente que detesto la guerra y las batallas, pero al ver ya cuando nos aproximábamos acercarse un enjambre de árabes, atezados los unos, negros los otros, vestidos de mil colores todos, que cada cual desde su lancha, en que ondeaba la media

luna, nos solicitaban á ir á tierra, deshaciéndose en gestos y contorsiones y gritando desaforadamente cual si fueran sus pechos de bronce; me puse nervioso sin saberlo, é instintivamente buscaban mis manos espada ó lanza para acometer á aquellos canes, creyéndome sin duda trasportado á los tiempos de las Cruzadas, cuyas leyendas tenemos los de acá infiltradas en nuestra sangre. ¡Tanto pueden las preocupaciones recibidas!

Comunicóse á los pasajeros la órden de poder desembarcar los que quisiesen por dos horas; muchos lo hicieron y volvieron luego cargados de naranjas, dátiles y otros frutos del Egypto; mas yo, dominado por la impresion de los turbantes, que me hacian poquísima gracia, y deseando no sofocarme, porque hacia mucho calor, me estuve quietecito y dediqué este rato á pensar en Alejandro, el distinguido discípulo de Aristóteles, el grande hombre de la antigüedad si no hubiera sido tan ambicioso; y en la varia suerte que á través de los siglos ha cabido á las muchas Alejandrías fundadas por su inmenso poder.

A las cuatro de la tarde emprendiamos otra vez la marcha en direccion á Puerto Saïd siguiendo al vapor *Aguila* de la Emperatriz Eugenia, que nos llevaba dos horas de ventaja.

Por mis propios ojos tuve ocasion de observar la sin par hermosura de la luna de Egypto en una noche apacible del mes de Noviembre. De modo que nada tiene de extraño que los antiguos idólatras hayan creído una diosa benéfica la claridad del astro de la noche, si es que tiene algo de verdad el dicho de que *lo bello es hermano de lo bueno*.

El dia siguiente (16) habia de ser de muchas y gratísimas impresiones. Acompañado de brisa fuerte y fresca asomaba el sol coloreando una zona de nubes bajas por el Oriente, y divisábamos sobre el mar de agua otro mar de banderolas y gallardetes de mil formas y colores, que adornaban un sin número de buques de comercio y de guerra de medio mundo, anclados en la inmensa rada de Puerto Saïd. Y allí en el límite de los horizontes de agua y cielo oíamos músicas y veíamos confundidos los rayos del sol naciente y las nubes de colores con los fuegos chispeantes y los penachos de humo de la artillería de todas las naciones que saludaban la llegada de la Emperatriz Eugenia, verdadera reina de la fiesta. ¡Dios eterno. cuánto ruido! Entró S. M. I. en el puerto la primera; entraron despues las personas reales é imperiales de las demás naciones; entró á poco mi humilde y plebeya existencia,

seguida de aquel ejército de buques, que poco á poco se fueron colocando dentro de los magníficos muelles del anchuroso puerto. A todo esto los cañonazos de todas partes no cesaban un punto, porque no se acababan nunca los saludos y correspondencias de tanta y tan buena gente allí metida. De mí sé decir que tres veces me quitaron el gorro de la cabeza las baterías de un buque de guerra egypcio que tenia á la oreja. Y como apenas instalados comenzaron las visitas de los personajes y los paseos en lancha, renovábase á cada instante la funcion en todas las horas del dia; los tímpanos quedaron á prueba.

Reposados un tanto del mucho barullo, en medio de la línea que separa el Asia del Africa, nos arrastró el deseo de pisar esta última para inspeccionar de cerca la naciente ciudad vestida toda de gala. Es indescriptible el espectáculo de tanto buque empavesado en el puerto; de un verdadero bosque de banderolas, gallardetes y arcos de triunfo en todas las calles y paseos; de la multitud de arañas y vasos de colores preparados para la iluminacion de la noche; de la alegría y animacion de tantas razas de hombres confundidos allí en aquella torre de Babel. Quisimos asistir á la ceremonia religiosa de la inauguracion del Canal á las tres de la tarde, y toma-

mos con tiempo la conveniente posicion.

En un arenal situado á la derecha de la entrada del puerto se habian improvisado tres elegantísimos pabellones al aire libre, adornados con las banderas de todos los países y coronados por la media luna acompañada de una estrella, que es la enseña del Egypto.

Estos pabellones formaban un triángulo: el del vértice, hácia el Mediodia, que era muy grande, contenia muchos asientos en que debian colocarse los emperadores y reyes, el cuerpo diplomático, las altas dignidades de todas las religiones y cultos, los jefes de las diferentes marinas, representantes de toda clase de comisiones, etc., etc.: los otros dos pabellones, equidistantes del primero á la orilla del Mediterráneo, servian de capillas; para el culto mahometano la de la izquierda; para el culto cristiano y rito latino la de la derecha. Poco antes de la hora excitaba grande admiracion ver afluir allí, en medio del mayor silencio y compostura porque se respetaban los unos á los otros, hijos de las cinco partes del globo, pertenecientes á todos los estados sociales, armados y vestidos de mil modos, para doblar juntos la rodilla, invocando cada uno en su lengua á la faz de los elementos la proteccion del Padre comun que está en los cielos.

¡Cuántas reflexiones acudieron á mi mente en este rato solenne, que no vacilo en calificar el mejor de mi vida! ¿Es verdad lo que refieren todas las historias en punto á cruzadas y mil otras guerras de religion y de exterminio que affigieron á la humanidad en todas partes durante siglos? ¿Es posible que los hombres se reputen enemigos solo porque su traje, su idioma, su color, sus gustos, costumbres y apreciaciones sean diferentes? Vedlos ahí hermanos todos, confundidos todos en un mismo cuerpo y un mismo espíritu, respetándose y amándose mutuamente. Ni una palabra subversiva, ni una voz, ni un desacato, ni siquiera un gesto que pudiera traducirse como ofensivo entre tanta y tan diversa gente.

La ceremonia comenzó á vista de todos en ambas capillas á la vez. Concluyeron al instante los mahometanos, pues se redujo su quehacer á la lectura en voz baja de una oracion escrita. Entonces, sin moverse nadie, fijaban las miradas en el mayor aparato del culto cristiano, que duró más tiempo. Y por último, monseñor Baüer, capellan de la Emperatriz, dirigió la palabra en francés al inmenso auditorio cosmopolita, ensalzando las excelencias de Dios, que permite se hagan tan colosales obras para el bien de todos; y sin herir susceptibilidades, supo elogiar los

esfuerzos de unos y otros, merced á la libertad y tolerancia, tan necesarias para la paz del mundo. Así acabó aquella función religiosa singular, dejando en el ánimo los más placenteros recuerdos.

Al llegar aquí, debo hacer mención de una debilidad exclusivamente mia y muy española. Como todo aquel enjambre se moviese para volver á la población por una lengua de tierra que servía de paso, yo, que me habia colocado entre las dos capillas para ver con cada ojo su culto, dando la espalda al mar y el frente al pabellon de los reyes y á la multitud que lo rodeaba, trepé por medio de aquellas sillas y divanes, y entre el bullicio, como quien no hacia nada, tuve el atrevimiento de sentar algunos segundos mis humildes posaderas en el sillón todavía caliente de la presidencia, que acababa de abandonar la Emperatriz. ¡Miseria humana! Me pareció reanimarme y sentir cierto frescorcillo.

Pasamos así la tarde, boquiabiertos, admirandolo todo; y despues de comer en el buque, salimos de nuevo á ver la iluminacion y las músicas, que le hacian á uno dudar si realmente estaba en esta vida ó en la del paraíso. Como nadie temia ser comprendido de extraños, aunque hablase á voces, nos explicábamos sin embarazo alguno; y héte aquí

que, al pasar por medio de un grupo, oí decir en mal francés á una señora: «*De buena gana daría yo un abrazo á ese español, si le conociera.*» Volví la cara y la saludé: *Buenas noches, paisanita.* Decir esto y colgárseme del cuello como si nos hubiéramos criado juntos, todo fué una misma cosa. Era una pobre aragonesa de junto á Zaragoza, acompañada de un caballero francés marido suyo, que en nueve años de estar en aquella tierra de circuncisos no habia oido los acentos del gratísimo idioma de Cervantes. ¡Tanto puede el amor de la pátria en quien se ve muy lejos de ella!

Nos retiramos al fin cansados del mucho ejercicio; y deseando disfrutar todavía mas de aquella noche celestial (que tal pueden llamarse las de Egypto), alquilamos una lancha, en que estuvimos bogando por el puerto hasta altas horas de la noche. De cuando en cuando llegaba á nuestros oidos el eco de una guitarra asociado de aires de Andalucía en medio de aquel bosque de velas; supimos al dia siguiente haber sido una serenata, célebre por lo original, que la tripulacion de la fragata *Berenguela* y otros españoles de buen humor asociados, dieron á la Emperatriz Eugenia, cual hubieran podido hacerlo en el Albaicin de Granada.

CAPÍTULO IV.

Vino el día 17 con una mañana deliciosa, y el capitán comunicó á los viajeros la orden de trasbordarnos instantáneamente, pues que se habia dispuesto que el vapor *Guienne* en que estábamos no pasara mas adelante; nos designó los buques *Pelusa* y *Tabor*, ambos franceses. D. Joaquin Jamar y yo, que estuvimos mas diligentes, ocupamos lugar en el *Pelusa*, y nos llevamos tambien el equipaje de los otros dos compañeros D. José Caunedo y D. Victoriano Huesca. Mas estos, que se descuidaron un poco, no cupieron ya allí, y tuvieron que pasar al *Tabor*: accidente desagradable que nos obligó á estar separados tres dias.

Eran las ocho en punto cuando el magnífico *Pelusa* franqueaba de los primeros las dos agujas que hay en la embocadura del Canal de Suez, y nos conducia blanda y muellemente en direccion al mar Rojo, al través de los arenales ardientes del desierto.

Caminábamos á la pequeña velocidad de hora por legua próximamente con una tem-

peratura de 17 grados Reaumur, á la sombra y brisa fresca. Cien ilusiones de óptica amenizaban el cuadro en aquel horizonte dilatadísimo, en que se confundían el cielo y el azul del mar y de los lagos con la arena silícea cristalizada de las tunas ó colinas. En las someras olas del Memzaléh, que teníamos á la derecha, veíamos á gran distancia inmensas bandadas de pelicanos, que se asemejaban á rebaños de ovejas merinas esparcidos por el campo: tambien revoloteaban infinidad de patos, zarcetes y muchas otras especies de aves acuáticas de varios tamaños y colores. A la izquierda dejábamos miles de hectáreas de rico terreno desecado, que habrá de ser mañana el sosten de muchas ciudades, cuando la Empresa del canal determine ponerlo en explotación. Pasamos Ras-el-Eich, estación situada en un islote del Memzaléh, y llegamos á Kántara, punto en que cruzan el canal las caravanas que van desde el Cairo á la Meca, y una de las principales estaciones. Seguimos á la de El-Ferdan, situada en los lagos Ballah; y al dejar esta, cuando salíamos, era de admirar en la pequeña curva que forma el canal, el efecto sorprendente producido por la singular procesion de un sin número de barcos que, á distancias iguales, nos iban siguiendo pausadamente en medio de aquellas soledades. Los

obreros que encontrábamos á nuestro paso trabajando en las dragas, nos saludaban con alegres y entusiastas *hurras*, como si quisieran hacernos testigos del milagro que habian hecho sus manos. A la caída de la tarde penetrábamos en la meseta y estacion de El-Guisr, y entrábamos de noche en el pintoresco lago Timsah, ó lago del Cocodrilo. Es fama haber pasado por este sitio en otro tiempo San José y la Virgen María, huyendo con el niño Jesús de la crueldad de Herodes, que reinaba en Jerusalem.

A poco de entrar en el lago muy despacio, y parando á cada momento para dar tiempo á que se apartaran los que iban delante, sin duda por haberse atravesado un poco, encailló en el cieno el vapor *Pelusa*, que era muy largo. No se le pudo sacar á flote por entonces, de modo que, á excepcion de cuatro ó cinco buques pequeños de los que nos seguian de cerca, que, por su poco calado, pasaron saliéndose de la línea, todos los demás hubieron de permanecer en el canal hasta la mañana. Han sido muy celebrados los episodios fantásticos de las *Mil y una noches*. Pues bien; la realidad del mejor de ellos no seria comparable á lo que allí contemplaban nuestros ojos espantados. Lo interior del lago, sus dilatadas costas y la nueva ciudad de Ismailia, que lo termina, eran una áscua

de oro: iluminacion en los barcos y lanchas; iluminacion en el muelle; iluminacion en las islas; iluminacion en los campamentos, en los edificios, torres, jardines, calles, plazas y paseos; iluminacion en todas partes. Profusion de cohetes y fuegos artificiales. Multitud de músicas y danzas campestres al son de instrumentos raros y primitivos; hachones de viento que van y vuelven; masas de gente que se agita en las colinas; animacion, alegría indecible; tal era el panorama de aquella serena y feliz velada, que no olvidaré jamás.

Aunque el buen alojamiento que teniamos en el buque varado era harto estimable y satisfactorio; al compañero Jamar le entró tan irresistible comezon de tocar con las manos lo que veian sus ojos, que nos fué necesario desembarcar con otros pasajeros en una lancha de vapor que nos condujo al muelle, llevando solamente parte de nuestro equipaje. Y despues de haber corrido de hotel en hotel la mitad de Ismailia, nos convencimos de que era inútil toda diligencia, y consentimos, á falta de otro hospedaje, ser instalados en la tienda 35 del campamento número 2: la misma suerte tuvieron varios franceses, ingleses y alemanes que saltaron en tierra con nosotros. El menaje de la tienda, destinada para mayor número de huéspedes, consistia

en una estera sobre la arena, tres colchones, tres almohadas, tres sábanas de algodón nuevas, tres colchonetas idem, una silla de paja, una mesa de pino que quitaron al día siguiente, un jarro, una palangana, dos botellas de barro para agua y dos escupideras, todo ordinario: además había un farol grande con una vela de sebo y una caja de fósforos. Por afuera entre las filas de tiendas clavadas al suelo estaban colocadas, de trecho en trecho, tinajas con agua medio enterradas, y no faltaba tampoco una tienda grande destinada para comun de vecindad. Los árabes, para quienes la vida nómada es casi familiar, se pintan solos para hacer campamentos.

La comparacion entre el palacio flotante *Pelusa* y la débil tienda, me puso sobradamente mohino y receloso; no solo por dormir en el suelo, que aun así, harto tenía que agradecer á quien nada me debía; sino porque comprendí, que entre hijos desconocidos de tantas madres, como allí afluíamos, no era posible la confianza del domicilio y menos estando siempre abierto. Serian las doce y media de la noche, cuando encontrándome solo y pensativo, pero muy despierto, me ví obligado á recibir la visita de tres prójimos, tocados con gorros de pelo de camello y una especie de túnica parda, ni nue-

va ni de buen olor, atada por la cintura; las demás prendas de vestir debían obrar en poder de la lavandera por entonces, puesto que no las lucían sus robustos miembros. Estos tres señores, sin decir *agua va*, se entraron como Pedro por su casa y con el mayor desenfado revolviéron muchas veces todos los títeres que allí había, incluso nuestro equipaje, al parecer en busca de algo que no encontraban. No sabiendo yo si serían protectores ó enemigos, me concreté al papel de atento espectador, hasta que viendo que se dirigían á mí pidiéndome dinero, un tanto hosco de semblante y crispado de nervios, les indiqué la puerta, por donde se fueron en paz y á buen paso. Vino á poco el compañero y le referí la aventura; y por mas que el cansancio y la frescura de la arena nos convidaban al reposo, no fué muy notable el sueño de aquella noche.

CAPÍTULO V.

Luego que lució la aurora del día 18 salimos á explorar el sitio en que nos encontrábamos y tuvimos ocasion de admirar el sin

número de tiendas en torno nuestro, que parecían un inmenso vivero, del que á manera de conejos salían asomando la cabeza un ejército de moradores de la vieja Europa. ¿Donde guisan? preguntaba cada cual en su lengua. Y como hubiese cerca un grandísimo barracon de tablas, toda aquella masa de levita se lanzaba sobre él como nube de langostas capaz de devorarse un bosque.

Efectivamente estaban allí mesas abundantemente preparadas para mil y doscientos cubiertos cada tongada; y en todo el santo día y gran parte de la noche, continuaba sin cesar el ejercicio. Puede asegurarse que no bajarían de siete ú ocho mil los asistentes; de modo que tuvimos el placer los españoles de presenciar la verdadera realidad de las Bodas de Camacho descritas en el *Quijote*. ¡No hay mas Dios que Dios, y el Virey Ismail es el más generoso y hospitalario de los hombres!...

A lo largo de Ismailia por la parte del Sur corre de Poniente á Oriente el canal de agua dulce, y entre éste y el lago Timsah hay una zona de mas de media legua de largo por un kilómetro de ancho. En este espacio y paralela á la ciudad fija medio europea, habia otra ambulante puramente árabe, compuesta de largas calles de tiendas de campaña grandes y lujosamente adornadas

muchas de ellas, propias de jefes de tribu y gente noble del desierto: la animación y la alegría parecían tener allí su asiento principal y excitaban nuestra curiosidad.

Dedicamos la mañana á buscar nuestros compañeros dispersos, y los pocos compatriotas que por allí andaban. Vimos todo lo que habia más notable, y admiramos muchas cosas, sobre todo la pujante vegetación de jardines y paseos en aquel arenal de sílice, en que años antes no nacia un hilo de yerba. Por la tarde, y hasta las nueve de la noche, nos entró tan pronto la franqueza, que pasamos todo este tiempo de dos en dos, y solos, visitando tiendas árabes, sentándonos en sus divanes, fumando de su pipa, tomando su café y sus dulces; en una palabra, recibiendo de ellos toda clase de obsequios y las atenciones más delicadas. No podré olvidar una bebida singular parecida al té, que en copa de plata labrada, dentro de otra de rica porcelana, nos hizo servir caliente á D. Joaquin Jamar y á mí un distinguido personaje agareno. Si lo que la tradición refiere acerca del néctar de los dioses es verdad, esto debia ser néctar; tal era su sabor y los efectos vitales que producía. Por no parecer indiscretos dejamos de preguntarle lo que era aquello, y despues, por más que lo procuramos, nadie nos lo supo decir.

Muchos espectáculos militares de gentes del desierto que no eran tropa regular presenciábamos en aquel dichoso día, que aun ahora se me figura un sueño; pero entre todos merecen ser mencionados dos. Grandes pelotones de camellos á largo trote, llevando ginetes armados de espingardas, cantando y disparando tiros por intervalos, que á lo mejor solia echarse á perder por incorporárseles en la fiesta, montados en burros, ochenta ó cien europeos: y difíciles juegos de esgrima, en que trabajaban á la vez y combatían treinta ó cuarenta atletas musulmanes con garrotes, sostenidos por caballos de raza más ligeros que el viento.

Por la noche, á las diez, nos retiramos á preparar la *toalet* para asistir al baile del Virey en honor de la Emperatriz de los franceses. ¡No te compongás, que ya no vas! Abierta la maleta, cepillado y desmotado mi traje de ceremonia, y teniendo asimismo todos los demás adminículos á punto de caramelo, solo me faltaba sacar las botas.—Diligencia, que es tarde, decia el compañero.—Yo estoy pronto, repuse; voy á desenvolver las botas. Mi saco de mano tal vez lo habrá Vd. empleado para almohada ó asiento: venga; las voy á sacar.—Aquí no está.—Aquí tampoco.—Levantar toda esa ropa.—No parece.—Pues mi gaban no lo veo.—

—¡Nos han robado!...—El gaban de Vd. sirvió para cubrir mi saco de cuero, flamante, recién comprado en París!...—¡Adios, baile oriental tan deseado! ¡Adios, libros y papeles! ¡Desarmado en medio del desierto, sin que sea posible reparar estas pérdidas! ¡Me han partido!...

Cundió la noticia, y se presentó el comisario del Virey, encargado del campamento, que por cierto estuvo muy fino, y nos aseguró que si el ladrón fuese árabe parecería el robo. Mas todo lo que el buen funcionario trabajó fué inútil, y me alegré mucho, porque sobre este disgusto hubiera sentido mucho más ver empalar allí á un hombre por mi causa, pues la justicia de aquella tierra no se hace esperar y es harto ejecutiva. Al fin pude conseguir de mis camaradas que marcharan al baile, y me quedé solo, entregado á sombrías meditaciones.

CAPÍTULO VI.

¡En pié, que ya es día! gritaba yo al amanecer del 19 (y el buen Jamar, restregándose los ojos, creía estar todavía en el baile y el ambigú), voy á ver lo que pasa

por el campamento. Al instante de salir noté que llevaban equipajes al muelle, y dí la voz de alerta por todas las tiendas de los conocidos. Es de advertir que desde nuestra llegada á Egypto caminábamos á la ventura. Nada se sabia de lo que se iba á hacer, ni era posible el orden. Como andaban con nosotros tantos emperadores, reyes y príncipes, y los tales es sabido que no se someten á ningun reglamento, no habia hora fija para nada, ni podia anunciarse con anticipacion la salida de trenes y vapores. Gracias á la generosa providencia del Virey Ismail, que alcanzaba á todos y á todas partes, la plebe de viajeros, en uso pleno de nuestro albedrío, haciamos siempre lo que nos parecia mejor: nos acostábamos donde habia camas, comiamos donde veiamos mesas preparadas, ocupábamos los asientos vacíos de trenes y vapores, y todo esto mandando como si fuéramos los dueños, y siendo servidos á cuerpo de rey, porque Ismail pagaba, y pagaba con creces.

Salimos, pues, á la carrera con nuestros equipajes en direccion al muelle los cuatro compañeros otra vez reunidos, y D. Andrés Borrego, que se nos agregó, y nos metimos en la primera lancha que vimos atracada. Era esta del vaporcito de transporte *Alejandra*, que á poco se llenó hasta el punto de

no caber más gente sobre cubierta, que era el único local que tenía disponible. El acento castellano sacó de entre la multitud al pintor Sr. Gisbert que había ido solo; y cá-tate aquí reunidos ya seis hijos de Pelayo más bragados que el sol.

Tuvimos tal fortuna, que á las ocho en punto de la mañana entrábamos en el Canal que conduce á Suez, sin que nos precedieran más buques que el vapor del Virey. Pasadas las estaciones de Gebel Mariam y Cheik Ennedek, nos aproximábamos á Tussum, y confieso que nunca tuve más deseos de haber nacido zahorí. Al través de aquellas capas de arena y estratificaciones, creían ver mis ojos algunos restos de los carros de guerra y caballos del ejército de Faraon, que hace tres mil años fueron allí sumergidos por las olas del Mar Rojo, que entonces llegaba hasta Ismailia, cuando marchaban en persecucion del pueblo de Israel fugitivo, que guiaba Moisés por medio del desierto en busca de la tierra prometida. Mas nada se ha podido encontrar hasta hoy por la fuerza incontrastable de los tiempos. Dentro ya de los Lagos Amargos, admirábamos su grande extension y el verde esmeralda puro de sus aguas.

No hay bien cumplido en esta vida de lágrimas. Entre tantos motivos de entusiasmo

para todos, habia uno latente que producía cierto disgusto en los mas. El pernicioso estómago, como le llama Homero, pedia alimento, que era como pedir *cotufas en el golfo* hasta la tarde que debiamos llegar á Suez, visto que el buque no tenia comedor ni casi cocina. A las doce, cuando menos se esperaba, sube un camarero cargado de servilletas, entregando la suya á cada cual. Los semblantes cambiaron de aspecto, y echaban chispas de alegría los ojos. Sucesivamente fueron llegando panes, copas grandes, tenedores y cuchillos, y por último platos colmados de siete ú ocho magníficas raciones de fiambre exquisita, que se fueron entregando uno por individuo. Circulaban tambien sin cesar de mano en mano profusion de botellas conteniendo los mas ricos vinos de Europa, pudiendo todos elegir y turnar á barba regada, sin que se echaran de menos postres de frutas y buen café. ¡Bendito sea el *hartador* del mundo! diria aquí un andaluz. Nos parecia asistir á la reproduccion del milagro de los panes y los peces; y un voto unánime de gracias fué acordado por aquella asamblea al sábio anfitrión que tan heroicamente se portaba, sirviéndonos en tales circunstancias el mejor de los almuerzos desde su invencion hasta nuestros dias. Los Lagos Amargos se convirtieron para nosotros en

lagos de almíbar, y no habrá estómago de aquellos, por ingrato que se le suponga, que no lo predique á voces, si es menester, por los siglos de los siglos. Las horas felices corren á galope: así fué que apenas tuvimos ocasion de reparar en las pocas ramas que se descubren del bosque El-Amback, sumergido en los lagos, al formarse estos por la afluencia de los dos mares en su cuenca, y las múltiples repúblicas de aves marítimas que por allí vuelan y graznan; y tocábamos en la estacion de Chaluf, llegando todavía *loquentes variis linguis* á la rada de Suez, donde anclamos á las cinco menos cuarto de la tarde.

Nuestra primer hazaña, segun íbamos de bien templados, fué apoderarnos al abordaje y por derecho de conquista del soberbio y radiante vapor *Alfeo* de las Mensajerías Imperiales, surto en aquella bahía, dejando libre de polvo y paja al hospitalario *Alejandra*. Tomada pacíficamente posesion de tan digno y comfortable alojamiento, dimos rienda suelta á la imaginacion y al sentimiento abismados en contemplaciones estéticas inexplicables.

¡Mar Rojo de mi vida, cabo del mundo, la casa de mis padres dónde queda! Cuando sale uno por primera vez de su país y se encuentra á mas de mil leguas de distancia ve y

siente de otro modo. Nace una duda triste en el fondo del alma que pronto se trueca en abierta desconfianza, y á la vista de cielo y suelo distintos se considera extraño, solo é impotente, sin patria, sin parientes, sin amigos. Y con todo, ¡qué bella es una noche serena de plenilunio en la inmensa planicie de aquellas aguas! ¡Acá la cordillera majestuosa del Sinaí; allá las montañas calcáreas de la Líbia; del otro lado la fuente de Moisés! ¡Al resplandor de aquella luna de plata cree uno ver moverse las sombras de los Patriarcas; cree ver aproximarse las flotas de Salomon; cree oír el eco de los Faraones; cree penetrar los misterios que se han obrado en esta tierra sagrada, cuna de la religion y de la historia!

Pero dejemos á un lado las ilusiones de la fantasía para hacer un bosquejo de las obras del Canal de Suez, ya que la fortuna nos hizo recorrerlo de punta á punta. ¡Dios eterno. qué obras! En la entrada del Mediterráneo un ante-puerto y un vastísimo puerto, formados por veinte y cinco mil bloques de piedra artificial de la dureza y consistencia del granito, todos iguales, del volúmen de diez metros cúbicos y veinte toneladas de peso cada uno, fabricados allí mismo de la arena extraída y cales de Europa: además tres grandes muelles interiores. Para esto hubo

que cavar cuatro millones setecientos mil metros cúbicos de tierra, que depositada en el lago Menzaleh, inmediato al mar, constituyó el suelo sobre el cual está hoy fundada la nueva ciudad de Puerto-Saïd: ochenta kilómetros tiene de largo la tubería de hierro que la abastece de aguas potables. Desde aquí hasta Suez mide el Canal marítimo ciento sesenta y dos kilómetros de largo, cien metros de ancho y ocho de profundidad.

La masa extraída de las excavaciones suma setenta y cinco millones de metros cúbicos, y ocho mas del Canal de agua dulce son ochenta y tres. Hay que añadir la creación de tres ó cuatro lagos, la fundación de tres ciudades, que son: Puerto-Saïd, Ismailia y el nuevo Suez, hecho salir del medio de la rada con el nombre de *Quay Waghorn*; una multitud de aldeas con sus iglesias y mezquitas para el ejército de trabajadores Griegos, Armenios, Dálmatas, Árabes, Europeos, etc.; innumerables talleres, almacenes, estaciones; un material fabuloso de dragas gigantescas, barcas y trasportes. En fin, se pierde el sentido al ver los prodigios obrados por la mecánica en tan corto espacio, ayudada por la ciencia y la buena administración. Serian necesarios muchos volúmenes si hubiéramos de describirlo detalladamente. El valle de Gessen, tierra de los antiguos Patriarchas,

que yacia por tantos siglos en la oscuridad de la muerte, ha visto una grande luz y se levanta á ocupar su puesto entre las naciones mas adelantadas. ¡Loor eterno á los bienhechores de la humanidad!...

CAPÍTULO VII.

En la época de Alejandro y los Tolomeos era el Mar Rojo un criadero de ballenas, que se corrian al golfo Pérsico y toda la costa de Asia. Cuando Nearcho condujo la escuadra del héroe macedonio á Persia desde las bocas del Indus, tuvo que habérselas alguna vez con los mónstruos marinos que le impedian el paso, formando todas las naves en órden de combate y acometiéndolas con armas al son de instrumentos bélicos. En el país de los Icthyófagos no usaban para hacer casas de otros materiales que las costillas y grandes huesos de las ballenas, y aun midieron los mismos Griegos algun esqueleto que tenia de largo la enorme extension de cincuenta codos. Hoy, que todo ha cambiado, no debe haber ya tantas, si las hay, ni tan grandes. Nosotros solo vimos un caiman como de tres metros que se acercó á una de

las escaleras del buque á las ocho de la noche.

Al amanecer del día 20 habian entrado muchas embarcaciones desde Ismailia, y á cosa de las once empezó otra funcion de pólvora, semejante á la de Puerto-Saïd, por ocho navíos de guerra á la vez que saludaban los príncipes segun iban llegando.

Pasada la noche y la mañana en Asia, madre de los elefantes, saltamos en tierra de Africa á la una, y haciamos poco despues, montados en borricos, nuestra entrada triunfal en la tórrida Suez. Honda pena causa el pensar que muchos séres racionales han llegado á viejos en esta infeliz ciudad sin haber visto vegetacion, ni tener la menor idea de la verdura de los campos. Hasta poco há el agua, llevada allí desde el Cairo en cajas de hierro, se vendia por administracion á precios fabulosos, estancada como lo estaban en España la pólvora, la sal y el tabaco. Gracias á la Empresa del Istmo ve ahora pasar lamiendo sus muros un magnífico Canal de agua dulce que habrá de trasformarla por completo, creciendo además su importancia por el comercio de la India. Poco tiene que admirar Suez para los europeos, si se exceptúa lo peregrino de trajes y costumbres. Tiene sin embargo sus bazares, un mercado bien surtido de granos y se enseña todavía

bien conservada la casa en que se alojó allí el primer Napoleon. D. Joaquin Jamar y yo cometimos la imprudencia de entrar en una mezquita llena de creyentes en la hora de la oracion de la tarde; y así como en España, ú otra parte, nos hubieran apaleado y echado de mala manera por excomulgados y profanos; aquellos hijos de Mahoma nos dejaron estar estorbando en el mejor sitio todo el tiempo que quisimos y nos abrieron paso al salir despidiéndonos con la mayor afabilidad y cortesía. ¡Mucho tiene que aprender quien va al extranjero y compara!

La ansiedad que teníamos por salir cuanto antes de aquel infierno de calor y de polvo, nos hizo estar toda la tarde con haldas en cinta, como suele decirse, apercebidos para el momento en que saliese el primer tren. No sin sofocarnos mas que medianamente por haber corrido largo trecho con el equipaje por aquellos arenales, conseguimos montar en el que salia á las siete; y hémos aquí marchando alegremente entrada la noche sin saber á punto fijo dónde nos llevaban. Atravesábamos el desierto y valle de Gessen, y por mas que se ensanchaba nuestra pupila no veíamos ni un tomillo. Media noche seria próximamente y estábamos junto á la aldea Bir-Abu-Ballah, en que se conserva un pozo, cerca del cual, dice la leyenda, salió el cas-

to José á recibir á Jacob su padre y á sus hermanos, cuando bajo la proteccion de éste fueron á establecerse en Egypto. Tres horas despues pasábamos cerca de una colina á nuestra izquierda: llaman los árabes á este sitio Abu-Recheb (padre de la estatua). Efectivamente, véense allí las ruinas de Heroópolis (Ramsés de la Biblia) y se encuentra todavía en buen estado una estatua del gran Sesostris, Ramsés II. De esta ciudad salió el pueblo Hebreo para el desierto doscientos años despues de la llegada del patriarca Jacob. No se da un paso por esta tierra sin encontrar recuerdos de la historia antigua: con razon la llama Mr. Mariette la abuela de las naciones. Poco tiempo despues distinguíamos grandes árboles y vegetacion vigorosa: nos acercábamos al Cairo, en cuya estacion entramos á las cinco de la mañana del dia 21 de Noviembre.

Contra toda esperanza, pues habian afluido ya muchos viajeros, pudimos alojarnos en el hotel de las Pyrámidas á la entrada del Muski, punto el mas concurrido de la oriental ciudad, como si dijéramos tratándose de Madrid, la Puerta del Sol. Descansamos un rato y á las nueve y media entrábamos en el Museo de Bulak. Pocos años cuenta de existencia este Museo interino, y sin embargo encierra muchos objetos

sorprendentes y únicos en el mundo, tanto en las salas abiertas al público, cuanto en otros almacenes en que están hacinados, esperando á ver la luz el día que se construya el grande edificio Museo que está proyectado. Han sido acertadamente clasificados en *Monumentos religiosos, funerarios, civiles, históricos, monumentos griegos y romanos*, y por último *monumentos cristianos*. Vano sería mi propósito si intentara describir en tan corto espacio lo mucho bueno que allí se encierra. Voy sin embargo á decir algo de las cosas que llamaron mas mi atención en los dos únicos ratos que durante mi estancia pude emplear en visitarlo.

CAPÍTULO VIII.

En medio de la sala del centro hay una estatua de madera de mas de un metro, que representa un personaje en pié con el baston de mando. Su cabeza está descubierta, el pelo corto, y lleva por único vestido una especie de túnica no muy larga recogida por delante, y el resto del cuerpo desnudo. Tan gallarda es su apostura, y tal la perfeccion de su tallado, que parece viva y produce un

encanto indescriptible, sobre todo la cabeza. Una chapa ajustada de bronce figura los párpados, y encaja el ojo propiamente dicho, formado de cuarzo blanco opaco, conteniendo un pedazo de cristal de roca con un punto brillante en medio para la pupila. Este artificio produce el resultado de dar en cierto modo la vida á un sér humano, que murió hace la friolera de seis mil años, segun Mariette. Difícilmente podrá citarse en el mundo otra estatua de madera mas antigua y de más mérito; se encontró en Sakkarah (ruinas de Memphis.) Tambien se muestra en la misma sala el notabilísimo monumento que voy á describir:

Hácia el costado Sud-Este de la gran esfinge de Giseh, en un vallecito que forma el *thal-veg* de la corriente, ó inclinacion del suelo de las dos grandes pyrámides á medio kilómetro de distancia, poco mas ó menos, hay un templo de granito y alabastro ultimamente desenterrado (que tuve la fortuna de ver), dedicado á la divinidad Armachis (*Hor-em-khou*) adorada bajo la forma de aquella descomunal esfinge. En el fondo del pozo que existe en una de las piezas cavado en la peña, y destinado sin duda á las abluciones de los sacerdotes, pareció el precioso hallazgo de unas cuantas estatuas escondidas allí en una época desconocida; y

entre ellas, fabricada de piedra diorita, la del rey Chephren, fundador de la segunda pirámide, y hermano de Cheops, que hizo construir la primera. Las inscripciones grabadas en el zócalo quitan todas las dudas acerca de la autenticidad del monumento, á pesar de la fecha remotísima á que se refiere. Representa al rey sentado segun el ceremonial egypcio, tendida la mano izquierda sobre el muslo, y sosteniendo en la derecha una especie de faja doblada. Detrás de su cabeza hay una ave como gavilan con las alas extendidas en señal de proteccion; y á los dos lados están representados en gruesos relieves los tallos de las dos plantas que designan el alto y bajo Egipto, entrelazadas alrededor de la letra *Sam*, simbolo de reunion.

El aspecto de esta cara en perfecto estado de conservacion, que debe ser el verdadero retrato de Chephren en su edad madura, tiene un aire de majestad y reposo tranquilo que deleita y admira al mismo tiempo; los hombros, pecho y rodillas, todo en fin revela un cincel maestro que no pudo embotar la infinita dureza de la diorita. La silla, cuyos brazos terminan en cabezas de leon, es notable bajo mas de un punto de vista en sus detalles: todo, en una palabra, representa y traduce fielmente la verdadera natura-

leza. Y si á esto se agrega que Chephren es el tercer rey de la cuarta dynastía egypcia, segun Manethon, fácilmente se comprenderá el mérito y antigüedad prodigiosa de este monumento.

En la sala de Oeste, á derecha de la puerta de entrada, se ven colocadas en un cajon quince cabezas de reyes. Estas cabezas, hechas de piedra calcárea, descubiertas entre las arenas de la necrópolis de Sakkarah en un sitio que no parece haber sido sepulcro, debieron ser modelos para una escuela de escultura. Efectivamente constituyen una coleccion perfecta; y desde la primera, apenas desbastada, hasta la última, atildadamente concluida, forman verdadera escala. Una de ellas está cortada por la mitad de la cara con objeto de hacer notar mejor el perfil; y las hay tambien cuadriculadas para que resalten mas las proporciones. Todo esto prueba que los que vivieron en aquellos remotos tiempos sabian apreciar la importancia de los buenos métodos.

Entre los diferentes utensilios que contiene el armario N de la sala de Este, se ven diversas telas mas ó menos finas, una escoba, dos palas de madera, un nivel de albañil y cuerdas. Tambien hay un martillo de picapedrero que fué encontrado en lo interior de una pared de fábrica del *Mastabat-el-Fa-*

raoun (Sakkarah), y por consiguiente contemporáneo del último rey de la quinta *dynastía*: esto es, cincuenta y ocho siglos anterior á nosotros. Además se custodian dentro del mismo armario taburetes, sillas y vasos de aquellos tiempos; zapatos de hojas de *papyrus*; frutos y granos, cebada, trigo, lino, racimos de uva y hasta panes groseramente hechos, encontrados en los sepulcros de *Drah-abu'l-neggah* (undécima *dynastía*). Nos hicieron notar que estos granos habian perdido la virtud germinativa, puesto que despues de muchos ensayos de siembra no nacia ninguno, y lo mismo sucedia con muchos huevos procedentes de las escavaciones de *Sakkarah* (ruinas de *Memphis*).

En los escaparates ó vitrinas de la misma sala se guardan gran variedad de objetos pequeños de formas raras y dibujos los mas caprichosos: peines de todos tamaños; anillos de plata, cornalina y porcelana esmaltada; cajas de perfumes (con su cuchara de mango dibujado y calado) imitando aves, cuyas alas sirven de tapas del hueco de la caja; algunas agujas finas y largas de condon casi imperceptible, hechas de cobre ó bronce (pues sabido es que los egypcios no hicieron jamás uso del hierro); espejos de mano con el mango de bronce calado; paletas encera-

das para escribir; peones para el juego de damas; balanzas y pesos de diferentes formas y materias; plomos de albañilería; machetes, cuchillos, tijeras, anzuelos como los que hoy conocemos; y por último, la paleta de un pintor con sus cinco receptáculos, que todavía conservan los colores. Contra todas las dudas que se relacionan con las cuestiones de cronología egypcia, nos creemos autorizados (dice Mr. Mariette), para afirmar que este frágil monumento es anterior al patriarca Abraham.

CAPITULO IX.

—

Quisiera hacer formar al lector una idea, aunque remota, de las alhajas preciosas y joyas que allí están expuestas, y principalmente las de la reina Aah-hotep, encontradas en su tumba de Drah-abu'l-neggah (Thébas), dentro de la misma caja que contenía su cadáver, hoy convertido en perfecta mómia, y depositado en la *Salle des Bijoux*, y son las siguientes:

Una hacha de bronce sin mango en que está la leyenda del rey *Kamés*.

Una barca de treinta y nueve centímetros

de longitud, con sus remeros, todo de plata maciza.

Un brazalete de oro de doble charnela con figuras también de oro, finamente grabadas sobre un fondo azul de pasta de vidrio, imitando el lapis-lázuli. Amosis está de rodillas, y en su rededor el dios Seb y los géneos de la tierra en actitud de adoración: estylo finísimo.

Dos brazaletes de oro y perlas: estas son de oro, de lapis-lázuli, de cornalina roja y de feldespatho verde, enhebradas en hilos de oro.

El conjunto representa un tablero de damas con cuadros de dos colores. Y una lámina, en que se lee el nombre de Amosis, dividida en dos partes, que se juntan y separan mediante una agujeta de oro, sirve para cerrar.

Otro brazalete de oro, de grandes dimensiones, compuesto de dos partes reunidas por una charnela. El exterior representa un buitre con las alas extendidas: el juego de plumas está imitado por piedrecitas de lapis-lázuli, de cornalina, y pasta de vidrio del color de feldespatho, engastadas en rebordes de oro; trabajo muy común entre los plateros egypcios. La parte posterior más delgada la forman dos bandas paralelas adornadas de turquesas.

Una bella diadema de oro riquísimamente decorada. Entre otros adornos hay dos esfinges de oro en campo azul.

Una magnífica cadena de oro de noventa centímetros de longitud, de la cual está pendiente un escarabajo macizo de artificiosa y bellísima estructura, rematando las dos puntas de la cadena en cuellos de ganso con el pico graciosamente recorvado.

Otra cadena de oro con tres moscas de oro macizo suspendidas. Este conjunto constituye una especie de adorno del pecho, que se llevaba colgado del cuello.

Otro brazalete de perlas de oro y lapis-lázuli enhebradas en hilos de oro; los hilos y perlas bastante espaciados para que la luz pueda pasar al través. En el broche contiene la leyenda de Amosis.

Otro idem de oro macizo y muy grueso sin ninguna decoración.

Pequeños rectángulos de oro en que se notan enhebradas algunas perlas. Son restos de brazaletes destruidos por el tiempo.

Dos anillos huecos de oro habiendo probablemente servido de brazalete, como la armilla con que se adornaban las mujeres en la antigüedad clásica, particularmente en Grecia. La colección de alhajas de la reina Aah-hotep comprende muchas de este modelo.

Variedad de anillos de oro, ó armillas de pierna. Estos anillos son chatos y huecos, y están orlados en su circunferencia exterior de una cadenita de hilos de oro trenzados, imitando filigrana.

Un collar de oro formado de muchos rosetones, de que están pendientes otros adornos imitando almendras. Tiene piedras incrustadas, y los colores rojo y azul son pasta á manera de esmalte.

Dos moscas de oro y plata que debieron pertenecer á la decoracion de un collar.

Un soberbio collar *usekh*. El collar *usekh* lo llevan las mómias por prescripcion del Ritual egypcio: se abrocha á la espalda y cubre el pecho completamente. El que nos ocupa es de una forma tan rica como extraordinaria. Tejido de cordoncillo de oro retorcido, forman su diseño flores de cuatro pétalos abiertos en cruz, leones y antílopes corriendo, chacales sentados, gavilanes, buitres y víboras con alas.

Un pectoral, verdadero modelo de arte, figurando un *náos* ó pequeña capilla. Dentro está representado Amosis en pié sobre una barca. Dos divinidades, Ammon y Phré, vierten agua sobre su cabeza en señal de purificacion; y dos gavilanes vagan sobre la escena como symbolos del sol vivificante.

Una hacha ó machete con mango de cedro

recubierto de una hoja de oro, jeroglyphicos calados, é incrustaciones de lapis-lázuli, cornalina, turquesa y feldespatho. El hacha es de bronce, y la adorna una espesa hoja de oro, teniendo en sus dos caras preciosos dibujos de figuras alegóricas en varios colores.

Un preciosísimo puñal con su vaina, todo de oro. La lámina es la parte más notable de este magnífico monumento. Siendo de oro, ocupa su centro una banda de otro metal duro y negruzco, sobre el cual hay figuras que parecen á las damasquinas. El puño está decorado con un dibujo de triángulos de oro, lapis-lázuli, cornalina y feldespatho; y la soldadura de la lámina al puño está artísticamente disimulada por una cabeza de Apis revuelta: tiene inscripciones por ambos lados; y todo él lleno de figuras y flores de una gracia y armonía inimitables.

Otro puñal, cuya lámina es de bronce rojizo, muy pesado. El pomo es de un disco de plata de forma lenticular, que se apoya para usarle sobre la palma de la mano cerrada, dejando pasar la lámina por entre el índice y dedo del medio.

Otro idem, muy bello, con el pomo de oro y la lámina de bronce blanquecino.

Dos cabezas de leon; la una de bronce puro, y la otra de bronce revestido de oro: es notable la ferocidad que revela esta última.

La cabeza de leon es el jeroglyfico de la palabra *peh*, que significa *valentía*.

Un machete de plata con el mango de cuerno recalzado de oro en su extremidad inferior.

Nueve pequeñas hachas ó machetes; tres de oro y seis de plata. En los jeroglyficos, el hacha nueve veces repetida designa el conjunto de los dioses.

Un espejo: los egypcios supieron dar á este mueble la mas elegante forma. El mango imita el tallo y la flor abierta del papyrus: el disco, cuando está bien conservado, tiene una especie de barniz de oro, que le comunica la propiedad de reflejar los objetos.

Un baston de madera negra, recorvada su extremidad mas gruesa y revestido de una larga hoja de oro en espiral: especimen único. Iguales á este son los garrotes que llevan hoy los habitantes de la Nubia y del Sudan.

Un espanta-moscas ó *flabellum*: el mango y armadura son de madera recubierta de una placa de oro. En el borde se ven todavía los agujeros en que entraban las plumas de avestruz. Todo él está esculpido de figuras simbólicas groseramente ejecutadas.

Y por último, una barca de oro macizo de igual tamaño á la de plata anteriormente descrita, poco mas ó menos. Esta barca está montada sobre un soporte de madera, espe-

cie de carro con cuatro ruedas de bronce, de cuatro rayos cada una. Por sus formas ligeras y graciosas hace recordar las barcas célebres del Nilo, construidas, según Plinio, de papyrus, de juncos y de cañas. Componen su tripulación doce remeros de plata; en el centro hay un pequeño personaje que lleva en su mano un machete y un bastón recurvado por el extremo más grueso, parecido al mencionado atrás. En la delantera otro personaje en pie dentro de un pequeño camarote decorado al exterior con muchos emblemas llamados *cíngulos* ó *ceñidores*. En vez de timón, que entonces no se conocía, hay colocado en la trasera un remero con un remo de paleta muy larga de oro puro.

Todas estas alhajas, como la reina Aah-hotep que las poseía, datan del primer monarca de la *dynastía* décima octava; y por consiguiente cuentan diez y siete siglos de anterioridad á la era cristiana.

Mucho más pudiera decir acerca de las preciosidades de esta *Salle des Bijoux*; pero solo haré mención de otro verdadero modelo del arte egypcio que hay en ella. Consiste en una estatua de alabastro sobre zócalo de granito gris, recostada á un pilar. Representa la princesa Ameniritis, suegra de Psamético (XXVª *dynastía*). Ostenta la gran peluca de las diosas; en la mano izquierda tie-

ne un látigo y en la derecha como una bolsa. Los brazaletes son de un trabajo exquisito; sus formas son castas y puras, y el conjunto un dechado de clásica elegancia; el pilar y zócalo están llenos de inscripciones y alzan casi dos metros.

CAPITULO X.

—

Antes de abandonar este museo, en donde se me quedó pegada el alma, voy á decir cuatro palabras acerca de las mómias, pues las hay tan notables, que por lo que resta se deduce cuáles debieron ser los trazos de su fisonomía cuando estaban en esta vida de lágrimas.

Herodoto en su historia de Egipto hace una reseña del método que usaban, y es como sigue: «Hay, dice, quienes ejercen la industria de embalsamar los cadáveres. Estos tenían en su establecimiento modelos hechos de madera, pintados y preparados, imitando toda clase de embalsamados, y los enseñaban para que eligiese quien presentaba el cadáver, y pudiesen convenirse en el precio, ya fuese de todo lujo, moderado ó barato.»

«Conforme al primero, practicaban un taldro por dentro de la nariz hasta el cerebro, y sacaban por allí toda la masa encefálica del muerto, rellenando aquella cavidad con sustancias aromáticas. En seguida le hacían en la ingle una incision con una piedra de agudo corte, de las de Etiopía, por donde le extraian el vientre y las entrañas, lavando todo el hueco con vino de palmas, y espolvoreándolo con aromas molidos. Despues vuelven á llenar el estómago y vientre de mirra pura en polvo, de cásia y otras resinas, á excepcion del incienso, y cosen la incision abierta. Preparado así el cadáver lo ponen á salar dentro de una disolucion de nitro por espacio de setenta dias; pasados los cuales, lo sacan, lo lavan perfectamente y lo ciñen de piés á cabeza con una venda de lino pegada con goma, muy apretada y bien unidas las vueltas. En este estado ya, vuelve á recibir el muerto su familia, y colocado en una caja de madera de figura humana, lo cierra y déposita en los subterráneos, puesto de pié y arrimado á una de las paredes.»

«El segundo modo consiste en inyectarle por el asiento lavativas de aceite de cedro repetidas veces hasta llenar la cavidad; despues lo salan en nitro los setenta dias, y últimamente le vuelven á sacar el aceite que

arrastra consigo al salir los intestinos y entrañas disueltas; y tal es su fuerza, que deja el cuerpo con la piel y huesos solamente, consumida toda la parte gruesa y húmeda de la carne.»

«En el tercer caso se limitan á limpiarle el vientre con abluciones y salarlo despues los setenta dias.»

Segun esta descripcion, nadie extrañará que se conserven por tanto tiempo las mómias egypcias; pues no solamente quedaban hechas cecina, como solemos decir, sino verdaderamente petrificadas. En prueba de ello citaré un hecho que refiere el mismo Herodoto. Cuando Cambises el persa se apoderó de Egipto, se trasladó desde Memphis á la ciudad de Saïs con el siniestro objeto de maltratar el cadáver del rey egypcio Amásis, de quien creia haber recibido agravios, sepultado ya años habia. Profanó el asilo de los muertos, abrió la caja que contenia el cuerpo de Amásis embalsamado, y lo mandó apalear, pinchar y despedazar al aire libre. Los encargados se cansaron en vano de darle porrazos y cuchilladas; el cadáver de Amásis resistió á todo por estar hecho una piedra. Así que, convencido de esto Cambises, lo mandó quemar para no verse burlado.

Diré tambien brevemente lo que son los subterráneos egypcios, de donde han salido

tantas mómias y otros monumentos de inestimable valor que pueblan á Bulak y los mejores museos de Europa. Los sepulcros de la gente rica de Egypto constaban de una capilla sobre el suelo, mas ó menos suntuosa, compuesta de muchas ó pocas habitaciones, destinadas al culto de los muertos y á recibir las ofrendas en ciertos dias del año y las estátuas de los difuntos. Examinando el pavimento de estas cámaras se encuentra en el rincon de alguna de ellas un pozo cuadrangular, cegado con cascote y cemento endurecido, que cuesta gran trabajo arrancar. Revestidos de muro estos pozos solamente hasta encontrar la peña, continúan bajando á pico diez ó doce y algunos treinta metros, y se conoce el fin cuando se acaba de hallar perpendicularmente el cemento. Entonces se descubre en alguno de los lados tabicada la boca de una galería horizontal, y penetrando en ella se llega sin mas estorbos al salon en que descansan las mómias, por lo comun acompañadas de los utensilios de que se sirvieron en vida. Las antiguas capillas desaparecieron con el tiempo como las ciudades; mas los pozos, herméticamente cerrados y cubiertos, en aquel terreno seco donde no llueve casi nunca, conservan las mómias y demás objetos cual si acabaran de salir de la mano del artífice: muchos de estos

pozos deben permanecer aun ignorados, y se irán encontrando poco á poco y cuando Dios quiera.

Pocos ejemplares de *papyrus* muestra al público el museo de Bulak todavía, sin embargo de poseer muchos. Encuéntranse los *papyrus* enrollados unas veces, y extendidos otras, dentro de las cajas de las mómias. El contenido de estos son viñetas ó cuadros pintados, y capítulos del *Ritual funerario* ó *Libro de los muertos*, en escritura *hierática* y *jeroglyphica*.

Sabido es que aun no se ha podido completar este ritual ó libro de la otra vida, á pesar de haberse reunido muchísimos textos, tanto de los *papyrus* como de los grabados en piedras.

El ritual menos defectuoso hasta el presente, ó ejemplar typo, digámoslo así, es el gran *papyrus* del museo de Turin, publicado por M. Lepsius, que comprende mas de 165 capítulos.

Mas ¡oh dolor! llegó la hora de cerrar, y me echan de aquí mas que á paso. ¡Adios para siempre, Bulak! Ahí te quedas con el sin número de tus estátuas de dioses, de reyes y particulares; con tus esphinges, tus *estelas*, tus bajos relieves é inscripciones; con tus mesas de ofrendas, tus mómias y tus sarcófagos; con tus armas primitivas, tus

vasos de mil formas, y otra infinidad de objetos de estudio, que darian al mas preparado ocasion y pasto abundante para toda la vida, aunque fuese la de Matusalem.

CAPITULO XI.

No todo ha de ser en el Cáiro ver y narrar maravillas que, aunque alimento sano para el espíritu parezcan las antigüedades rancias, suelen causar indigestion si no se las toma por tiempos y con cierta parsimonia. El magnífico Virey Ismail quiere obsequiar en palacio esta noche con un baile y un *bufett* espléndido á sus huéspedes los europeos. Es un deber nuestro corresponder á tan alta honra yendo con camisa planchada, frac estirado, corbata y guantes blancos. Tentaciones hay en la vida á que es imposible resistir no siendo un leño; y puedo decir de mí mismo que, deseando que llegara cuanto antes la hora de las diez, me vestia por primera vez de diplomático sério entre aquellas gentes desconocidas con cierta fruicion y atildamiento. Como la imaginacion es loca, antojábaseme que iba á ser testigo presen-

cial, tratándose de un monarca poderoso en medio de Oriente, de escenas nunca vistas, de coros de hadas, serafines y castillos encantados.

Fuimos llevados en carretela, cual si hubiéramos nacido príncipes, y quedamos verdaderamente sorprendidos al ver el lujo y gusto exquisito de aquellos salones iluminados, que parecían una áscua de oro. El ambigú por su variedad y abundancia era capaz de excitar apetito en los estómagos mas perezosos; profusion de vinos, y helados de todas las frutas y especies hasta apurar el repertorio. Pero ni una *cufía*, ni un *albor-nof*, ni siquiera un *jaique*; los moritos y moritas tienen menos viento en la cabeza que nosotros los cristianos, y se divierten de otra manera. Así que el baile del Cáiro vino á ser de la misma categoría que los del *Hotel de Ville* de París, tan celebrados por el mundo elegante. Muchísima concurrencia en personas de ambos sexos, mucho vestido de moda, muchos uniformes; pero todo á la europea, incluso el del Virey, que presidia la fiesta. Los glotones de *aquende*, que hartos se habian distinguido ya anteriormente, cogieron por la melena, como suele decirse, la propicia ocasion de ejercitar sus mandíbulas; y hubo más de catorce que, para no verse defraudados en sus esperanzas, ocuparon

asiento á primera hora, y se estuvieron esperando hasta la una y media, á que se sirvieran las mesas. Tengo el orgullo de hacer constar aquí, que entre aquellos hambrones miserables no habia un solo español. Pasó aquella velada demasiado pronto, como pasan todos los bienes de este mundo, y nos volvimos á nuestra fonda agradablemente impresionados, para entregarnos en brazos de Morfeo el resto de aquella noche memorable.

En un país en que domina la fé mahometana, el cristiano viajero siente una comezon irresistible por saber lo que son aquellos templos y las prácticas de su culto. El dia 22 de Noviembre, desde la mañana, fué destinado á visitar las mezquitas mas notables que contiene el Cáiro, sirviéndonos para no perder tiempo del indispensable *dragoman* ó *ciceroni*, y nuestro correspondiente vehículo de dos caballos. Las hay de varias formas; pero lo comun es que constan de una parte cubierta y otra al aire libre, formando un gran patio cuadrado, enlosado y sumamente limpio. En el interior no hay muebles, ni altares, ni sillas; allí no se sienta nadie sino en el suelo, cruzadas las piernas como ellos saben hacerlo. Fuera de la decoracion de las paredes, mas ó menos rica é historiada, y lo mismo de los techos, solo

se ven inscripciones árabes en muchas de ellas. Nada de imágenes pintadas ni de bulto, como entre nosotros. Un pozo muy elegante, con su pilon alrededor, dividido en compartimientos, para las abluciones; una especie de púlpito para leer el Korán, y un coro alto para los cantores, es lo único que hay en todas ellas. Es de necesidad descalzarse para entrar, y antes de pisar el sagrado, los mahometanos se dirigen al pozo y se lavan con mucho cuidado piés, manos y cabeza, y comenzando por besar el suelo, se postran con la mayor reverencia sin mirar á nadie, ni hablar, ni escupir, y sacando su gran rosario, se están pasando cuentas, y rezando, las horas perdidas. Las mujeres no van al templo. Algunas mezquitas de las mas notables contienen además el sepulcro de su fundador dentro de alguna capilla ó en otro sitio aparente cercado de una verja. En las torres, que por lo comun son muy bellas, no hay campanas. Para llamar á los fieles, sube en la hora destinada á la oracion el *almuezin* ó sacerdote, y recita á grandes voces un texto de su biblia ó Korán; cosa que produce en el ánimo un efecto misterioso é inexplicable, sin duda por el tono y altura en que tales palabras se pronuncian.

Tal es la devocion de los habitantes del Cáiro, que tienen poco menor número de

mezquitas que de casas. Entre tantas visitamos la del sultán El-Hakem, fundador de la religión de los drusos, que, aunque deteriorada, es todavía admirable por la gallardía y majestuoso perfil de sus dos torres ó minaretes, y la preciosa cornisa á manera de inscripcion que recorre lo alto de su pórtico; la del sultán mameluco El-Moyed, notable por la rica ornamentacion de sus bóvedas; la de Hassanein, en el bazar Khan-Khalil, que, por conservar las reliquias de Hassan y Hussein, hijos de Alí, yerno del profeta, tiene gran reputacion de santidad; la de Tulum, del siglo IX, especimen de la arquitectura ogival, segun la comprendian los árabes en aquella época; y por último la de Gama-el-Azhar, ó mezquita de las flores, que además del culto que en ella se celebra, sirve tambien de hospital para enfermos, y es una famosa universidad en que se explican ciencias y literatura. Fué creada en 969 por Guher, general del kalifa fatimita Moöz, que reinaba en Kairuan (regencia de Trípoli), reparada y engrandecida en tiempos posteriores.

Por la tarde volvimos á salir para ver la ciudadela y lo mucho que contiene su recinto. Es una vasta colina desprendida de la cordillera del Mokattam que se eleva setenta y cinco metros sobre el plano de la ciudad, y

está ceñida de altísimos y fuertes muros que se remontan á los tiempos de Saladino, y perfectamente artillada. Las administraciones principales del estado tienen allí su asiento. Allí el Ministerio de la Gobernacion, el de Negocios Extranjeros, el de Hacienda, y el de la Guerra; allí el Consejo y la Cámara de delegados de la nacion, allí la fábrica de moneda, una fundicion de cañones, un arsenal de construcciones y diversos talleres de equipo y objetos militares. El antiguo palacio de Saladino ha sido reemplazado por el de Mehemet-Alí, preciosamente decorado, que nos fué permitido visitar, por la amabilidad del príncipe que lo ocupa Tewfik Pacha, heredero presunto del Egipto.

Pero entre tanto bueno falta que hablemos aun de la joya mas preciada de la ciudadela. Es la mezquita y sepulcro de Mehemet-Alí, comenzada en 1829, y concluida veinte años despues. La media naranja, y sus dos atrevidos minaretes esbeltos y altísimos, rompiendo el éter, no pueden mirarse sin verdadera alegría del espíritu. ¡Bien hayan las manos que tales maravillas hacen! Todo el edificio es de alabastro bruñido; el pavimento de mármol, alfombrado con tapices de Persia; las paredes interiores y techos, sembrados de oro, y cristales de colores. Los restos del fundador descansan en una lujosa capi-

lla á la derecha de la entrada. Aquí, luego que llegamos á la puerta del grande átrio con su magnífico pozo de abluciones en medio, que hay delante de la mezquita, los árabes hicieron la galantería de ponernos á todos sobre las botas unos escarpines de bayeta encarnada para que pudiésemos pasar sin la molestia de descalzarnos.

Es indescriptible el panorama que se presenta al viajero desde la ciudadela del Cáiro, dominando absolutamente toda la poblacion, y sus alrededores. Los ojos, confundidos al principio, apenas pueden fijarse en tantos y tan interesantes objetos. Colocado sobre el muro, ve al Norte y Occidente bajo sus piés el circuito de la gran ciudad con sus paseos y jardines, sus edificios y torres; al Mediodía, toda la deleitable ribera del Nilo con la isla de Roda donde se halla el Nilómetro, y en segundo término á la derecha las grandes pyrámides de Ghiseh, y á la izquierda las de Sákkara, y la inmensa llanura sembrada con las ruinas de la vetusta y potente Memphis. Al Oriente sobre una eminencia desierta destácase la necrópolis de los califas, cuyos monumentos en forma de mosquea encierran sepulcros de príncipes mamelucos y sultanes circassianos ó borghitas; y mas al Sur la no menos notable de Imam-Chaffy en que yacen miembros de la familia de Mehemet-Alí,

y con ellos Ibrahim-Pacha su hijo. A esta parte de la muralla hay un sitio titulado el Salto del Mameluco. Parece que, cuando el degüello de sus compañeros el 1.º de Marzo de 1811 por orden de Mehemet-Alí, aquel desdichado se precipitó á caballo por amor á la vida desde una altura que no bajará de cincuenta metros: el caballo se hizo piezas, mas el mameluco se salvó, y fué luego indultado.

Puestos los piés sobre una cornisa (saliente una vara), y recostado á una pared de aquellos edificios, teniendo delante un abismo, me hallaba yo preocupado registrando con la vista los soberbios hoteles y teatros que bordan la plaza y jardin del Esbékieh, cuando á mi derecho oido el artillero encargado prendió fuego á los cañones para hacer las salvas de ordenanza; pues era dia de fiesta nacional. Juro por Mahoma y no en falso, que á no estar tan fogueado, como recientemente lo habia sido en Puerto Saïd, y en Suez, quizá contra mi voluntad me hubiera hecho célebre en aquella tierra imitando el salto del mameluco. Toda aquella grande máquina parecia irse abajo con el sacudimiento y el estruendo. Me puse en lo firme cuanto antes; y dado que la nube de humo, que se formó, nos impedia hacer mas contemplaciones, seguimos nuestra expedi-

cion yendo á ver el pozo de Joséph hijo de Jacob.

Aunque la leyenda popular atribuye este pozo á Joséph, la crítica séria le hace ser obra de Mohamed-el-Melek-el-Nasser, que construyó tambien en 1318 la mezquita de Kalaum su padre, cuyas ruinas se pueden admirar desde la misma ciudadela. El pozo, de forma cuadrada y mas de 20 piés de lado, está abierto á pico en la peña viva y tiene de profundidad 84 metros. Se baja hasta la mitad por ramplas subterráneas alrededor de las paredes del revestimiento y desde allí se descubre el fondo y el agua de las infiltraciones del Nilo manando á borbotones. Para elevarla á la superficie se sirven de un mecanismo movido por bueyes.

Descendimos de la ciudadela dando la vuelta á la antigua plaza Rumeleh, hoy *square* Mehemet-Alí, echando al paso una ojeada curiosa sobre la añeja mezquita Mahmudieh con su cúpula sarracena; y visitamos despacio la del sultan Hassan, cuyo minarete de 80 metros de altura sobre el suelo, se encuentra estar en exacto nivel con la catarata del Nilo en Assuan, por inspiracion del arquitecto que la dirigió. Contiene el sepulcro de su fundador, una inscripcion en caractéres cúficos sobre la cornisa interior; y á pesar de su estado ruinoso,

son una verdadera maravilla sus decoraciones arabescas. La fachada que da frente á las baterías de la ciudadela conserva la huella de algunos besos de las balas rasas, con que en algun tiempo la debió acariciar el fuerte su vecino. ¡En todas partes cuecen habas!...

Por la noche, despues de comer, debiamos salir nuevamente á ver las fiestas é iluminaciones. Los compañeros marcharon antes; yo por tener que escribir no pude salir hasta las nueve y lo hice solo. La grande artéria del Muski estaba en muchos puntos toda cubierta de arañas de cristal encendidas, de faroles de papel de color y otra infinidad de luces; las calles adyacentes estaban lo mismo. Los vecinos todos y sus familias se habian bajado á la puerta formando en todas una especie de tienda de campaña lujosamente adornada con tapetes, paños de colores, cuadros, retratos y divanes. Por doquier se oian tambores como entre nosotros la noche de Navidad, y música de mil instrumentos, algunos muy raros y originales: cantaban sonoramente y bailaban aquí y allí muchachos con muchachos y hombres con hombres; puede decirse que ambas aceras eran dos inmensas séries de teatros con escenario distinto y todos representando á la vez. El gentío que circulaba era innumera-

ble y obstruía todas las vías. Muchos paseaban en caballos, muchísimos en borricos y bastantes en coche, llevando delante para apartar la gente con desaforados gritos *guarda, guarda*, el típico *sai*, paje etíope de airoso cuerpo, mas ligero que un halcón, descalzo y sin otro traje que una camisa de colores ceñida con faja por la cintura y su rica y ondulante *cufia* en la cabeza. El *sai* lleva de día en la mano un bastón recurvado en su parte gruesa para formar el puño; y de noche una rejilla de hierro á manera de farol, espetada en un palo y cargada de teas encendidas. De este modo ví recorrer la fiesta en coches cerrados, con cortinillas de gasa blanca en que se dibujaban bellos contornos, las mujeres del serrallo escoltadas por eunucos. Todo era allí animación y alegría infantil: los árabes se divierten, cantan y ríen como niños sin pecado. Ni un atropello, ni una disputa, ni un insulto. Como no beben vino están siempre cuerdos y el tener encerradas sus mujeres los hace vivir tranquilos y sin recelo: en aquel dichoso país no tiene aplicación nuestra conocida y funesta frase proverbial: *¿Quién es ella?* No hay tampoco valentones *perdonavidas*: ni barateros; ni se ve hacer alarde de nada, al modo de la gente culta de Europa; ni parecen tener hiel.

Así fué, que llevado con entera confianza de la corriente y de la curiosidad, me encontré solo á las once de la noche en una ancha calle cerca del Suk-el-Selah (mercado de las armas) en medio de un grupo como dos ó trescientos hombres que se apiñaban debajo de un balcon de antepecho y aplaudian estrepitosamente. Me ingerí por entre ellos y logré colocarme debajo. Causaba este jolgorio una mujer que debia ser de las *alméas* ó *non sanctas*. Detrás de un fino cendal blanco, que le servia de cortina, cantaba con delicada voz playeras de Andalucía; la misma música, la misma entonacion y modulaciones de acento que en nuestras sevillanas: y hacíaales gracia singular el final del estribillo *smec, smec, (tu nombre, tu nombre)*. No es esta la única semejanza que se advierte entre las costumbres egypcias y españolas. Ya en Puerto Saïd le hice notar á mi amigo D. Joaquin Jamar, vecino de San Sebastian, que la marcha real de los soberanos de Egypto tocada con tambor, pitos y un flautin, eran verdaderos zorzicos vascongados, que fué para ambos una agradable sorpresa. Pero, aunque nos encante la sobriedad, inocente expansion y actitud pacífica de este pueblo singular, mal comprendido por muchos, que se precian de sábios, es menester recogernos temprano; porque maña-

na 23 muy de madrugada habremos de hacer una visita á las grandes pyrámides de Ghiseh, que distan casi tres leguas.

CAPÍTULO XII.

«El que avanza cuarenta estadios mas allá de Memphis, dice Estrabon, se encuentra con una eminencia montañosa, sobre la cual hay muchas pyrámides, sepulcros de los reyes. Tres son dignas de mencion; y dos de ellas contadas entre las siete maravillas.»

«De figura cuadrada, su altura algo mayor que cada uno de los lados, es de un estadio. La una, un poco mayor que la otra, tiene poco mas ó menos á media altura de los lados una piedra movable, que apartada, abre paso al conducto estrecho y torcido que va á parar á la *theca* ó nicho: á poca distancia entre sí, ambas ocupan un mismo plano.»

«Mas lejos y en una colina de mayor altura, fué construida la tercera, que con ser muy inferior á las dos anteriores, hubo de costar mucho mas. Desde los cimientos, hasta el medio casi, está hecha de una piedra

negra, de que fabrican almireces, traída desde las montañas mas remotas de la Etiopía, que por ser durísima y muy difícil de labrar, ocasiona gastos enormes. Llaman á esta pyrámide *el sepulcro de la querida, hecho por sus amadores*, á la cual la poetisa Safo da el nombre de Doríca.»

A las cinco de la mañana, cuando no era aun de dia en el Cáiro, en virtud de las órdenes comunicadas la víspera á nuestro *dragoman*, íbamos marchando los cinco compañeros de hotel, montados en borricos y acompañados de cuatro *fellahs*, que los alquilaban. En armónica y amable compañía hombres y burros sin etiquetas ni distincion de clases, nos colocamos pacíficamente dentro de una barca, que en media hora y de un solo viaje, nos puso del otro lado del Nilo. A la mitad del pasaje nos sorprendió el crepúsculo de la mañana, que ciertamente fué muy bello. Anduvimos un rato por entre palmeras y terrenos todavía inundados y entramos por último en la carretera. La vista de las pyrámides enardeció de tal manera los ánimos, que en un continuo galope salvamos pronto toda aquella gran distancia.

Pyrámide, palabra griega, significa *hacienda* de mies ó trigo. Efectivamente el aspecto de aquel campo parece el de una era en

tiempo de trilla con hacinas enteras, hacinas medio desechas y otras del todo derribadas y esparcidos por el suelo sus manojos. A lo lejos las pyrámides aparentan ser pequeñas y como fabricadas de ladrillo; andando mas, crece su volúmen, convirtiéndose en adokines los ladrillos; y al acercarse, se transforman en grandes montañas de peñascos, que producen en el alma un asombro tal, que no es posible apartar de ellas la vista. Su grandeza no se puede apreciar debidamente sin pasearlas en derredor y subir á su cumbre; entonces crece tanto la admiracion que se siente uno tentado á creer que aquellos verdaderos mónstruos no pueden ser obra de manos de hombre: cuentan hoy 6642 años, segun dicen.

En el momento de llegar nos asedió una tropa de árabes, de los que allí ganan su vida ayudando á subir á los viajeros. Los señores Borrego y Huesca optaron por mirarlas desde abajo; mas Caunedo, Jamar y yo elegimos cada uno dos de aquellos jayanes y emprendimos nuestra ascension, tirándonos ellos de las manos, al soberbio monumento de Chéops, que sobre ser el mas alto está escalonado. El de Chephren, su hermano, tiene otra construccion y además está revestido de cemento exteriormente la cuarta parte superior de su altura y no es posi-

ble subir. Pronto hube yo de arrepentirme, *magüer* mis buenos deseos. Al cuarto de hora parecian habérseme descoyuntado los muslos en fuerza de levantar mucho los piés para subir aquellas gradas de á metro, que pocas serán las menos altas; y además me ahogaba la fatiga y estábamos al comienzo. Me paré á descansar y vacilando en mi interior sobre ir atrás, ó adelante, vino á mi mente el recuerdo de que una dama española, cuyo nombre, aunque ofenda su modestia, voy á consignar aquí, doña María Jesús Jugo de Millas, mujer del entonces cónsul de Alejandría, habia tenido el coraje de subir hasta el pico, dias antes. Con este precedente la empresa se volvió para mí lance de honor, como suele decirse; y reuniendo con ira todos mis alientos esparcidos, determiné no desmayar mas; pues al fin, dado el caso, algo remoto, que muriera, podia alcanzar la envidiable gloria de ser sepultado allí mismo con Chéops en el primer monumento funerario del mundo. Me fuí corriendo á la arista del Nordeste, que las pyrámides estan perfectamente orientadas, y mordiendo el lábio con los dientes para no volver á incurrir en debilidad; y ceñidos con el pañuelo los lomos, enfilé mi puntería á la cumbre con toda resolucion. Merced á siete ú ocho descansos mas, y á las fuertes y repetidas

dosis de frotaciones, estiramientos y pellizcos, que los árabes, en esto muy prácticos, saben propinar muy oportunamente, me llegué á ver sentado en la piedra mas alta de la pyrámide, donde las águilas y buitres se comieron el cadáver yerto del fanático asesino de Cléber, general y gobernador del Egipto, puesto por el primer Napoleon. ¡Dios eterno, qué vistas! Los dos desiertos de la Arábia y del Africa; toda la gran faja del Nilo hasta la Núbia; la inmensa planicie del delta que se pierde en el mar Mediterráneo; entre los piés el grupo entero de todas las pyrámides de Ghiseh, que se acercan á veinte; y al alcance de la mano las de Sák-kara; todo el Cáiro; las ruinas de Memphis con las del Mastábat-el-Farum y el templo de Vulcano; las de Heliópolis y Ramses; en una palabra, medio globo se descubre desde este privilegiado sitio. Una sola cosa no pude ver por mas que lo deseaba: la pyrámide de Dorica de que nos habla Estrabon. Sin duda estará en ruinas como todas las de Ghiseh, á excepcion de las dos grandes; ó tal vez haya sido deshecha por la codicia de sus preciosos materiales. La misma de Chéops en que nos encontrábamos, está trunca da por la punta, formando un plano desigual de ocho metros de superficie; y cualquiera que fuese el esmero y perfeccion con

que hubiese sido concluida en un principio, hoy en gracia de los muchos años, que han trascurrido, presenta desportillamientos; y sus piedras calizo-gredosas aparecen por fuera gastadas y desunidas, habiendo formado detritus que elevan el suelo, enterrándola gran trecho de su altura. A imitacion de los muchos millones de nombres propios en todas las lenguas, grabados en sus sillares, dejamos los españoles tambien inscritos los nuestros en lo mas superior y nos apresuramos á bajar, porque molestaba el sol mas de lo regular y la nueva campaña que nos esperaba no podia dejarnos del todo tranquilos hasta pisar la humilde tierra.

Muy malo es vivir á saltos, siquier sean de arriba á bajo, á juzgar por lo que yo sufrí en aquel descendimiento de media hora. Baste decir que mas molido que una alheña, no tenia hueso que me quisiera bien, ni se me quitaron las agujetas en menos de ocho dias. Los duelos con pan son menos. Luego que llegamos al sitio del equipaje, procuramos ahogar nuestras penas tomando un refrigerio, de que participaron tambien los pobres *fellahs*, que nos servian. Aquellos hambrientos é infelices mahometanos nos dieron una buena leccion de moralidad y abstinencia á los cultos europeos. Deseando yo probarlos, les fuí repartiendo de todos los

manjares que teníamos y los recibían con humildad y agradecimiento sumo; pero al llegar el salchichon y el vino, se excusaban con la mayor modestia, haciéndonos entender que esas cosas ricas eran lícitas á los cristianos; mas no á los sectarios de Mahoma, para quienes expresamente las prohibía su Korán.

Mientras almorzábamos era cosa digna de verse los muchos europeos que acudían aquel día y parecían sobre la pyrámide una bandada de cuervos. Y aunque la mañana y el molimiento presente nos convidaba á descansar, yo que deseaba averiguar si la descripción del geógrafo Estrabon era tan exacta en lo que me faltaba como en lo que había visto ya, propuse al Sr. Jamar que nos aventurásemos á visitar la parte interior del monumento. Con efecto, sin mas reflexiones nos lanzamos á la boca, que no está á media altura como antes, ni cerrada con una sola piedra de quita y pon. Hoy es un gran portillo á flor de tierra en medio del costado del Norte. Tomamos un guía árabe que nos alumbraba con una vela y empezamos á bajar por un plano de piedra muy inclinado y resbaladizo, hecho un vidrio en fuerza del pisoteo de la gente; y lo mismo las paredes de los lados. Desde el principio comprendí que, si no había de salir descalabrado, era

menester colocar bajo del brazo las botas y el capote; lo hice así, y con todo eso no me sobró nada. La estrechez del paso nos obligaba á marchar uno á uno y la dificultad iba creciendo, pues todo el tránsito está compuesto de planos inclinados subiendo unos, bajando otros, torciéndose en zig zag y reduciéndose tanto á veces, que nos hacia tocar con la cabeza en el suelo, por no tener arriba de un metro de ancho y alto. Nos parecia caminar por un peñasco de una sola pieza, porque de tal modo están unidos los sillares, que cuesta mucho trabajo distinguir las juntas y el cemento con que están recibidos. Cansados ya de andar y de cambiar de posturas llegamos á la *crypta*, ó lo que podremos llamar nicho, ó panteon. Consiste en una sala cuadrada en el centro de la pyrámide, ennegrecida por el humo de las teas de los muchos que la habrán visitado, cuyas dimensiones vendrán á ser pocas, poco menos, veinticuatro piés de largo, diez y ocho de ancho y veinte y dos de alto, el techo en forma de bóveda y toda ella de piedra lisa sin adornos ni inscripciones visibles. Hacia la mitad del camino de la salida notamos que habia otro conducto, que partiendo del que seguimos á la entrada, se prolongaba en la misma direccion, pero un poco á la izquierda y mas alto. El guía se resistia

á entrar por él, diciendo que era peligroso, y tenia razon. Cedió obligado por nosotros y marchaba muy despacio con exquisito cuidado y llevándome á mí, que le seguia, agarrado del levita. Encontramos puntos en que no habia suelo, teniendo que pasar por una cornisa de una cuarta y todo él eran accidentes, agujeros que bajaban, saltos y precipicios y al final mas reducido, terminando en otro salon ó nicho, semejante al anterior. En este hay todavía un sarcófago vacío de granito rojo y sin tapa. Es un monolito cuadrilongo en forma de arca, cuya cavidad tiene nueve palmos y medio de largo, tres y medio de ancho y mas de cuatro de profundidad. A juzgar por este y otros infinitos que hay en los almacenes de Bulak y demás museos; y al mismo tiempo por el tamaño de las mómias y la medida de las cajas de madera que las contienen, se prueba claramente que la raza humana no ha degenerado desde entonces acá, pues no eran mas corpulentos que los hombres de ahora en general. Examinamos todo aquello sin hallar otro objeto y nos pareció que este salon y el de abajo debian formar próximamente el eje de la pyrámide. Fatigados de tanto andar por aquellos lugares mefíticos y lóbregos, sin mas ventilacion que el agujero de la entrada á mucha distancia, deter-

minamos volver á la luz, porque no podíamos respirar y nos sofocaba el calor. Por desgracia nuestra, como era día de mucha concurrencia, nos encontramos materialmente atascado el paso por una porción de hombres con luces, cada cual de su país, que pugnando por entrar, sin saber en dónde, porque no llevaban guías, formaban allí en largo espacio una masa inerte. La cosa llegó á estar muy seria y muy crítica y no habia medio de hacernos entender de todos para que nos dejaran paso, y nos asfixiábamos por momentos. Tuvimos que apelar por último á la fuerza de nuestros pulmones y á la energía de las interjecciones castellanas. La ley de la impenetrabilidad de los cuerpos sufrió allí alguna violencia, y gracias á eso, pudimos llegar, bañados en sudor de tanto remar, cerca del boquete de entrada. Respiramos entonces algunos minutos, nos arropamos; y encendiendo un cigarro, salimos de prisa á que nos calentara el sol, pues yo tuve muy presente que el difunto D. Siniwaldo de Mas, ministro plenipotenciario que fué muchos años en China y mi amigo particular, habia cogido al salir sofocado en aquel mismo sitio una gravísima enfermedad.

CAPÍTULO XIII.

—

Nuestra curiosidad estaba satisfecha, por lo que hace al estado presente de aquellos restos titánicos. Sin embargo, no podíamos verlo todo; y será bueno que el lector forme su juicio oyendo la relacion de Herodoto, que visitó aquellos monumentos cuatrocientos cincuenta años antes de Estrabon, y la venida de Jesucristo (con quien coincide este último), época en que el estado de las pyramides debia ser mucho más perfecto: oigámosle:

«Hasta Rhampsinito, decian haber tenido
 »los egypcios muy buenas leyes, y florecer
 »el país por su excelente administracion;
 »mas al sucederle Chéops, cayó en la mayor
 »infelicidad y miseria. Este, mandando cer-
 »rar todos los templos, prohibió los sacrifi-
 »cios, y obligó á los egypcios todos á traba-
 »jar para él en las obras reales. Dispuso que
 »los unos portearan sillares desde las cante-
 »ras del monte, que cae á la parte de Arábia,
 »hasta el borde del Nilo; y ordenó á los otros,
 »que pasando el rio en barcas, tomasen estos
 »mismos sillares y los condujesen sobre el
 »otro monte de la Libia.»

«Trabajaban siempre cada diez myriadas
 »(100,000 hombres) por el tiempo de tres
 »meses una. Diez años consumió este pueblo
 »atribulado en la conduccion de las piedras,
 »teniendo que hacer un camino (obra en mi
 »concepto poco menor que la pyrámide) de
 »cinco estadios de largo (3,000 piés); diez or-
 »gyas de ancho (60 piés); y ocho (48 piés) de
 »alto en algunos puntos, todo de piedra la-
 »brada, y pulimentada, con relieves de ani-
 »males esculpidos.»

«Igual tiempo además empleó en los tra-
 »bajos subterráneos de la misma para la es-
 »cavacion, cimientos, y construccion de la
 »*theca*, ó nicho, en forma de isla, llevando
 »un canal del rio á las entrañas de la loma en
 »que están las pyrámides.»

«Hecha de piedras, que ninguna baja de
 »treinta piés, perfectamente labradas y ajusta-
 »das, consumieron en la pyrámide de Chéops
 »propiamente dicha otros veinte años, que,
 »siendo cuadrada, mide por cada frente, y lo
 »mismo de altura, ocho yugadas (800 piés).
 »La hicieron al modo de escalera, cuyos pa-
 »sos llaman unos escalones y otros gradas...
 »Significase en la misma pyrámide por me-
 »dio de una inscripcion en caractéres egyp-
 »cios la suma de lo que gastaron los obreros
 »en rábanos, cebollas y ajos; y recuerdo
 »bien haberme dicho el intérprete que me la

»tradujo, que ascendia á mil y seiscientos
 »talentos de plata. ¡Cuánto gastarían en co-
 »mida, vestido, y herramientas!!!...»

«Los egypcios dicen haber reinado Chéops
 »cincuenta años, y que á su muerte le suce-
 »dió en el trono su hermano Chephren, que
 »reinó cincuenta y cinco. Que éste siguió en
 »un todo las huellas de su predecesor en po-
 »lítica y administracion, y construyó tam-
 »bien su pyrámide, que no llega á la gran-
 »deza de la de Chéops, pues las hemos me-
 »dido á entrambas. No tiene, como la de
 »aquel, subterráneos, ni canal derivado del
 »Nilo, que penetrando por un alveo, ó acue-
 »ducto, al interior, fluye en derredor de la
 »isla, en que dicen estar sepultado.»

«Chephren cimentó la pyrámide que lleva
 »su nombre con una hilada de piedras de
 »Etiopía de varios colores á cuarenta piés de
 »profundidad; y en todo lo demás quiso que
 »fuera igual á la grande de su hermano. Las
 »dos están en la misma colina, que se eleva
 »cien piés á lo sumo sobre la llanura.»

El mismo Herodoto dice en otro lugar que:
 «El Egipto contiene más maravillas que
 »toda otra region; y, como ninguna, pre-
 »senta obras superiores á cuanto la fama
 »puede predicar.» Y ya que estamos al pié de
 las pyrámides, que tanto ruido han hecho y
 harán todavía, oigamos al célebre historia-

dor describir otra obra, superior en su concepto á las mismas, y que por desgracia ha desaparecido. Trátase del incomparable Laberinto cerca del Lago Méris en el alto Egipto.

«El Laberinto, dice, es obra superior á las
 »pyrámides. Consta de doce *villas* ó palacios
 »cubiertos y contíguos: seis mirando al Nor-
 »te, y seis al Mediodia; cuyas puertas caen en-
 »frente unas de otras, y todos exteriormente
 »están circuidos de un mismo muro. Tienen
 »dos estancias sobrepuestas, la una bajo de
 »tierra, y la otra al aire; y entre ambas re-
 »unen tres mil aposentos, á razon de mil qui-
 »nientos cada una. Por lo que hace á los apo-
 »sentos de arriba somos testigos oculares,
 »narramos lo que vieron nuestros ojos. No
 »así los subterráneos, en que nos referimos á
 »oidas; pues los encargados por los egypcios
 »de custodiar aquello de ningun modo con-
 »sintieron en mostrárnoslos; alegando estar
 »allí los sepulcros de los doce reyes, que des-
 »de el principio edificaron el Laberinto, y
 »además los de los sagrados cocodrilos. Por
 »consiguiente, respecto á lo de abajo decimos
 »lo que cuentan; más las obras de arriba, que
 »personalmente inspeccionamos, nos pare-
 »cieron sobrehumanas.»

«Las mil suertes diferentes de salir y en-
 »trar por los átrios y cláustros nos causaban

»una admiracion indecible, pasando del ves-
 »tíbulo á las habitaciones, de las habitacio-
 »nes á los pórticos; á otros cláustros desde los
 »pórticos, y á nuevos átrios desde las habi-
 »taciones. El techo de los palacios todos es
 »de piedra lo mismo que las paredes, deco-
 »radas por completo con figuras de relieve; y
 »cada uno de ellos tiene su peristylo de már-
 »mol blanco, trabajadas las columnas á la
 »mayor perfeccion. Como el Laberinto ter-
 »mina en ángulo, ocupa esta parte una py-
 »rámide, que mide cuarenta orgyas (240
 »piés), con grandes animales esculpidos, y
 »se entra á ella por un camino subterráneo.»

«Pues, con ser tal el Laberinto, aun causa
 »mayor sorpresa y admiracion el lago Me-
 »ris adyacente. El perímetro de este gran
 »lago cuenta tres mil y seiscientos estadios,
 »que vienen á ser sesenta *eschenos*, medida
 »igual á toda la costa egypcia del Mediter-
 »ráneo: se extiende por el Septentrion y Me-
 »diodia del Laberinto, y su profundidad má-
 »xima son cincuenta brazas. Y que este lago
 »fué cavado, y hecho á mano, lo prueban las
 »dos pyrámides que hay cerca de su centro.
 »Tienen de alto cincuenta brazas fuera de
 »agua, y otras tantas debajo; de modo, que
 »la altura total son cien brazas, rematando
 »ambas en un coloso de piedra, sentado so-
 »bre su trono... El agua del lago no nace

»allí, porque la tierra aquella es muy seca;
 »sino que se deriva del Nilo, que, durante el
 »crecimiento de seis meses, envía á él sus
 »aguas; y vuelve á recibirlas por reflujo los
 »otros seis, cuando corre menguado.»

CAPÍTULO XIV.

Repuestos del cansancio, y medianamente enjutos del baño de sudor que debíamos á la piedad fúnebre del rumboso Chéops, montamos sobre los asnos, y pasando el lado oriental de la gran pyrámide, tocamos á las ruinas de la de su hija, y bajando hácia el Mediodia un tiro de fusil, nos encontramos cara á cara con la gigantesca esfinge de Ghiseh. Es una descomunal cabeza humana tallada á pico sobre un peñasco natural: el cuello está erguido y airoso. No tiene barba, y su semblante es agradable y tranquilo. Desde la frente á raíz del pelo hasta la extremidad inferior mide más de tres metros de línea aquella cara de páscua, y como dos y medio de ancho. Conserva reliquias de haber estado pintada: tiene tambien un par de orejas muy decentes, y lleva una especie de toca, con algo de parecido á un turbante.

Cien pasos mas allá está el templo de Armachis ó de los Números últimamente desenterrado, de que hablamos en otro lugar. Viene á ser su forma la de una T. Bajamos por una larga escalera moderna y al visitar sus diversos compartimientos, en una de las capillas ó alcobas, de techo plano, como habia poca luz hubiéramos caido sin duda al fondo del pozo, en que se encontraron las estátuas, á no ser por la diligencia del guía árabe, que nos contuvo; pues permanecia sin cegar á raiz del suelo y era una trampa verdadera. Llamaron poderosamente nuestra atencion las enormes piedras de que está construido este vetusto edificio; y alguna hay, que mide novecientos piés cúbicos de masa. Todas lisas, sin inscripciones ni relieves y perfectamente labradas y ajustadas, forman las paredes y techos en las capillas; lo demás no está cubierto. Y á mi modo de ver mas trazas tiene esto de haber sido habitacion segura, fresca y regalada, que templo ni otra cosa.

Aquí pusimos fin á la expedicion de aquel dia y emprendimos nuestra retirada volviendo riendas en direccion al Cáiro. Al llegar á Ghezireh cerca del Nilo, nos asaltó la tentacion de ver los jardines del palacio del Serrallo, el de la verja dorada; pues los árabes nos decian ser los mejores del mundo.

Fuimos á pedir permiso á la guardia; pero el oficial encargado se excusó con frases corteses, diciéndonos que no podia hacerlo sin expresa órden superior. Hubiéramos visitado tambien de buena gana las pyrámides de Sakkarah, mas tampoco pudo ser, porque las avenidas del rio habian destruido la via férrea, que allí conduce. En vista de todo esto, renunciarnos generosamente al placer que nos pudiera haber causado la curiosidad de inspeccionar tantas bellezas juntas; aunque yo por mi parte, sobrado arrepentido, tuve el atrevimiento de acercarme al pasar á una puerta con verjas, por donde ví la vegetacion riente y lozana que allí hay; un lago precioso en medio; y al pié una gruta, que parecia encantada, tapizada de verde esmeralda y flores de mil plantas trepadoras. Llegamos á la orilla y el plácido Nilo nos ofreció su ancha y robusta espalda, por la cual y mediante una barca no floja, tocamos al cabo de un rato el lado opuesto, retirándonos á nuestro alojamiento cargados con abundante miés de gratísimas impresiones arqueológicas.

CAPITULO XV.

—

Yo dormí aquella noche como un emperador, si es que los emperadores no despiertan hasta muy de mañana. El plan preconcebido era hacer una excursión el 24 á los alrededores de Matarieh, aldea situada al Nordeste del Cáiro á dos leguas de distancia. Fuimos en carretela abierta para poder examinar mejor los campos cultivados de aquella fertilísima vega y nos acompañaba el doctor Galdo. Cuando Dios juzgó al primer hombre por el pecado del Paraiso, dirigiéndole las consabidas palabras: *maldita la tierra por tu causa; en sudor de tu frente comerás el pan*; debió exceptuar el Egipto; si, como yo me inclino á creer, no era el Egipto el verdadero Paraiso. ¡Santos cielos, qué miga y qué frutos, donde quiera que alcanzan las inundaciones del Nilo! Es imposible formarse justa idea sin verlo. En toda la superficie del planeta que habitamos no se encuentra otro Egipto, ni otro Nilo, en donde no sea menester trabajar mucho la tierra y estercolarla para recoger abun-

dantísimas cosechas. Allí donde hay siempre un sol claro y fuerte y no hiela jamás, el labrador no necesita de yunta que are, ni de ganados que estercolen, todo lo espera del Nilo. Sobre aquel nivelado y extensísimo suelo de mantillo puro, grueso no se sabe cuantos metros; y sin una piedra como una lenteja, compuesto de muchos miles de capas de tierra flor y estiércol combinados; arroja la semilla en el mes de Noviembre, en el momento de cesar la inundacion, que lo ha estado fecundando y compenetrando seis meses contínuos. A los cuatro dias está nacido el fruto y arraigado profundamente con el calor suave de la época y la inmejorable preparacion del terreno. Y como allí no llueve casi, ni hay cierzo, ni ventiscas, ni tronadas, no tiene por qué inquietarse hasta la siega, limitándose sus cuidados á arrancar las malas yerbas y aplicar periódicamente algun riego. ¡Dichoso país y siete veces bienaventurado!

Nos extasiábamos en medio de aquella naturaleza vigorosa, causándonos agradable sorpresa la infinita variedad de plantas para nosotros desconocidas. Yo por mi parte tenia muy presente el pasaje de Homero, en que el poeta refiere haber aprendido en Egipto la sábia Helena de Polydamna, reina de Thónis, la ciencia de los remedios y venenos, en

el tiempo que la bella heroína griega, acompañada de Menelao, estuvo hospedada en su palacio. Los campos de algodón me deleitaban sobremanera, y también las acacias especiales, que allí hay, que parecían por lo menudo y fino de sus hojas grandes ramos de albahaca: hasta los cuervos son diferentes de los de Europa; pues tienen la tripa blanca, el resto del cuerpo ceniciento, y las alas negras. Marchando despacio, á pié unas veces, y montados otras, entrábamos á las once en un jardín abierto que es propiedad del Virey cerca de Matarieh. En medio de la enramada descollaba, *tanquam inter viburna cupressus*, un añoso y gigante sycomóro, custodiado por un soldado egypcio. El suelo en derredor estaba sembrado de flores, romeros, y otras plantas aromáticas; habia también seis ó mas faroles, que indicaban haber estado iluminado la noche anterior. De su antiquísimo tronco, podrido por el corazón, queda una espesa corteza de madera durísima y empedernida, de donde arrancan tres brazos, gruesos como el cuerpo de un hombre, que carecen de ramas hasta cuatro ó cinco metros de altura y son otros tantos árboles. La corteza y la madera están completamente bruñidas por el manoseo de la gente en términos de ser difícil la subida; y por todas partes hay en él grabados nombre

proprios en muchas lenguas y caractéres.

Existe la tradicion piadosa entre las gentes del país, que á la sombra de este bendito sycomóro se guareció la Vírgen María de los ardores del sol en su paso á Memphis por aquellas llanuras; y por eso se le conoce con el nombre de Arbol de la Vírgen. El Virey hizo la galantería de regalárselo á la Emperatriz de los franceses. Ofrecimos un *bono bachis* (gratificacion) al guarda, y nos dejó subir al Sr. Jamar y á mí: tomamos como recuerdo algunas hojas, frutos y corteza, que se repartieron entre todos, y proseguimos nuestro camino á las ruinas de Heliópolis poco distantes.

La ciudad de Heliópolis es la *On* de la Biblia, cuyos muros fueron construidos, igualmente que los de Ramses y otras, por mano de los hijos de Israel, cuando gemian allí esclavos, bajo el látigo de los Faraones. En Heliópolis hubo un antiquísimo y magnífico templo del Sol con un colegio de sacerdotes dedicados al cultivo de las ciencias y principalmente la Filosofía y Astronomía, en donde se cree con fundamento que fueron educados Moisés, y Aaron su hermano. Mas tarde vinieron tambien aquí desde Grecia á estudiar con los egypcios durante trece años Platon, y Eudoxo. Y todavía despues de la destruccion de este y demás templos del

Egypto por el hierro y fuego del bárbaro Cambyses, hijo de Cyro; rotas sus estatuas, derribados sus obeliscos, y mutiladas las esfinges; alcanzó á ver Estrabon, cuando visitó estos lugares, la torre en que Eudoxo observaba los astros, y las áulas en que este y Platon habian oido las explicaciones de aquellos sábios sacerdotes egypcios, cuyos libros fueron traducidos para llevar la ciencia á Atenas. Mas ¡oh dolor! hoy en medio de aquellas soledades reina el silencio de la muerte. Perekieron todas las antiguas grandezas, y de la populosa ciudad y su famoso templo permanece como único resto un obelisco en pié entre montones de tierra. Es un soberbio monolito de granito rosa con jerglyficos, cubiertos por nidos de abispas, principalmente al lado del Mediodia; tiene de altura diez y siete metros y medio, y está montado sobre un pedestal de tres: cerca del asiento se ve desconchado un gran pedazo por efecto del fuego de Cambyses sin duda. Fué erigido por la dynastía de los Osirtasen á quienes se debió tambien el Lago Méris. Declaro que no soy supersticioso, pero á la vista de este venerable monumento histórico, testigo de tantos y tan remotos sucesos, me sentí afectado bajo el peso de tristes reflexiones, y saltando al hoyo en que está situado, estampé en él mis lábios en testimonio

de respeto entre los sarcasmos y burlas de mis compañeros.

No lejos de Matarieh al Oriente encuéntrase la Montaña Roja, *Gebel Akhmar*. Es como un pezon ú ombligo de peña arenisca, que explotan para el empedrado de las nuevas calles del Cáiro y para muelas de molino. Al pié de la Montaña Roja está el Bosque Petrificado, vasto espacio desierto en que se ven esparcidos acá y allá despojos fósiles de palmeras, sycomóros y otras especies de plantas aun no determinadas. Llama mucho la atención de los geólogos este fenómeno singular; pues en vez de ser sus petrificaciones calcáreas, que es lo general, son exclusivamente silíceas. Arrimado á una tapia en el mismo camino al volver encontramos nosotros un buen ejemplar. Consistía en un trozo grueso de palmera, largo como tres palmas, que parecía cristal de roca; sonaba como una campana, pero tan duro, que no cedía á los golpes, ni pudimos quitarle la menor migaja.

CAPITULO XVI.

—

Salimos tambien por la tarde á Kasr-el-Chamma (viejo Cáiro) ó sea la antigua Baby-

lónia de los Hebreos, donde hay dos iglesias cristianas, únicos edificios en que se ve por coronamiento la enseña de la cruz en toda aquella poblacion. Entramos por callejones muy estrechos en medio de gente pobre y haraposa, que sin embargo ni aun á pedir limosna se nos acercó ninguno de ellos. Nos dirigieron á una iglesia cristiana de rito armenio notable por demás. Fué edificada sobre un templo del paganismo romano, compuesto de un círculo de hermosas columnas de piedra en el piso bajo, ocupando ella el principal. Es pequeña y muy limpia, pero debe ser muy antigua y decóranla preciosos retablos esculpidos con incrustaciones de ébano y marfil y pinturas byzantinas harto curiosas. Entre varios otros cuadros me fijé principalmente en tres, que me parecieron sobresalientes: un *San Espiridion*, la *conversion de San Pablo* y *el de Job*, en que se le representa desnudo y con una barba tan larga que le baja en hopo hasta las rodillas, é imita la cola de un caballo. Tiene un texto griego de la version de los setenta, que oyéndome leerlo y traducirlo á los compañeros, complacido uno de aquellos sacerdotes, de hermosa barba por cierto, se acercó y lo leyó á su modo, para hacerme notar la diferencia de acento y pronunciacion.

En el mismo barrio y á corta distancia

hay además otra iglesia cristiana con el título de Sitti-Mariam-el-Maghara, mucho mas notable que la anterior. Menos extensa y de forma cuadrada, tiene retablos y cuadros por el estylo de los ya mencionados; y el altar mayor y las capillas ciérralos una verja de madera viejísima. Vese allí un hoyo ó baño, con soporte que lo cruza, para administrar el bautismo por inmersion. Aunque esmeradamente limpia, todo en ella respira pobreza suma; y remóntase su fundacion á los primeros siglos de nuestra era. En medio de su pavimento choca ver un pequeño espacio cuadrilongo dentro de una barandilla con cancela sobrado modesta, cual si fuera la entrada de humilde huerto rústico. Abierta que fué, entré por ella distraido, bajando quince ó diez y siete escalones (qué no recuerdo bien) y llegué á una habitacion subterránea, cuyo suelo estaba inundado todo él un pié de agua en alto. Al ver interceptado el paso volví en mí y noté que me oprimia un sentimiento de tristeza. Estrechábaseme el corazon en el pecho y mis ojos preñados de lágrimas comenzaron á brotar hilo á hilo. ¡Dónde estas, Bardon, me dije; reflexiona y pára mientes!!!...

¡Ese techo que alcanzas con tu mano, cobijó en otro tiempo al Redentor del mundo, hecho hombre, que vino á buscar un asilo

en esta tierra hospitalaria; y el piadoso Nilo infiltra aquí sus aguas para que tus piés no profanen las huellas de la sagrada familia, cuya es la morada! ¡Esas cuatro paredes de tan limitado recinto guardan todavía el eco de los besos y caricias de San José y la Virgen al niño Jesús adorado! ¡Y ese aire que respiras y esa luz y hasta la misma sombra, que los ángulos proyectan, animaron su preciosísima y santa vida!—¿Cuántas habitaciones ves, y qué extension tienen?—¡Dios mio! No son mas de tres y muy reducidas. La principal que estoy mirando es una salita, de figura regular sí; pero muy baja de techos y apenas tendrá nueve piés de ancho por catorce de largo; en la extremidad del costado derecho hay una puerta como de alcoba ó dormitorio y en el izquierdo enfrente parece distinguirse otra igual; nada de adornos ni pinturas; ni otro color que el de los materiales.

¿No has admirado desde el mar en noches claras y serenas la hermosura y grandeza inconmensurable de los cielos, y de todo el universo?—¡Cierto que sí!—Pues compara aquello con esto; y piensa, que, qu'en llena todos los espacios y no coge en ellos, se redujo á morar largo tiempo en este pobre albergue. Bebe de esa agua, que, aunque algo salada como todas las de Egipto, está ben-

dita y consagrada por los efluvios que contiene de su purísimo cuerpo; adora estas paredes santificadas por su divino contacto; graba profundamente y para siempre en tu memoria la imágen querida de esta sencilla vivienda; y llévate para recuerdo el pedacito de yeso que sobre tu cabeza se desprende!!!

Subí de nuevo á la iglesia, y lo que acababa de sucederme no era un sueño; era verdadera realidad.

Unos Babilónios, que fueron á parar á Egypto en tiempos antiguos, compraron á los Faraones un terreno elevado, paralelo á Memphis del otro lado del Nilo; y despues de haberlo fortificado, edificaron y se establecieron en él, dándole el nombre de Babilónia en recuerdo de su tierra pátria. Fué poblándose cada vez mas, y en la época de Estrabon tenian los romanos en Babilónia una de las tres legiones que guarnecian el Egypto; y se ve todavía hoy ser de construccion romana el muro que la ciñe. Segun la leyenda tradicional paró allí la sagrada familia, y vivió en aquel punto todo el tiempo de su emigracion. Y se comprende bien; pues aparte de ser aquello mas barato que Memphis, de que podia considerarse un arrabal por estar el rio en medio; ofrecia menos ruido, menos cuidados, mayor seguridad por la

inmediación de la fuerza armada; y era mas frecuentado de extranjeros, y mas saludable y ventilado. Los arrastres del Nilo han ido haciendo subir el suelo, y dejaron enterrada esta y otras casas.

Las vistas del rio están ocultas por una loma de tierra que marcha de Norte á Sur, en que hay muchos molinos de viento, por entre cuyas aspas tuvimos el gusto de ver desaparecer el sol del horizonte, envuelto en nubes de rosa. El barrio del Viejo Cáiro, que cae al Mediodia del Cáiro nuevo, debió ser antes gran poblacion; mas ahora es un yermo extenso lleno de escombros y ruinas. Siguiendo hácia el Sur la orilla del rio, están las canteras de las pyrámides, y junto á ellas existia Troya y el monte Troyano con su cueva debajo. Esta aldea habia sido fundada por Menelao, y los cautivos que le siguieron cuando sucumbió con Priamo la celebrada Troya de Asia: no pude visitar estos lugares por la premura del tiempo.

Cariñosamente despedidos de Sitti-Mariam, anduvimos corto trecho y entramos en la mezquita de Amrú, madre de todas las del Egypto, pues data del año 641, y es el typo verdadero de la mosquéa primitiva: consta de un grande espacio cuadrado con un pozo en el centro para las abluciones. Una tercera parte al Mediodia está cubierta de techo plano

de cañas, sostenido por muchas series de arcos de ladrillo, y multitud de columnas de alabastro; aquí se ve el sepulcro del fundador construido de madera pintada. El resto, al aire libre, tiene su pórtico todo alrededor de columnas como las anteriores. Montamos en nuestra carretela para retirarnos al hotel, y entre tanto veíamos acercarse á buen paso una especie de procesion: como estábamos en el camino, y en despoblado, nos pareció prudente esperar.

Era la conduccion á un cementerio inmediato del cadáver de un niño árabe, sin duda alguna de familia distinguida. Rompia la marcha un grupo de cincuenta ó sesenta hombres que rezaban en coro y á media voz; inmediatamente seguia otro algo menor acompañando la caja mortuoria, que era llevada en hombros; y cerraban la comitiva sobre cuarenta mujeres plañideras, que lloraban sonoramente. La maldita curiosidad, imprudente en ocasiones, hizo que mis compañeros á pesar de estar oscureciendo y en despoblado quisiesen contra mi opinion ver el fin de la ceremonia. Saltaron del carruaje, y yo con ellos por no quedarme solo, y fuimos todos al sitio de la inhumacion. Apearon la caja y la colocaron al pié del foso: entonces era ver el alboroto de las plañideras gritando y abofeteándose el rostro, no de

suyo muy blanco, con las manos tiznadas. La que hacia de directora, y chillaba mas, se echó de bruces encima, y llamando por las rendijas al muerto, le decia secretos en voz baja. Sacáronle de la caja envuelto en una bayeta verde, atada por mas alto de la cabeza á manera de costal, y lo mismo los piés; y por fin le cubrieron de tierra entre alaridos desesperantes de aquellas fúrias. Dí la voz de alerta para que no abusásemos mas de la tolerancia y paciencia estóica de los pobres árabes; y, al salir ya, detrás del último sepulcro (que en vez de lápida forman poyo con una piedra alta figurando turbante para indicar el lado de la cabeza) habia caida una infeliz mujer, desolada, llorando amargamente, que debia ser la madre del niño enterrado. Nos afectó el espectáculo deteniéndonos un momento: de repente nos cercó toda la multitud, que no sabia cómo explicarse para darnos las gracias; y cuando comprendió que estábamos de prisa, nos abrió paso dejándonos marchar tranquilamente, cabizbajos, y cargado el ánimo de tristes reflexiones. Entramos por debajo de los arcos del grande acueducto, y rodeando la ciudad por el costado de Oriente, llegamos en paz á nuestra posada.

CAPITULO XVII.

No hemos hablado aun de los mercados, que tambien ofrecen bastante interés. Fuera de la ciudad, en la orilla izquierda del Nilo, está el gran mercado de legumbres de Ghizeh, donde todos los domingos por la mañana se hacen grandes transacciones en primeras materias; y los sábados en Bulak-Septieh hay feria de camellos y caballerías. El dia 25 quisimos ver el movimiento mercantil del puerto de Bulak y el muelle que en él se construye. Vienen á parar á este puerto, Nilo abajo, muchos productos raros del Sudan; entre ellos, carneros de cola gruesa, cereales, diferentes gomas en grandes cantidades, plumas de avestruz, dientes de elefante y otras muchas cosas: habia poca animacion.

Por la tarde fuimos la cuarta ó quinta vez á los bazares; y merece especial mencion el de Khan-Kalil. En callejones estrechos y portales ó tiendas de muy poca apariencia están sentados los dueños sobre sus mercancías, arrojadas allí á granel. Cuando ven pasar algun europeo que creen lleva inten-

cion de comprar, comienza el chicheo y la mímica, enseñándole algún artículo que pueda pararle y causar sorpresa. Entonces es el caso de la exhibicion de las ricas cufías de hilo de plata y seda; de los albornofes de telas ligeras y colores caprichosos, ó de tisú de oro con bordados fascinadores de lo mismo; de las encantadoras zapatillas de señora; de los tapetes de la Persia y de la India lisos y bordados, que valen un capital; de los frasquitos de pura esencia de rosa; de joyas de oro y plata con piedras finas; en una palabra, de mil objetos preciosos, que yo no conozco, ni me seria posible describir aquí. Quien tenga amor al dinero (créame), no vaya jamás á Khan-Kalil; porque llegado allí ya, toda resistencia es inútil; y la desesperacion no es otra cosa que un arrepentimiento tardío. Buen negocio hicieron con nosotros aquellos hábiles señores, como igualmente los fabricantes de pipas de fumar, sus vecinos; pues el extranjero que no cargó con doce pipas de jazmin, como trancas, y su correspondiente boca de ámbar del tamaño de la porra de un tambor mayor de los de acá, no era tenido por persona de suposicion. Pero, por mas sensible que nos fuese, era preciso dejar el Cáiro y muy pronto: el honor nos lo aconsejaba y el agradecimiento tambien.

Las exigencias y abusos de algunos invitados no españoles, muy espléndidos tratándose de bolsa ajena, habian provocado los tres *avisos* siguientes que circularon por los hoteles:

AVIS.

«Messieurs les Invités de la 1^{re} cathégorie
 »qui ont fait le voyage de la haute Egypte
 »et ceux de la 2^{me} qui sont arrivés au Caire
 »avant l'ouverture du Canal de Suez sont
 »priés de se rendre à Alexandrie pour pren-
 »dre place á bord de deux Bateaux á Vapeur
 »partant l'un pour Brindisi, et l'autre pour
 »Marseille le 24 au matin. Ils sont infor-
 »més qu'ils partiront de la Gare du Caire
 »par un train special le 23 au soir pour se
 »rendre directement á bord.—Par ordre.—
 »*Giach*.—L'heure du train será indiqué de-
 »main avant midi.

AVIS.

«Messieurs les Invités de S. A. le Khédivé
 »sont informés que les départs pour l'Eu-
 »rope auront lieu á partir du 23 ct. Ceux qui
 »doivent s'embarquer tres prochainement
 »voudront bien quitter le Caire au plus tot,
 »afin de pouvoir s'inscrire á la Munici-

»palité d'Alexandrie. Caire Nov. de 1869.—
»*Giach.*

AVIS.

»Le soussigné, pour répondre aux de-
»mandes qui lui ont été adressées, prévient
»Messieurs les Invités qu'il n'y aura pas
»de voyage pour la haute Egypte, et qu'il
»n'y a pas de loges ni de places dans les
»théâtres à leur disposition.—Par ordre.—
»*Giach.*»

Pues magüer estas indirectas sobradamente justas, todavía el 20 de Enero de 1870, según supe después, había sobre doscientos gorriones europeos en Alejandría, comiendo y bebiendo á costa del humanitario Khedib: hay hombres de levita, que aparentan ser personas decentes y en realidad son acémilas verdaderas. Con razón se ha dicho en nuestra tierra: *Bien venidos sean los huéspedes, por el placer que nos dan, cuando se van.*

El día 26 dejamos el Cáiro y emprendimos el camino de Alejandría; los compañeros á las ocho de la mañana; yo por esperar al Sr. Galdo salí en el tren de las dos y media de la tarde. No puede ser más delicioso el trayecto, perdiéndose á izquierda y derecha

la vista en el dilatado horizonte del sin par valle del Nilo. Insisto en que aquí debió ser el Paraiso de la Biblia, por las puntas y ribetes que de tal conserva. El viaje de todos fué feliz, aunque los últimos sufrimos un retraso de dos horas, por haber encontrado detenido en Kar-Zayat el tren del Virey, llegando á Alejandría á las once de la noche y fuimos á hospedarnos en el Hotel de Inglaterra.

CAPÍTULO XVIII.

—

Hemos visto el ángulo meridional del antiguo delta que estaba en Heliópolis; el oriental mas allá de Puerto-Saïd lo formaba la célebre Pelusio, patria de Claudio Tolomeo el geógrafo, donde murió asesinado el gran Pompeyo. Rodeada de extensos lagos, tenia veinte estadios su muro y distaba otros veinte del mar Mediterráneo. Hoy no queda de ella mas que un monton de escombros en medio del desierto, verminero terrible de serpientes, que se esconden bajo las arenas. El ángulo tercero, ú occidental, lo formaba Alejandría, donde al presente estamos. De esta infortunada ciudad, tantas veces conquistada y destruida, que segun Ciceron pa-

gaba 12.500 talentos de tributo anual á Roma en tiempo de Evergetes, padre de Cleopátra, quedan apenas rastros de su primitiva grandeza. Desapareció el sepulcro de Alejandro y la urna de oro que encerraba sus cenizas; desaparecieron sus grandiosos templos y anchas plazas; desapareció el suntuoso alcázar de los Tolomeos, tragándose el mar el grande espacio que oprimia con su enorme pesadumbre; desapareció el Circo y la Bibliotheca de fama inmortal; desapareció el Museo y su sabiduría, huyendo las sagradas Musas espantadas á buscar nuevo asylo en los confines del mundo. Y ¿dónde era Nicópolis, á treinta estadios de Alejandría, en que, vencido por César Augusto, se suicidó Antonio y se envenenó Cleopátra? ¡Todo lo ha barrido la mano inexorable de los tiempos!

La columna llamada de Pompeyo (que Abulfeda cree ser de Severo); el obelisco de Cleopátra, que junto con otro, roto ya y derribado, formaban una de las avenidas del palacio de los Tolomeos, cuyas ruinas cubre el mar á pocos metros de distancia; y las dos grandes calles que se cruzan, de una yugada de ancho, verdaderas arterias delineadas por su glorioso fundador, son los únicos monumentos que recuerdan la Alejandría clásica, reina de las costas africanas.

Ahora es toda otra cosa: aparte de Ras-el-Tin residencia del Virey en la estacion de verano, palacio de hermosas columnatas edificado sobre el mar á la derecha del puerto por el activo Mehemet-Alí, y el magnífico Dock-Flotante, que contiene el arsenal de la marina, no se encuentra mas que admirar; mucha y diversa gente, muchos comercios, muchos negociantes, infinitos viajeros y todo concluido.

A punto de abandonar el Egipto, quizá para siempre, voy á permitirme recordar al lector la multitud de ciudades que fueron y no son, dentro del Delta. Alcanzaron gran fama por sus templos y fiestas religiosas Bubastis, en que se adoraba á Diana; Busiris, á la diosa Isis ó madre Tierra; Sais, en que se daba culto á Minerva; Heliópolis, en que, segun dijimos atrás, existia el pervetusto templo del Sol; Buto, que sacrificaba á Lato-na; y Papremis, al génio de la guerra, el Dios Márte; todas fueron y no son.

La misma suerte corrieron Thonis, visitada por Helena; Canopo, fundada por un gobernador del mismo nombre que habia sido de Menelao; Heráclio, célebre por el gran templo de Hércules. No queda ya rastro de la torre de Perseo y muro de los Milesios, aquellos guerreros tan temidos, vestidos de bronce; ni de la metrópoli Sébenis; ni de

Hermópolis, Lycópolis y Xoís. Tampoco hay quien se acuerde ya de la gran Tanis, ni existe memoria alguna de Diópolis, Cynópolis y Leontópolis. Perecieron igualmente Gynecópolis, Heroópolis y Cleopatris; pereció Momémphis, pereció la ciudad de Menelao. Sucumbió con ellas Phagroriópolis, sucumbió Naucratis, sucumbió la ilustre Mendes, antiquísima capital del bajo Egipto; sucumbieron muchas otras; y además villas y aldeas sin cuento, que por ser oscuras no se ocupó de ellas la historia. Con el Nilo se renueva la fábula de Saturno que devoraba á sus propios hijos: el Nilo dió el ser á tantas ciudades y él mismo las ha convertido en lagos y desiertos; difícilmente se hallará en el globo otro país que haya sufrido, y sufrirá, mayores trasformaciones geológicas.

Nuestra misión concluía y no debíamos permanecer por más tiempo en la tierra de los Faraones, siendo inútilmente gravosos al generoso y nobilísimo Khedib, que tantos sacrificios había hecho en aras de la civilización y de la filantropía. Ismail Pacha merecerá para siempre un lugar distinguido en la historia por haber cooperado tan eficazmente á la realización de la primer maravilla del presente siglo, la unión de Oriente y Occidente. No siendo posible que

asistiesen á esta fiesta del género humano, que marcará una era de paz, libertad y fraternidad para todos los pueblos, los hombres de ciencia, que en todas partes son pobres, los artistas, los industriales, todos aquellos á quienes pudiera interesar de algun modo en ambos hemisferios la empresa titánica de la navegacion del Canal de Suez, abre sus tesoros, y sin distincion de razas, profesiones, nacionalidades y creencias, ejerce una hospitalidad espléndida, nunca vista en la série de los siglos, llevádoles y trayéndoles á sus expensas, obsequiádoles y tratádoles en todo este tiempo con el trato y servicio que solamente se acostumbra prestar á los reyes.

Gracias, Príncipe esclarecido; permitid que un modesto profesor español os dirija estas palabras desde un extremo de Occidente, para expresar los sentimientos que le animan y como perenne testimonio del mas profundo respeto, calurosas simpatías y agradecimiento sincero. ¡Que Dios todopoderoso os proteja, cual vos sois en vuestros Estados el protector desinteresado de todas las libertades y de todos los cultos, y el patrono de todas las grandes ideas que aspiran á convertir en una sola familia la humanidad entera esparcida por los ámbitos del Orbe!

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Despedidos cortésmente por la municipalidad de Alejandría en la mañana del 27 de Noviembre, nos embarcábamos á las nueve los Sres. Galdo, Merelo, Riaño, Huesca, Jamar y yo para volver á Europa en el mismo vapor *Guienne*, en que habíamos ido los tres últimos: y á las once entramos alegres en alta mar. ¡Adios, cálido Oriente, que nos vamos á la fresca tierra donde el sol se esconde!!!...

La navegacion de aquel dia fué tranquila; brisa suave y cielo con ligeras nubes; durante la noche mar picado.

Buena salida del sol el dia 28: el mar seguia picado; á las cuatro de la tarde era ya

mar gruesa y muchos pasajeros se mareaban; sin embargo, la noche fué buena.

Amaneció sereno el día 29; el cielo claro; el mar, un poco picado ya, de resultas del viento fuerte que se levantó soplando por la proa, se fué poco á poco empeorando, y á las cuatro de la tarde se hizo mar de fondo; la noche fué temible.

El 30 amanecimos con mar de fondo y viento fuerte de proa. Calmó á las tres y media de la tarde, se despejó el cielo y la noche fué pasadera.

La aurora del día 1.º de Diciembre nos saludó cerca de Sicilia, á la vista del Etna nevado y las montañas de Calábria: alegría general en tripulantes y pasajeros.

Es harto pintoresco el mar de Jónia en este punto. A nuestra izquierda dejábamos la gloriosa en otro tiempo, cuanto humillada hoy, la trágica y tristemente desventurada Syracuse. ¡Dichosos los ricos, me dije yo en este momento! Si tuviera medios, allí me hubiera quedado seis meses para beber las aguas de la sin par Arethusa, que mana un metro cúbico por segundo. Nympha bellísima primero, fué trasformada por Diana en fuente para sustraerla á las persecuciones de Alfeo su amante, río del Peloponeso, al decir de la mitología. Me hubiera bañado en la purísima onda de Cyané á la sombra

de sus papyrus egypcios de cinco metros de altura donde se bañaron sin duda Moscho y Theocrito, tan inspirados y protegidos de las Musas: hubiera respirado la brisa que acarició á Timoleon y al insigne Archímedes, cuyas cenizas quedaron allí enterradas; hubiera visitado las catacumbas para mezclar mis lágrimas con las muchas que en ellas vertieron los millares de Athenienses desgraciados de la expedición de Nicias, que cayeron prisioneros en desastrosa derrota. ¡Infeliz Syracuse; entonces no tuviste piedad de los que imploraban tu clemencia; y ahora yaces durante largos siglos derribada! ¡La sed, el hambre, la sofocación que hiciste pasar y la reprensible crueldad con que trataste á aquellas pobres víctimas, envueltas en sus excrementos ocho meses, serán para tu memoria eterno oprobio!

Llegó á tener Syracuse, segun Estrabon, una circunferencia equivalente á 28 kilómetros, siendo triangular su figura. Despues de las guerras de los Arabes en la edad media, quedó arrasada toda la parte de tierra, y solo hay poblada la isla Ortygia. Ciceron, que fué *questor* en Syracuse, hace de ella (*In Verrem IV*, 52-53) la siguiente descripción:

«Syracusa es tan vasta que parece compuesta de cuatro grandes ciudades: la pri-

»mera es la *Isla* (Ortygia), separada por un
 »pequeño brazo de mar y comunicando por
 »medio de un puente con el resto de la po-
 »blacion. Aquí está situado el antiguo pala-
 »cio de Hieron, hoy palacio del Pretor. Vén-
 »se en ella gran número de templos, distin-
 »guiéndose entre los demás dos principal-
 »mente: el de Diana y el de Minerva. A la
 »extremidad de la isla hay una fuente de
 »agua dulce llamada Arethusa; su recipiente
 »de una extension increíble, lleno de peces,
 »seria inundado por el mar, si no estuvie-
 »se defendido por un fuerte dique.

»La segunda ciudad (ó *barrio*) es la *Ach-*
 »*radina*, que contiene una plaza espaciosa,
 »bellísimos pórticos, un soberbio Prytáneo,
 »un vasto palacio del Senado, y un majes-
 »toso templo de Júpiter Olympico.

»La tercera lleva el nombre de *Tycha*,
 »porque habia allí antes un templo de la
 »Fortuna; son notables en ella el grandísi-
 »mo Gymnasio y muchos edificios sagrados:
 »es la parte mas poblada.

»La cuarta *Neapolis*, llamada así por ha-
 »ber sido edificada la última. En lo mas alto
 »existe un inmenso teatro; además los dos
 »bellos templos de Ceres y Proserpina.»

Hay en Sicilia, dice M. Viollet-le-Duc,
 muchas ciudades y paisajes mas bellos que
 Syracuse y sus alrededores; pero no se en-

cuentra uno que deje grabada en el espíritu mas profunda huella.

Seguimos adelante y á la misma mano sorprendió nuestra curiosidad al poco rato la blanca y riente Catánia, pátria del legislador Charondas y sepulcro del poeta Estesíchoro. Es refran muy antiguo ser gran mal el mal vecino. Colocada en la falda del Etna, aunque á 16 kilómetros de distancia, bajo aquella terrible boca de fuego, verdadero vómito del infierno, que la domina desde una altura de tres mil y tantos metros; ha sufrido muchas veces de terremotos y erupciones y está expuesta el mejor dia á desaparecer de la faz de la tierra. Ya en el año 1669 vió arrollar sus muros y quemar trescientas casas una corriente de lava, que cubrió cinco ó seis leguas cuadradas con una capa gruesa de treintera y tres metros en algunos sitios. ¡Génio maléfico, que habitas el Etna cavernoso, sosiega tu ira y apiádate de nosotros pobres caminantes que nos apresuramos á salir de tus dominios; poca gracia nos hace tu espantable único ojo y el espeso sobrecejo de humo que lo circunda!

Pasada Catánia, el volcan Etna y muchas aldeas y casas de campo de hermosa perspectiva, que dejábamos á la izquierda, nos acercamos al *Cap-dell'Armi* por la derecha y penetrábamos en el estrecho de Messina.

La grupa que presenta la cordillera de Aspromonte, punta meridionalde la Calábria, es muy escarpada y desigual. Con todo, está bastante poblada y tiene rincones muy bellos: un ferro-carril que parte desde Reggio va faldeando y se dirige al través de aquellos precipicios hasta mas allá de Biancopecchio, describiendo un medio círculo y nos causaba gran placer ver correr los trenes. Dejamos atrás Pellaro y Santa Agata, aldeas bien situadas; y al afrontar á Reggio no se nos habia olvidado el coscorron del bergantin austriaco que nos despertó á la ida. Verdaderamente esta es la tierra clásica de los coscorrones, pues muy á menudo suele haber en ella terremotos y catástrofes horrendas. Por esto no es lo que debia ser, atendida la posicion geográfica y la fertilidad de su suelo. Por fin marchando á todo vapor y con los ojos muy abiertos para mirar los accidentes del terreno de uno y otro lado, hicimos un cuarto de conversion sobre la Sicilia y á la una del dia desembarcamos felizmente en Messina, yendo á parar al Hotel *Vittória* 66 y 68, *Strada Garibaldi*.

CAPITULO II.

Messina antiguamente Zanca (palabra griega que significa hoz y sin duda fué llamada así por la forma de su puerto) es una gran ciudad de cien mil habitantes por lo menos. Fué una de las primeras colonias griegas de Sicilia fundadas por los piratas de Cumas, que mas tarde ocuparon los Sículos; despues los Chalcedonios y Samios; y últimamente los Messenios, de donde le viene el nombre de Messana ó Messina. Su puerto uno de los mas vastos y seguros del Mediterráneo está formado por un dique natural de tierra describiendo un semicírculo que llaman *Il braccio di San Raniero*: está protegido por el fuerte de *San Salvatore* á la entrada y en el fondo por la Ciudadela que puede contener una guarnicion de 4.000 hombres. Ha sido muchas veces bloqueada y destruida en guerras; y además muy castigada por los terremotos. El de 1783 causó mas de 40.000 víctimas humanas, sepultadas bajo los escombros, solamente en Messina y sus inmediaciones; y esta es la razon por que no conserva antigüedades. Su situacion es

un verdadero Nacimiento. Muy limpia y recién edificada toda ella, recostada sobre muchas y muy verdes colinas que la dominan por el Mediodía y atravesada por varios torrentes que de ellas se desprenden, se extiende por la orilla del mar en forma de gracioso anfiteatro. Tiene dos grandes calles que sirven de paseos: la de Garibaldi paralela al muelle de mas de dos kilómetros; y el Corso que se va separando cada vez mas y forma ángulo con la primera en dirección al Mediodía.

Contrasta aquí singularmente el hermoso color verde de los infinitos naranjos, limoneros y muchos otros frutales que cubren los montes Peloros en derredor de Messina, cuyos edificios son todos blancos, con el azul purísimo y subido de las aguas del mar Jónico.

En el muelle frente al palacio de Villa que es magnífico, está la fuente de Neptuno, en pie, teniendo amarrados con cadena los monstruos Charybdis y Escyla. La cathedral tiene poco que ver; pero delante hay una bellísima plaza rodeada de edificios regulares y en el centro otra fuente adornada con numerosas esculturas: en lo mas alto campea Orion sobre un zócalo sostenido por cuatro mancebos; cuatro nymphas soportan el pilon superior; cuatro tritones el segundo; y

cuatro sirenas el tercero, que es bastante grande, decorado con bajos relieves y figuras de hombres y animales alusivos á los beneficios que nos presta el húmedo elemento. Las cuatro alegorías fluviales son el Nilo, el Tíber, el Ebro y el Cámaro, torrente de Messina. Mas al Norte de la *Piazza del Duomo*, en el Corso, hay otra plaza llamada la *Annunziata*, cuyo centro ocupa la estatua de bronce de nuestro célebre D. Juan de Austria en conmemoracion del gran combate y victoria sobre los turcos ganada en las ondas de Lepanto.

Posee tambien Messina su universidad en un edificio que fué convento de Jesuitas; un soberbio hospital (*Spedale della pietá*); y muchas iglesias, aunque pequeñas, con muy buenos cuadros, pinturas al fresco y admirables mosaicos. Entre otras que visitamos nos gustaron extraordinariamente San Gregorio con su torre espiral en lo mas elevado de la poblacion, Santa Ana y *San Francesco de' Mercanti*: en lo mas espacioso de la *Strada Garibaldi* destácase además un majestuoso teatro.

Forzados á permanecer en Messina por efecto del mal temporal (pues la *Guienne* habia continuado su viaje á Marsella), tuvimos que esperar al dia 3 que nos embarcamos para Nápoles en el vapor italiano *Afri-*

ca, zarpando á las dos de la tarde. Toda la parte de estrecho que faltaba hasta mas acá de Charybdis y Escyla marchábamos perfectamente; mas al dar vista á las islas de Vulcano, Lipari y Estrómboli, en que reinó el antiguo caballero Hippotes, padre segun dicen de Eolo; este último señor no debia estar en la casa paterna por cuanto las fieras *Euro*, *Noto*, *Zéphiro* y *Bóreas*, en vez de encerradas en su cueva y amarradas á la cadena, andaban sueltas á su antojo retozando por aquellas llanuras de Dios. Entonces comenzamos otro nuevo calvario, que ¡ojalá nos sea recibido en cuenta para la remision de nuestros pecados! Toda la tarde y noche siguiente fué un continuado baile al son del buque y en mas de una ocasion estuvo á punto de calársenos por montera. Ni en pié ni acostados era posible permanecer sin estar fuertemente agarradas ambas manos para no quedar estrellados como un huevo. Echando muchos las asaduras y aun creo tambien las muelas y quijadas, pasamos todos aquella eterna noche contando los minutos y con el credo en los dientes, esperando el instante en que Dios se sirviera despenarnos. ¡Dichosos golfos de Santa Eufemia y Policastro, para siempre quedareis grabados en nuestra memoria!

El golfo de Salerno en que entrábamos al

amanecer fué con nosotros mas piadoso, y calmados los huracanes de la noche, vimos nevadas las montañas de la costa y la salida del sol en medio de un horizonte enmarañado y triste. Un poco antes de llegar á la isla de Cápri observamos un fenómeno singular: el color de las aguas, que hasta entonces era negro como tinta de escribir, se cambió en verde claro formando una zona muy distinta y perceptible cual si fuera diversa la corriente. A las diez y media doblábamos el cabo ó *Punta della Campanella* dejando á nuestra izquierda la famosa Cápri pequeño Gibraltar con su gruta azul y las ruinas del palacio del cruel Tiberio, que llenó allí de escándalos y horrores el universo mundo.

Las impresiones del que navega son infinitas y tan variadas como las mismas olas del mar. Entrar en el golfo de Nápoles y cambiarse por completo la decoracion del teatro, fué todo una misma cosa: nada de oleaje ni de viento; caminábamos tranquilos y reposadamente cual si atravesáramos un pequeño lago. Lo primero que hirió nuestra vista al llegar aquí fué el gigante Vesuvio con su cresta nevada y un inmenso penacho de humo que cambiaba de forma segun lo azotaban los vientos: ya no era posible mirar á otra parte. Todo lo sufrido en la noche anterior quedó olvidado desde aquel mo-

mento. Embebecidos y fascinados pasamos sin sentir hora y media que tardó aun el vapor en llegar al puerto de Nápoles y desembarcamos á las doce del dia 4 de Diciembre. Prévio el indispensable requisito del registro de equipajes en la aduana del muelle, como en todas partes, tomamos coches que nos condujeran é instalamos nuestra residencia en el Hotel de Louvre 97.—*Chiaja.*

CAPITULO III.

El primer cuidado que nos asaltó despues de recogido el equipaje y aun antes de pasarnos el cepillo para limpiar el polvo del camino, fué enviar la fé de vida á nuestras respectivas familias por medio de un parte telegráfico, avisando nuestro feliz arribo al continente de Europa. Con este motivo tuvimos ocasion de admirar el palacio de Gravina (Strada di Monte Oliveto), en que está la administracion de Correos, considerado como una de las buenas obras de arquitectura de fines del siglo xv.

«¡Ver Nápoles y morir!» dijo un romántico de imaginacion enferma y exaltada. Es la primera vez en mi vida que me parecen me-

nos mal las extravagancias del romanticismo. Efectivamente, *ver Nápoles y morir*, repito yo: ó mejor entendido; nadie determine morirse sin haber visto á Nápoles. Pocas poblaciones habrá en el globo que reúnan tantas, tan interesantes y bellas condiciones. No pretendo describirla; porque sobre ser empresa superior á mis fuerzas, serian necesarios para esto volúmenes enteros. Intentaré solamente hacer una ligera reseña para que el lector pueda comprender algo de las impresiones que se reciben al visitarla.

Fundada por los Fenicios segun dicen en época inmemorial, su primer nombre fué Parthénope. En un principio constaba de dos ciudades distintas: *Palaeópolis* (ciudad vieja), y *Neapolis* (ciudad nueva); esta última denominacion griega es la que ha prevalecido. Nápoles fué siempre un lugar de recreo y predileccion para los romanos y especialmente los Emperadores: llamábanla la ciudad *risueña*, la *ociosa*, la *docta*. Situada sobre una série de colinas mirando al Mediodia á la orilla del mar, forma el centro de un extenso semicírculo, que termina por la izquierda en el cabo ó punta de la Campagna é isla de Cápri; y por la derecha en el cabo Miseno, é islas de Prócida, Ischia, Vivara y otras menos importantes. Su cielo es bellísimo, su suelo muy accidentado y fér-

til, reúne la alegría de las montañas á la buena temperatura y riqueza de los puertos de mar mejor situados. Constando la poblacion de Nápoles de 500.000 almas próximamente, hay que agregar á esto la que contienen las villas de Portíci, Resina y Torre del Greco que están unidas á la capital por una ancha calle de 11 kilómetros y además un ferro-carril. Toda la campiña que hay detrás y de uno y otro lado es muy verde, esmeradamente cultivada, plantada de laureles, naranjos, limoneros y otros mil frutales, y sobre cada montículo ó pezon de tierra de los muchos que allí hay, infinitas *villas* ó casas de campo con sus jardines mas blancas y hermosas que el mismo sol de Italia. Dentro del mar y en la tranquila y extensísima bahía hay para defensa de la plaza el Castillo Nuevo, el Fuerte del Muelle y mas al Poniente otro castillo llamado del Huevo, por su figura; y encima sobre la mayor eminencia que domina la ciudad por la parte de tierra estaba para enfrenarla el castillo de Santelmo, hoy desartillado y convertido en prision militar. Las casas de Nápoles son muy altas, de cinco ó seis pisos y la mayor parte con balcones salientes por el estylo de las de España: las calles estrechas en general, pero regulares, bien empedradas y muy limpias. Las principales son la de To-

ledo, la Chiaya, y abierta recientemente, *Corso di Vittorio Emmanuele* en la parte alta de la población, donde se goza de extensas y sorprendentes vistas.

Los edificios públicos de Nápoles no están en relación con su opulencia, ni corresponden tampoco á la ciudad mas populosa de la Italia, sin embargo de ser algunos notables; como el Asilo de los pobres (*Albergo de' Poveri*), teatro de San Carlos, Palacio Real y el Museo Nacional de que me habré de ocupar despues. Los templos son por lo general pequeños y de escasa importancia arquitectónica, si bien abundan en preciosas pinturas y esculturas de los autores mas excelentes en el arte; pero en cambio son muchísimos, pues se cuentan 257 iglesias, 57 capillas llamadas *Serotine* (porque se reúnen en ellas los obreros por la noche) y 182 oratorios ó capillas pertenecientes á cofradías y corporaciones religiosas. Son dignos de ser visitados principalmente la Cathedral, cuya pila de bautismo fué hecha de un vaso antiguo de balsato del Egipto sostenido por un pié de pórfido adornado con atributos de Baco; San Genaro en que abundan las pinturas modelo; San Felipe Neri, que encierra las cenizas del célebre Vico; San Francisco de Paula, con su vestíbulo y pórticos sostenidos por soberbias columnas; La *Incoro-*

nata, famosa por sus frescos atribuidos á *Giotto*; y por último, San Severo, cuyas estatuas de mármol, especialmente la que representa el cadáver del Salvador, envuelto en un lienzo adherido con el sudor de la muerte, son el mayor esfuerzo imaginable del arte divino la escultura.

Las catacumbas de Nápoles, que se extienden por el interior de las colinas al Norte de la ciudad, tienen muchas millas de largo, y son más espaciosas y bellas aun que las tan ponderadas de Roma. De las cuatro entradas principales que tenían en lo antiguo, no se conserva al presente más que una: la que cae junto á la iglesia de *San Gennaro de Poveri*. Constaban de tres pisos: el inferior fué obstruido por los hundimientos, y tal vez intencionalmente, en la época de 1656 en que aquella terrible peste obligó á sepultar allí tantos miles de víctimas. Estas galerías subterráneas están abiertas ó cavadas en puzolana endurecida, y las hay de cinco metros de alto, y una anchura variable. Las paredes laterales presentan nichos (*loculi*) formando otras tantas sepulturas, que por las inscripciones que tienen pertenecian exclusivamente á cristianos. Se ha disputado mucho acerca del origen de estas inmensas escavaciones que muestran ser muy anteriores á la dominacion romana; pero la opinion más

probable es que las cavaron colonias griegas.

Entre las grandes curiosidades que atraen sin cesar sobre esta parte de la Italia infinito número de viajeros de toda Europa, figuran en primer término los restos de Pompeya, resucitada despues de mil ochocientos años que sucumbió; y la imponente majestad del volcan Vesuvio, que se eleva al Oriente de Nápoles, exhibiéndose á todas horas en sublime, perpétua, y siempre variada escena. De consiguiente debia dirigirse hácia estos puntos nuestra primera expedicion.

CAPITULO IV.

—

El dia 5 de Diciembre á las nueve y media de la mañana entrábamos en Pompeya por la calle llamada al presente *de los Sepulcros*. «*No debiera yo existir entre los hombres de ahora, decia Hesíodo; ¡ojalá muriera mucho antes, ó hubiera nacido despues! ¡La generacion en que vivimos es generacion de hierro!*» Este pensamiento de aquel gran poeta se me sentó á mí entre ceja y ceja, y me estuvo mortificando toda la mañana mientras duró la visita, sobrado ligera, que pudimos hacer á las ruinas gloriosas de la infeliz Pompeya,

digna de mejor suerte. Cuando se encuentra un cadáver, muchos años enterrado, se apodera de nosotros una curiosidad piadosa, y no satisfechos con abrir la caja, y alzar el sudario, que lo cubre, examinamos todo minuciosamente, y quisiéramos para interrogarle que en aquel momento se reanimasen sus restos, y tornase á recobrar su perdida existencia. Pues si esto sucede con un solo hombre, puede inferir el lector lo que sucederá al ver dentro del sepulcro y sin mortaja toda una opulenta ciudad, diez y ocho siglos sepultada. Lo que allí se admira y se siente no se parece á nada de otras impresiones. Las calles, plazas, edificios públicos y casas particulares, llevan por lo comun un nombre moderno, debido á cualquiera circunstancia, ignorándose cuáles fueron los primitivos y verdaderos, como igualmente el de los dueños y poseedores. La calle de los Sepulcros es un arrabal fuera de muros, pero que contiene cosas muy notables.

Lo primero que se encuentra á la derecha es la casa de Diomédes que excita sobremanera la atención de los viajeros por su forma arquitectónica, su lujo de mosaicos y pinturas y sobre todo una gran cueva construida de bóveda, cuyos cuatro claustros cierran un grande espacio cuadrado. Todavía se ven allí desportilladas por encima,

llenas de ceniza endurecida y medio enteradas, las ánforas destinadas á la cosecha del vino; en una de las paredes á la izquierda de la entrada se observa una mancha como sombra de mujer en pié. Efectivamente en aquel mismo sitio al cavar de nuevo la cueva aparecieron en diferentes posturas 17 esqueletos, entre ellos dos de niños con reliquias de su blonda cabellera y además algunos anillos, brazaletes, pendientes, y collares preciosos. Se echa de ver que estos desdichados fueron á refugiarse á la cueva y quedaron en ella enterrados vivos y asfixiados. Otros dos esqueletos fueron tambien hallados cerca de la puerta del jardín que da al campo, uno de ellos con la llave en la mano y junto muchas monedas de oro y plata y ricos vasos: trataban sin duda de huir y allí les alcanzó la Parca.

En la acera de enfrente está el sepulcro de *M. Arrius Diomédés*, de donde la casa anterior tomó el nombre; y de ambos lados otros muchos, contruidos de mármol, de variadas y elegantísimas formas y todos ellos con inscripciones latinas: los de *Grattus*, *Salvius*, *Servilia*, *Ceiús Menomachus*, *Labeon* y *Libella*; los de *Naevoleia Tyché*, *Nistacidius*, *Calventius Quietus* y *Aricius Scaurus*; los de *Porcius* y su hija *Mamia* y alguno mas. Pocos pasos adelante de la de

Diomédes está la casa de campo ó *Villa* de Ciceron, que una vez rebuscada, la volvieron á llenar de escombros, por no sacarlos fuera que era el sistema de las primeras excavaciones; las paredes interiores del jardin están hechas de piedras pequeñas en forma de adoquines, imitando las mallas de una red. Hoy seguramente no la conoceria el grande orador si volviera á la vida; porque sobre faltarla los techos y estar las paredes ruinosas, le fueron extraidas todas sus decoraciones y objetos. Merecen especial mencion dos estupendos mosaicos del mas elevado estylo y finísimo trabajo, representando escenas cómicas, con el nombre griego de su autor *Dioscorides de Samos*; la pintura célebre de las Ocho Bailarinas; y cuatro grupos de Centauros, que ofrecen á la vista cuanto de gracia, gentileza y perfeccion puede imaginarse.

A la parte opuesta de la misma calle mirando al Mediodia quedan la *Casa posada* ó *meson* y la denominada *Casa de las columnas de mosáico*; junto á esta el *Hemicyclo*, ó sitio cubierto con asientos para descansar los que paseaban: llaman la atencion los adornos de estuco que decoran la bóveda y frontispicio. Aquí se encontraron los esqueletos de una mujer (quizá la madre) y tres niños; debian ser gente distinguida por las alhajas

preciosas que llevaban. A la derecha casi ya entrando por la puerta del Herculano que conduce á lo interior de la ciudad, se ve una especie de capilla cubierta de bóveda llamada vulgarmente Garita, porque pareció allí el esqueleto del soldado de guardia empuñando todavía la lanza y calada la visera; pero debió entrar á refugiarse, pues aquello se cree haber sido el sepulcro de Marco Cerinio, segun la inscripcion del sarcófago que fué trasladado á otra parte.

Antes de penetrar en el recinto murado de Pompeya voy á intentar diseñarla para que el lector pueda formarse una idea, siquiera sea remota. Situada á la orilla del mar (entonces), sobre la falda del Vesuvio del lado del Mediodia, ocupaba la parte alta de una meseta ó colina. Su posicion era bella y alegre á mas no poder y la extension de su perímetro legua y media próximamente. Su figura imita la de una hoja de peral, extendida de Occidente á Oriente; haciendo de rabo ó pié extramuros la calle de los Sepulcros que concluye en la puerta de Herculano, la que mira al Poniente, y de vértice la parte mas oriental en donde está el Amphiteatro. Las murallas de 25 á 30 piés de altura son dobles, conteniendo en medio un terraplen de cinco ó seis metros de ancho en algunos puntos y de trecho en trecho con-

servan restos de torres cuadradas de muchos pisos. Una cuarta parte entre Mediodia y Occidente no tiene muros, ya porque daba al mar y no los necesitaba, ó lo que es mas verosímil, porque hubiesen sido derribados por Sylla ó Augusto cuando la guerra social. El costado Norte tenia cuatro puertas: la del Vesuvio, la de Cápua, la de Nola y la de Sarno. El costado Sur debia tener otras cuatro; la correspondiente á la gran calle recta que desde la puerta Nola cruza pasando por las termas hasta el mar en el espacio no murado, la de la Marina, la de Estábia y la de Nocera; y uniendo á estas la de Herculano, que forma el eje, son nueve entre todas.

Las calles son rectas, pero muy estrechas sin duda por causa del sol: las hay que pueden atravesarse de una sola zancada. Están empedradas con grandes lanchas irregulares, casados los ángulos del modo mas conveniente, con aceras de media vara de alto no muy anchas, empedradas tambien, y asfaltadas algunas (la de las Térmas): en muchos sitios hay piedras fijas pasaderas, y hasta poyos para montar á caballo. En ninguna puede marchar á la vez mas de un solo carro, y se conocen las rodadas del último que pasó. Además de las cisternas y pozos, la mayor parte de las calles tenian fuentes públi-

cas, todas del mismo modelo, consistente en un mascarón de piedra y una pila, adonde iban las aguas por canales de fábrica, distribuyéndose también para los edificios, y casas particulares por tuberías de plomo. El acueducto que surtía de aguas á Pompeya está hoy obstruido, y tampoco ha podido ser descubierto hasta la fecha.

Por todas partes se ven letreros marcados con carbon ó á punta, borrados los mas, y algunos todavía inteligibles. En la posada del callejon del Lupanarse lee: *Otiosis locus hic non est, discede morator*; que puede traducirse: *quien no tenga aquí que hacer váyase pronto*. En otra calle también estrecha cerca del *Forum* hay este:

*Duodecim Deos et Dianam et Jovem
Optimum máximum habeat iratos
Quisquis hic minxerit aut cacaverit.*

¡Sobre quien hiciere aquí aguas mayores ó menores caiga la ira de Dios que le confunda!
No todos son decentes seguramente, pero hay muchos sobre el tema de galanterías y amores:

*Candida me docuit nigras odisse puellas.
Una blanca me enseñó á no querer las morenas.*

*¡Ah peream! sine te si deus esse velim.
¡Ni aun rey sin tí quiero ser! ¡Antes me*

trague la tierra!... Bastantes hay tomados de Propercio, Ovidio, y Virgilio.

Plazas: como habrá á lo sumo un tercio de poblacion descubierta cerca de la puerta de Herculano, y la parte mas inmediata al mar, no se conocen todavía mas que tres plazas.

El *Forum civile* destinado á los tribunales, á las reuniones públicas, y políticas, á los negocios del comercio, está situado al Mediodia enfrente de la puerta de la Marina, y rodeado de edificios muy bellos y de grande importancia. Es un grande paralelógramo, cuya longitud de Poniente á Oriente es tres veces y media mayor que su anchura. Excepto la entrada por el lado de Occidente en que se eleva el esbelto templo de Jove, tenia pórticos sostenidos por columnas dóricas de mármol blanco. Estaba además toda ella decorada con estatuas, permaneciendo aun muchos pedestales, y el pavimento era tambien de mármol. Las bocas-calles que daban al *Forum* conservan restos de verjas de hierro, que sin duda se cerraban por la noche, y en circunstancias especiales. Debian ser imponentes las reuniones públicas dentro, á juzgar por el aspecto majestuoso que presenta.

El *Forum triangulare*, plaza triangular, estaba situada poco antes de la puerta Está-

bia al Mediodia, y tocando al gran Teatro Trágico. La base del ángulo miraba al mar y estaba abierta, menos la parte ocupada por el templo antiquísimo de Neptuno; los dos lados formaban elegantes pórticos sostenidos por noventa columnas dóricas, donde se abrigaban los espectadores del teatro cuando les sorprendia la lluvia durante la funcion.

Y por último el *Forum boarium*, plaza del ganado vacuno, gran cuadrilátero que tocaba á la puerta de Sarno, al Amphiteatro, y al muro, en la punta oriental de la ciudad; fué descubierto en 1754, y lo volvieron á enterrar con escombros.

CAPITULO V.

Pompeya poseia tambien su teatro trágico, teatro cómico y amphiteatro. *Teatro trágico*: es un vasto semicírculo junto al foro triangular en lo mas alto de la ciudad, cavado en la colina; y puede el lector formarse una idea suponiéndole semejante á una de nuestras plazas de toros partida por la mitad. Los espectadores de las gradas mas altas podian disfrutar á la vez de las vistas del mar y de las costas por encima del esce-

nario que estaba en el fondo. Tiene 29 gradas de mármol de Páros y algunas conservan sus números: las mas bajas eran las de preferencia. Se calcula que podian caber 5.000 almas; y no tenia techo, pues para quitar el sol ponian cuando hacia falta un toldo.

Teatro cómico: está cerca del anterior á la izquierda, aunque en sitio mas bajo y mirando á la puerta Estábia. Su construccion viene á ser por el mismo estylo con la diferencia de estar cubierto y ser mas pequeño: créese que podia contener 1.500 espectadores.

Amphiteatro: este edificio destinado á los combates de fieras y gladiadores ocupa como se ha dicho ya el extremo oriental de la ciudad; fué tambien cavado en la colina, cuenta 35 gradas y podia contener de 15 á 20.000 espectadores. De forma elíptica equivale á dos de los anteriores unidos y en el fondo ó redondel habia dos puertas opuestas; una para los gladiadores y la otra para las fieras. Cuando arreció la grande erupcion estaban los Pompeyanos aquí asistiendo á un espectáculo y pudieron salvarse saliendo al campo, dejando á merced del Vesuvio airado sus casas y la ciudad entera: esta es la causa de no haberse encontrado hasta ahora en todas las escavaciones de

Pompeya arriba de 600 cadáveres, ó esqueletos.

Templos: muchos y muy bellos poseia tambien; por donde se infiere que, á juzgar por lo que va descubierto, sus moradores pecaban mas bien de supersticiosos que de impíos. Al llegar aquí debo hacer al lector una advertencia: en el 63 de la era christiana, esto es, quince años antes de la gran catástrofe; por efecto de un terremoto horrible Pompeya habia quedado casi destruida. Y aunque la reedificaron á toda prisa, no hubo el tiempo suficiente; así es que muchos de sus grandes edificios estaban todavía muy deteriorados, ó en vía de reparacion y principalmente los templos. Siete ú ocho son los desenterrados al presente; pero es de suponer que se encuentren con el tiempo algunos mas.

Templo de la Fortuna: pequeño edificio corinthio en la calle del mismo nombre frente á las Thérmas, construido por Marco Tulio, el duumviro, pariente del orador. Aquí se encontró una estatua con toga, color mezcla de púrpura y violeta, que algunos creen ser la de Ciceron. Delante de la fachada tenia una escalinata de mármol blanco en que se alzaban cuatro columnas, habiéndose hallado solamente los capiteles. La *cella* ó nave estaba cubierta y las paredes

revestidas de mármol. En el testero del templo hay una hornacina y delante una ara: se observan varias inscripciones latinas.

Templo de Jove: álzase á la entrada del *Forum* sobre una meseta (peculiaridad de todos los templos de Pompeya). Hasta llegar al grandioso pórtico, sostenido por doce columnas de orden corinthio, es preciso subir unas cuantas gradas, cuyos flancos estaban protegidos por estátuas de piedra colosales. En el interior de la *cella* hay por el suelo, hecha de piedra, una cabeza enorme de Júpiter con el pelo y la barba teñidos de rojo.

Templo de Vénus: esta diosa era la patrona (digámoslo así) y la protectora de Pompeya. Su templo situado al Mediodía del *Forum* es el mas sumptuoso y magnífico entre todos. Siendo cuadrangular, tenia por lo cuatro costados soberbios pórticos sostenidos por cuarenta y ocho columnas dórica transformadas en corinthias por medio de estuco, á consecuencia, sin duda, del terremoto. En los ángulos del pórtico de Oriente están colocadas todavía las pilas de agua lustral. Las pinturas representaban paisajes grotescos en relacion á las supersticiones egypcias y conceptos de arquitectura: dos estátuas de mármol (una de Vénus y

otra de Hermaphrodito) fueron lo único que allí se encontró.

Templo de Mercurio: está situado enfrente del anterior del otro lado del *Forum*. En el centro del recinto hay una ara de mármol blanco con un bajo relieve representando un sacrificio. Las paredes estaban revestidas también de mármol; se encontró en este local una estatua pequeña de Mercurio y en las habitaciones inmediatas muchas ámphoras.

Templo de Augusto, ó Pantheon: este edificio con fachada al Norte del *Forum* se reduce á un gran patio sin techo, en cuyo centro hay un altar rodeado de doce pedestales en que descansaban las estatuas, segun se cree, de los doce mayores dioses del paganismo. En el testero está el llamado *santuario* con cuatro hornacinas. Delante hay una basa que supónese haber sostenido la estatua de Augusto, de la cual se conserva el fragmento de una mano llevando un globo. A izquierda y derecha estaban la de Livia, vestida de sacerdotisa, y la de su hijo Druso. Las paredes, adornadas con profusion de pinturas alusivas á la mitología, conservan todavía un cuadro que representa á Penélope en pié delante de Ulyses; otro de Rómulo y Remo amamantados por la loba y mil preciosidades mas. Las piezas que hay en el inte-

rior parecen haber estado destinadas para habitacion de los *Augustales* y demás necesidades del servicio.

Templo de Neptuno: antes se llamó tambien de Hércules, y radica en el *Forum triangular*; es el mas antiguo de todos; pero quedan de él no mas que ruinas: su construcción era griega. Al Sudeste del de Neptuno, y á pocos pasos de distancia, existe otro templo pequeñito de forma circular, erigido por Numério Trébio, majistrado supremo. Lleva el nombre de *Bidental* por estar consagrado solamente para el sacrificio de reses tiernas, cuando no les han nacido aun mas que los dos primeros dientes.

Templo de Isis: tambien en Pompeya se daba culto á los dioses de Egipto; lo que prueba las relaciones entre los dos países. Antes las hubo y muy grandes con el pueblo griego cuando sostenia en sus robustas manos el cetro del mundo; y ahora que la *hegemonía* pasó á Roma continúan con los romanos. Consta por la historia que una colonia de Alejandrinos en los últimos tiempos de la república romana emigró del Egipto y vino á establecerse en Pompeya.

El templo de Isis, al Poniente del teatro trágico y cerca del foro triangular, es pequeño, pero ofrece grande interés. Fué restaurado despues del terremoto por la libe-

ralidad de *N. Popidius Celsinus*. Tiene todo alrededor un átrio con sus correspondientes pórticos sostenidos por columnas; y el templo propiamente dicho ó *cella* está aislado en el testero. Para llegar á él (colocado sobre una meseta ó plano elevado como todos) hay que subir una escalera de siete gradas sobre la cual véanse altares á izquierda y derecha. En la *cella* estaba el simulacro de la diosa. Debajo de la meseta hay un hueco que comunica con otro escondite detrás de la estatua. Yo no puedo ser testigo fidedigno, porque no lo ví con mis ojos; pero ahora que vino el diablo y tiró de la manta poniéndolo todo al descubierto, me atreveria á sospechar (sin intencion de ofender á nadie, por supuesto), que por aquí se colaba alguno de aquellos sacerdotes mas largo que ancho, y acurrucándose bonitamente junto á la diosa, sin que lo viera sér viviente, la servia de porta-voz al pronunciar los oráculos en los casos de estar constipada su divinidad, que como hecha de mármol frio, debia sucederla con frecuencia; y aun hay quien asegura haber visto un agujero que la iba á salir á la misma boca.

Lo mismo en este templo, que en el edificio inmediato llamado *Curia Isiaca*, se encontraron muchos utensilios de bronce y vasos pertenecientes al culto; además vario^s

esqueletos dentro de las habitaciones, uno de ellos con hacha en mano, quizá para abrirse paso por un muro.

Templo de Esculapio: es un pequeño edificio cerca del anterior mirando al Norte. Fue llamado así por haberse encontrado en él dos estatuas de barro cocido representando la una á Hygie, y la otra á Esculapio, dios de la medicina.

CAPITULO VI.

Tampoco carecia Pompeya de edificios para tribunales de justicia, y demas funciones de la administracion. El mas importante bajo este punto de vista es el conocido con el nombre de *Basilica*, precedido de un vestíbulo alineado al *Forum civile* y extendiéndose á lo largo de la calle que sale á la puerta de la Marina. Hasta llegar al interior hay algunas gradas que subir: está dividido á lo largo en tres naves, la del medio descubierta. Las otras dos, cubiertas, estaban sostenidas por dos órdenes de columnas el uno jonio y el otro corinthio, veintiocho entre todas. La construccion de estas columnas es muy notable y digna de estudio, pues fueron

hechas de ladrillos de diferentes formas y combinaciones para sacar hermosas aristas. En el fondo de la Basílica se eleva sobre el pavimento de las naves la tribuna de los *duumviro*s ó majistrados, delante de la cual subsiste un pedestal que debía sostener una estatua ecuestre. En el piso de esta tribuna se ven dos pequeñas ventanas con reja de hierro para dar un poco de luz á los infelices presos que gemian en el oscuro calabozo que hay debajo, en donde se entraba por dos estrechas escaleras laterales que daban á la parte de afuera de la misma. Las paredes revestidas de estuco están llenas de inscripciones, hechas por los defensores y abogados en las horas de audiencia.

Con fachada al foro y en la parte opuesta al templo de Jove véense tres pequeños edificios contiguos, casi de la misma forma, terminados por un hemicyclo. El de enmedio ha sido considerado como tesoro público á causa de la gran cantidad de monedas de oro, plata y cobre que en él se encontraron; y los otros dos como tribunales, ó dependencias de la Basílica.

Igualmente se cree sala del Senado (*curia, senaculum*) una construcción semicircular con hornacinas, que contenían estatuas de Decuriones, cuya entrada cae al medio del foro del lado Norte junto al templo de

Mercurio. En el centro se eleva una especie de *ara* que tal vez sea la base de otra estatua: no tiene inscripciones.

Thermas ó baños públicos: aunque en muchas casas particulares habia baños, no obstaba esto para que la hygiene de que tanto cuidaban los romanos reclamase este beneficio para todos, pobres y ricos. Las *Thermas públicas*, calle del mismo nombre, cerca del *Forum*, en el punto mas concurrido de la ciudad; y las *Thermas dichas estabianas*, por dar á la calle de Estábia, son dos establecimientos admirables, que dejan absorto al que los visita, el último sobre todo. Cada cual de ellos parece un verdadero laberinto y es imposible formarse una idea cabal sin visitarlos muchas veces y estudiarlos con detenimiento. Para los dos sexos hay estancias separadas; y cuanto de belleza, lujo y comodidades, las artes todas, entonces tan cultivadas, podian suministrar al hombre, se encuentra allí graciosa y armónicamente reunido: las *Thermas* constituyen una de las primeras curiosidades de Pompeya. Columnas, mármoles, bronce, relieves, mosaicos, pinturas, bálsamos y aromas, utensilios, vasos y mil otras cosas, que el tiempo ha debido borrar, impresionaban agradablemente los sentidos. Hornos, caloríferos para elevar la temperatura, ca-

ñerías, pilones, balsas, baños de vapor, calientes, templados, frios, salones de descanso, de espera, salones para enjugarse, para vestir, guarda-joyas, perchas y armarios; *palaestra* ó salones de gymnasia con toda clase de aparatos é instrumentos para ejercicios de fuerza y agilidad; forman tal complicacion, que le dejan á uno harto admirado, y sobrado convencido, de que en esto, como en otras muchas cosas, nos llevaban inmensa ventaja; y la sorpresa sube todavía de punto, cuando se considera que la fundacion y sosten de estos establecimientos colosales era obra de la administracion municipal y no de empresas particulares, segun se colige de algunas inscripciones.

Otros establecimientos: en la imposibilidad de explicar detalladamente todo lo que allí se ve, voy á mencionar tan solo en punto á artes, oficios y costumbres lo que me causó mayores impresiones. Cerca del *Forum* hay un sitio llamado *Poecile* ó pórtico, donde en una piedra rectangular están practicados tres agujeros de forma cónica, que servian de moldes para las medidas de áridos, ajustando al hueco de cada cual de ellos placas de metal. Otro monumento semejante, pero mas grande y completo, pues contiene medidas de áridos y líquidos con su correspondiente inscripcion, ha sido trasladado de

allí al museo de Nápoles. En la calle de Herculano á la izquierda segun se entra no lejos de la puerta, puede verse la oficina del peso (*telonium*): dentro de una sala de ancha puerta hay un pedestal (donde estaria tal vez colocada una estatua) y junto fueron hallados muchos pesos de mármol y plomo; en uno de ellos se leia por un lado *eme compra* y por el otro *habebis*, tendrás.

Causa tambien un placer indecible entrar en los *cocederos* ú hornos públicos. El primero que visitamos mas allá del *Telonium* en la misma calle y acera tiene tres molinos grandes y uno chico; estos consisten en una base circular sobre la cual descansa una piedra cónica fija, cubierta de otra piedra movable que ajusta sobre la primera en cono hueco con un agujero en el centro para recibir el grano. Otro agujero transversal servia para meter la palanca con que la movia el asno ú esclavo obligado á moler. Cuando se desenterró esta tienda (dice A.-J. du Pays), el trigo, las ámphoras llenas de harina, las tinajas para el agua, las artesas, etcétera... todo estaba en su lugar y solo hacia falta la leña para encender el horno y comenzar nuevamente la fabricacion del pan, nada mas que interrumpida durante diez y ocho siglos. Algunas puertas mas abajo se observa otra panadería ó tahona con sus

cuatro molinos, su horno, cisterna y demás accesorios, todo corriente; sin embargo, entre todas las panaderías de Pompeya la mas celebrada es la de la calle de Estábia, en cuyo horno, cerrada la boca con plancha de hierro, fueron hallados 82 panes de á libra, que hoy están en el Museo Nacional.

Abundan en Pompeya los *thermopólios* donde se despachaban bebidas calientes; las *hosterías* ó figones, en que se servian comidas (en unos y otras se conservan los hornillos para calentar las viandas, y lo que podremos llamar mostrador); las tabernas, ó despachos de vino, con la cuenta pendiente de los parroquianos tramposos escrita en la pared; y las posadas ó mesones para recibir á los forasteros. En algunos de estos sitios suelen leerse frases no muy decentes, y no son raras las pinturas que ofenden el pudor. Tampoco escaseaban las casas de prostitucion: al Norte del *Forum*, corre paralela la calle llamada del *Lupanar*, de la cual parte en direccion al primero una callejuela frente al edificio de *Eumáchia*. El ángulo occidental formado por estas dos líneas lo ocupaba una casa que habia sido *non sancta*, y que tuvimos el mal gusto de visitar, pidiendo la llave al conserje: toda ella hiede aun el dia de hoy. Sobre el dintel de la puerta se ve de relieve la figura de un *phállos*; dentro una

sala larga y estrecha con cinco alcobas, provistas todas de sus correspondientes camas de fábrica maciza, incluidas las cabeceras. En el extremo opuesto á la entrada consérvase una ventana bastante alta con reja que dá á la callejuela: para alcanzar á ella tiene un poyo de ladrillo usado; y se infiere que por allí se hacia el reclamo para atraer los que pasaban. Las paredes de la sala, pintadas á cuadros de blanco y rosa, están decoradas con figuras de caballos marinos, grifos, cisnes y otros animales. Aparte de todo esto destácanse en medio de los lienzos dibujos de ambos sexos tan expresivos, y escribiéronse tales cosazas, que mejor es cerrar los ojos, y echar á correr cuanto antes, habiéndolas visto una vez, para que el estómago no se resienta.

Como los antiguos romanos no usaban camisa de lino y todo su traje se componia de piezas de lana, de aquí que tuviese entre ellos gran desarrollo la industria *fullónica*, ó de los bataneros, tintoreros, y quita-manchas. Algunas de estas casas son allí muy conocidas, principalmente la de la calle de Mercurio, en que se encontraron todos los utensilios (que hoy están en el museo), y preciosas pinturas en las paredes de hombres, mujeres y niños, ocupados en las diferentes manipulaciones del oficio. El pór-

tico está rodeado de habitaciones, y todavía se observa en ellas un horno y muchas tinajas, balsas, y un largo banco de piedra que servía de lavadero. Igualmente en el *Vico del Lupanare* una jabonería en que permanecen aun dos grandes calderas de plomo, colocadas sobre hornillos, destinadas á la fabricacion del jabon (*lutum fullonicum*). El gremio de los *fullones* debia ser en Pompeya considerable é influyente, puesto que les pertenecia, y era como su *Casino*, el magnífico edificio de Eumáchia en el *Forum*, así llamado por la bella estatua de esta sacerdotisa, erigida por ellos, que en él se encontró; y se sabe por otra parte que estaban encargados del lavado y planchado (segun ahora se dice) de la ropa blanca de los sacerdotes públicos.

CAPITULO VII.

Primero de abandonar esta encantada ciudad, en que despues de cuatro horas continuas á todo correr, con la lengua fuera, rendidos de trabajo, cansados los ojos y la imaginacion de admirar tantas curiosidades y rarezas allí agrupadas; todavía se van los piés en busca de lo mucho que sin ver que-

da: antes de dirigirla el último *adios*, repito, voy á decir cuatro palabras, aun á riesgo de cansar al lector, respecto á las casas particulares mas notables. Aunque sin techo y sin puertas, la elegancia, alegría y limpieza, que en ellas se advierte, hacen olvidar lo que fueron y son; y parece que le inducen á uno á creer que están esperando quien las alquile. Mas bien parecen casas de campo que otra cosa, y la planta de todas viene á ser la misma poco mas ó menos. No suelen tener mas que un piso, y alguna parte dos, así que ocupan mucho espacio. La disposición principal consiste en tener dos patios á cielo abierto, separados por una crujía, rodeados de pequeñas habitaciones, y las de mas lujo añaden un tercero destinado á jardín. Estos patios están por lo comun formados de pórticos interiores sostenidos por columnas, y los tabiques, que median entre los pórticos y piezas habitables, todos adornados de preciosas pinturas por ambos lados. Los pavimentos son de mosaico hechos con piedras cuadradas de distintos colores no mas grandes que los dientes de la boca, perfectamente combinados los colores, y ajustadas y bruñidas; resultando dibujos caprichosos y cuadros de mérito extraordinario: las vistas y luces son todas á los patios; pues las fachadas á la calle destinában-

las para tiendas de alquiler independientes.

Después del vestíbulo (*prothyrum*) se llega al primer patio (*atrium*), espacio cuadrado con pequeño estanque en el centro (*impluvium*) para recoger las aguas de lluvia. El pórtico en derredor del *atrium*, bajo el cual estaban los pequeños dormitorios (*cubicula*), sin más luz y ventilación que la puerta, llevaba el nombre de *cavaedium*. La cruzía de enmedio contenía el *tablinum*, sala del centro, y dos piezas, una á cada lado (*alae*). En esta parte de la casa estaban colocadas las imágenes de los mayores ó antepasados (á que consagraban los romanos un culto especial), y el archivo de la familia, y el sitio destinado para las visitas y audiencias. El *tablinum* servía en muchas casas para pieza de paso (*fauces*) al segundo patio (*peristylum*.) Ocupaba el centro del *peristylum* un jardincito destinado á flores, embellecido con estatuas formando grupos caprichosos; y las columnas de su pórtico estaban unidas por un antepecho (*pluteus*). En torno al *peristylum*, verdadero retiro de la familia, estaban la sala-comedor (*triclinium*), y demás piezas interiores, incluso la cocina, que no tiene chimenea, sino una especie de horno con un tubo. En las de más lujo, donde á los dos patios se agrega el jardín, entre este y el *peristylum*, con vistas á

una y otra parte, estaba situado en el piso bajo el elegantísimo salón *oecus*, destinado á las mujeres, y otras piezas en el principal (*pergula*). Además, solía haber cara al jardín la *exedra*, sala con asientos en semicírculo para la conversacion, la *bibliotheca*, la *pinacotheca* ó galería de cuadros, el *lararium* ó capilla de las divinidades protectoras del hogar, la sala de baños, y el *posticum* ó puerta excusada que da á la callejuela de atrás, para librarse de los importunos. Dentro del jardín (*xystus*), ocupado por flores y otras plantas, suele haber el *triclinium* de verano, cubierto por enredaderas, estátuas, profusion de pinturas representando asuntos mythológicos en las paredes, y una fuente, divina por su belleza, con cascada y pilon, adornada de conchas y caracoles formando mil caprichos, con figuras de mármol y bronce para los juegos de aguas, y mascarones huecos, en que ponían lamparillas, produciendo entre los chorros cristalinos la luz que salía por su boca, ojos y narices, un efecto mágico y sorprendente. Raya en lo increíble el gusto y refinamiento de aquellas gentes.

Debo recordar especialmente la casa de las Vestales, por sus pinturas y mosaicos; la de Narciso, por la célebre estátua de bronce (hoy en el Museo), y por instrumentos de ci-

rujía y unguentos que allí se encontraron, y la de Isis y Osiris, por el altar doméstico, la figura de Harpócrates imponiendo silencio, y sus buenas pinturas; en la calle que media entre esta casa y el muro bajo el Vesuvio, pereció toda la familia que la habitaba, que ascendía á diez personas; con sus esqueletos se encontraron brazaletes, anillos, y hasta una linterna de bronce, con que se alumbraban en aquella noche de juicio final para buscar la salida.

La casa de Cayo Salustio ha sido largamente descrita en las obras que tratan de Pompeya. Es una de las mas elegantes y sumtuosas, y tiene un *atrium* admirablemente bien conservado; en medio del *impluvium* habia un grupo de bronce (que posee el museo de Palermo, representando á Hércules que sujeta una cierva, por cuya boca salia un chorro de agua: trabajo estimable por la pureza del estylo griego, y sobremanera bello; hemos visto una copia. No es menos célebre la casa de Pansa, de donde proviene el grupo de Baco y Ampelo, hecho de bronce, que se admira en el museo de Nápoles, y otros muchos objetos.

«*Cave canem,*» ojo al perro, que muerde. Así dice la inscripcion que acompaña la imagen de un perro atado á la cadena, en el mosaico que se halla en el suelo á la entrada

de la casa del Poeta. Con los tesoros artísticos que, procedentes de esta casa, pueden verse en el museo, figuran los tres cuadros siguientes, cuyo argumento fué tomado de la Iliada: Criseida devuelta á su padre, Briseida y Aquiles, y Tétis á los piés de Jove abrazadas con la izquierda las rodillas de este y tomándole de la barba con la mano derecha; en esta actitud suplicante le pide venganza contra Agamenon en favor de Aquiles, su hijo, ultrajado.

Es deudor el museo de Nápoles á la casa de Castor y Polux por infinidad de objetos de hueso, plata y hierro, y muchas pinturas que de allí fueron trasladadas; á la del Centauro, por lo mismo, y en particular por dos bustos de bronce con ojos de vidrio, representando uno de ellos á Tiberio en la infancia.

Son tambien fascinadoras por su lujo y riqueza, y mas todavia por la belleza y gusto de sus mosaicos y pinturas, las casas de Meleagro, de Adónis y de Apolo; las de la *Fuente chica* y *Fuente grande*, por sus graciosos caprichos y adornos; la del Fauno danzando, graciosísima estatua que guarda el museo; aquí estaba en una sala del *peristylum* el inapreciable pavimento de mosaico (hoy en el museo), que representa con figuras casi al natural un episodio de la batalla

de Issus, entre Dario y Alejandro: á este se le ve en primer término, montado, y la cabeza descubierta por haber perdido el casco; de tal modo supo colocarlo el pintor, que el menos experto lo distingue á la simple vista entre todos los demás.

La casa de Marco Lucrecio es importante bajo el punto de vista de las decoraciones y esculturas y por su perspectiva y distribución ingeniosa; fué hallado el nombre de su dichoso poseedor en el sobre de una carta, acompañada de tabletas enceradas para escribir, figurado todo en un precioso cuadro de pintura: era *flamin* de Marte y decurion. La de M. Elpidio Sabino tiene pinturas de mucho interés: una de ellas representa á Hércules *musagetes* (guía de las musas), á Orfeo y las Musas, teniendo todas las figuras su nombre escrito en letras griegas. No debe ser tampoco olvidada la casa del Citarista, cuyo jardín contenía diversos animales en bronce, representando una escena de caza: un jabalí huyendo, dos perros, un leon, una cierva y una serpiente. Pero el hallazgo mas importante, que la dió nombre, fué el de la magnífica estatua de bronce de tamaño natural, Apolo tocando la lyra, que guarda el museo de Nápoles.

Para concluir recordaré la bonita habitación de Cornelio Rufo, de quien el retrato

esculpido en mármol y con este nombre inscrito, está colocado enfrente á la entrada; la de Siricus, que tiene en el átrio el lema *salve Lucru*, una bellísima *exedra* con arabescos y pinturas de optimo gusto y un *triclinium* delicioso; y por último la casa ó colegio de Gladiadores. Este grande edificio cerca del teatro cómico ocupa un extenso espacio cuadrado y formaba un soberbio pórtico sostenido por columnas á la redonda. Habia en él dos órdenes de habitaciones, bajas y altas; y créese por las armas especiales y muchas allí encontradas, que era una escuela donde los gladiadores iban á instruirse en esgrima. Se encontraron dentro 63 esqueletos, cuatro de ellos en la prisión con los piés metidos en un cepo de barras de hierro, que conserva el museo. Horror frío helaba nuestras venas al pensar la agonía de aquellos miserables amarrados dentro de un calabozo, esperando á la vez su propia ruina y la de su mísera pátria.

Urgía el tiempo, pues deseábamos algunos visitar el Vesuvio en aquel mismo dia; de modo que, saliendo de Pompeya por la puerta del mar y saludando de paso al nuevo museo que en espacioso local á la izquierda ha comenzado á crearse, nos despediamos de los compañeros y volviamos precipitadamente los Sres. Galdo, Jamar y yo á Resina,

donde está la administracion y proveen de caballos, guías y todo lo necesario para la ascension hasta llegar al mismo cráter.

CAPITULO VIII.

En el extranjero todo está bien administrado y montado al reloj, como suele decirse; no hace falta otra cosa que *francos*, muchos francos: este talisman obra maravillas. En el instante de presentarnos tuvimos cada uno de los tres un sendo garrote en mano, para que nos sirviera de Benjamin en aquella arriesgada peregrinacion y tres rocinantes embridados, con mas dos guías tambien á caballo. Yo por mi mala suerte elegí el mayor por aquello que dicen: *la burra grande, ande, ó no ande*. Apenas tenia defectos la dichosa béstia: era medio ciego, muy falso por los años y la experiencia, y matalon; los demás tampoco le iban en zaga. Una pequeña dificultad consistente en falta de estribos ó sobra de piernas, detenía al doctor Galdo, mientras que el Sr. Jamar y yo montados ya rompíamos la marcha haciendo ensayos de medianos y muy descon-

fiados ginetes. Al salir de las calles de Resina subiendo aquellas cuestas nos alcanzó uno de los guías, y medio en italiano y medio en gringo, nos hizo comprender que no esperásemos al compañero Galdo, pues habia determinado subir mas despacio, reservándose para él solo al otro guía, que debia servirle hasta la cumbre en donde forzosamente habriamos de reunirnos. Nos disgustó la noticia, pero obedecimos la orden y continuamos marchando.

El guia nuestro, que parecia mas bien murciélago que hombre, segun cabalgaba, no cesaba de instarnos por lo largo del camino y la premura del tiempo; y no contento con el trote largo que llevábamos, se pasó á retaguardia, y sin otros miramientos enristró la tranca, y comenzó á repartir lapos sobre el negro y el rúcio, cual si lloviera á chaparrones. Los animalitos, que hartos sabian el ejercicio, rompieron á todo galope, haciendo mil curvas por aquella senda de perdices, y salvando breñas y precipicios. ¡Jesucristo! me dije, ¡aquí la entrego sin remision! *¡Creo en Dios padre todopoderoso!...* *¡Creo en Dios padre!...* otra vez, y lo repetí hasta siete, sin poder concluir mi protesta-cion de fé, ni aun llegar al *su único hijo*. Maquinalmente, y sin darme yo razon de ello, mis muslos y piernas se habian adhe-

rido á la tripa del caballo, y agarrada la mano derecha á la clin, y rigiendo la brida con la izquierda, me sentí clavado á la silla y formando con ella una sola pieza; no eran parte á derribarme en tierra los botes y sacudidas. Cobré algo de ánimo con este descubrimiento, y se me fué ensanchando el pecho, al ver que la fuerza muscular en el presente caso era mi áncora de salvacion. Dejamos pronto á la espalda los terrenos labrados y penetrábamos en las escorias y corrientes de lava, producto de erupciones modernas. El grito *hiuu* entre tenor y bajo profundo lanzado á menudo por el guia, y el continuo blandir de la tranca, ejercia tal influencia física y moral sobre el ánimo de los caballos, que iban como alma que el diablo lleva, siempre á galope. Los peligros se sucedian dándose la mano los unos á los otros: tan pronto pasábamos barrancos estrechos erizados de puntas, por donde escasamente cogia el caballo; como nos remontábamos sobre crestas de una vara de ancho, teniendo á izquierda y derecha dos abismos. Todo era doblar puntas, describir ángulos, subir y bajar: en suma, íbamos como quien corre por el filo de una espada, sin ver á mas de tres pasos de distancia la direccion del negro sendero: y digo negro, porque se ven reunidas allí las escorias de todas las fundi-

ciones del mundo, y se aspira un olor á fragua encendida que asfixia. Decididamente el Sr. Vulcano es un personaje respetable, á quien conviene saludar desde una legua, por lo que se deduce de sus obras y atributos. Aquellos montes de lava negra sembrados aquí y allí, formando inmensos cuajarones unos sobre otros á guisa de buñuelos, se los ve á lo mejor partidos de alto en bajo como granadas, por una hendidura recta de á pié, brotando denso humo; los cabellos se crispan al cruzar esta mansion de la muerte en que no se descubre un pájaro, ni un insecto, ni el menor rastro de vegetacion.

Llegado que hubimos á la costanera del *Somma* en que está el observatorio meteorológico, fonda, y ermita, dimos un momento de respiro á los caballos, bañados ya en sudor, mientras el guía tomaba una botella del famoso vino *Lacrima Christi*, propio de aquel establecimiento. Apenas emprendimos de nuevo la carrera tuvimos un sério disgusto: mi caballo que era falso, como dije antes, soltó un par de coces, alcanzando al Sr. Jamar en la rodilla derecha y dejándole marcada la herradura. Afortunadamente no hubo rotura, y solo sí una fuerte contusion. Bastó una ligera friega para que la fibra vasca del intrépido y sufrido Jamar pidiera que se le ayudase á montar otra vez. Sin mas

accidentes llegamos milagrosamente al pié del cono del volcan, donde eran ya inútiles los caballos, que tuvimos que abandonar hasta la vuelta: habíamos corrido dos horas.

Nuevos guías á pié nos tomaron por su cuenta para ayudarnos á subir lo restante, que un castellano de los de acá no titubearia en llamar peliagudo. La inclinacion en mi concepto se acercará á los cincuenta grados: esto es, poco menos que quien sube una pared á plomo. Los hombres que ayudan á subir aquel mal paso deben por fuerza estar dotados de musculatura de acero y entrañas de bronce. Enjutos de rostro y miembros, van armados de un fuerte baston para apoyarse: sus zapatos son gruesos, herrados, y sin tacon, de modo que no puedan prenderse á las escorias; y llevan una correa larga atada por el pecho, cuya extremidad con una lazada echan sobre la espalda por encima del hombro. Agarrado á esta lazada con una mano, y el garrote en la otra por si faltan los piés, sube el viajero á remolque, sudando á chorros por todos los poros de su cuerpo, mientras la máquina viva que lo arrastra no parece fatigarse siquiera. Yo necesité descansar muchas veces; y observé en mí el raro fenómeno de sentirme mas ágil y fuerte al fin que al principio de la jornada. Consistia, sin duda, en que habiendo escu-

pido la grasa tomada en Egipto y el mar, durante la travesía, me habia quedado en lo firme.

Al final de la escarpa, en que concluyen las escórias y comienzan las cenizas, el terreno cambia por completo y se puede andar perfectamente sin ayuda en todas direcciones. Despedidos los *cirineos*, nos metimos en un rincón abrigado y sin nieve (pues hasta entonces habíamos pisado bastante) con objeto de apagar la sed, que nos devoraba, paladeando el *Lácrima Christi*, que conservábamos intacto. En esto vimos llegar y desmontarse del caballo al pié de la montaña el buen Galdo, que de seguro no se alegraría suponiéndose solo. Agitábamos nosotros los pañuelos y gritábamos con toda la fuerza de nuestros pulmones para infundirle ánimo; pero todo fué inútil: á la inconmensurable altura en que estábamos y con nubes en medio no le fué posible vernos ni oírnos. El miedo hace á los hombres ser prudentes y en este caso el doctor Galdo lo fué en grado sumo. Aborreciendo la cantidad de treinta francos, pidió una silla de manos: y cuatro de aquellos atletas le subieron en volandas en muy poco tiempo, cuando nosotros habíamos tardado cerca de una hora: participó todavía del vinillo y mas alegres que una pascua de flores, se-

guiamos al *cicerone* en dirección á las cinco pequeñas bocas de fuego que en el costado del Mediodía miran á Pompeya. Cuatro de ellas son pequeñas, mas la quinta se acerca en cavidad á uno de los hornos de ladrillo que entre nosotros se usan. El calor que de ellas sale es verdaderamente infernal y el humo, gases y vapores comprimidos silban como los tubos inferiores de una locomotora. Por do quier se ve el azufre á carretadas, y las piedras que hay dentro y en derredor de las bocas son hermosísimas, afectando todos los colores vivos del arco iris. Nos abrasábamos las manos por coger ejemplares de todo y alguna hubo que al desprenderla fuertemente con la punta del palo, dejó salir tal cañutazo, que por poco echa de espaldas al curioso que la arrancaba.

Los *ciceroni* querian que nos volviésemos desde allí, alegando que era demasiado tarde para seguir adelante; mas uno viendo que los demás consentian protestó muy alto diciendo, que antes estaba dispuesto á dormir quince noches al raso aunque se quedase solo, primero de dar un paso atrás sin ver el gran cráter, principal móvil que le habia llevado á la Italia: así dijo; y comenzó á subir denodadamente. Obedecieron los compañeros y á las cuatro y media contemplábamos estáticos aquel piélago espantoso de

llamas agitadas, cuyo incomparable aspecto sorprende y aterra al hombre mas sereno: la impresion es indeleble y superior á cuanto decir se puede.

Un inmenso remolino de humo densísimo y asfixiante, acompañado de ruido sordo é indefinible, nos impedia ver absolutamente lo que habia; y solo á impulsos del viento se descubrian en parte las paredes del cráter algunos metros, revestidas de azufre de mil colores y formando talud inverso como en la boca de una tinaja. Arrojábamos piedras de mas de arroba y no se las sentia caer ni chocar en parte alguna; de suerte que no nos fué dado encontrar medio de apreciar la profundidad ni la extension de aquel verdadero abysmo. Yo propuse á los compañeros dar una vuelta en derredor; y diciendo y haciendo, arranqué á correr con todas mis fuerzas para que nadie me lo impidiese; pero el doctor Galdo mas cauto, como buen naturalista, comenzó á gritar desaforadamente que íbamos á perecer allí todos asfixiados; y uno de los guías consiguió alcanzarme cogiéndome del levita (por haber tenido que echarme al suelo para respirar, envuelto por una nube de humo), creyéndome sin duda un desesperado que huia para mejor precipitarme de cabeza. No me fué posible ya llevar á cabo el propósito; sin embargo, por la

curva formada en el largo trecho que pude correr, infiero que el diámetro de este cráter descomunal se acerca próximamente á un kilómetro. Con esto, y dada la fuerza y velocidad de los materiales que salen impelidos como por la boca de un cañon de artillería, no se extrañará que el Vesuvio en las grandes erupciones pueda sepultar ciudades enteras en el corto tiempo de algunos minutos.

Siendo ya inútil y peligroso permanecer allí, comenzamos á bajar, no sin comernos antes media docena de huevos que sabian á azufre puro, asados en una de las bocas con el fuego de la creacion. Disfrutamos de aquellas vistas incomparables en una de las tardes mas apacibles del otoño, y de la esplendente postura del sol al otro lado de Nápoles por encima de los *Campi phlegraei* (campos de llamas) en donde están los lagos Agnano, Astroni, Lucrino, Averno, Fusaro (antigua Acherusia), y Mar-muerto, que son otros tantos cráteres de volcanes apagados; y el valle de Bagnoli, Montenuovo, y Solfatara (este todavía respira), que lo fueron ó son en la actualidad, aunque no tan temibles; y donde están tambien la *Gruta del perro* muy conocida por las emanaciones de ácido carbónico que matan, y la gruta ó antro de la *sibylla* de Cumas; lugares todos de que se ocupa mucho la literatura clásica

antigua por suponer los poetas que allí debajo era el asiento de los *infiernos*.

Todo esto era bellísimo, eminentemente sentimental, y poético en grado superlativo; pero huía la luz á todo escape; necesitábamos bajar cuanto antes la escarpa del cono, pues de lo contrario habríamos de pasar allí la noche. Pocos minutos hubimos menester para esto. Colocados por los guías á la parte del Norte en que todo es cenizas, bajábamos disparados por el propio peso juntamente con el suelo que hollaban nuestros piés, como quien baja la montaña Rusa de los Campos Elyseos en las afueras de la puerta de Alcalá. Montamos á caballo y anduvimos con diligencia mientras duraba el día; luego que oscureció echamos pié á tierra hasta llegar á Resina. En la Administracion fueron escritos nuestros humildes nombres en el libro de registro; y tomando el coche, que nos esperaba, entramos en nuestro domicilio sanos y salvos por la gracia de Dios á las ocho y media de la noche. Califico la subida al Vesuvio, por el modo que la hicimos, de la mayor calaverada que haya podido cometer en toda mi vida, y sin embargo es la única de que no me arrepentiré jamás.

CAPÍTULO IX.

—

Museo de Nápoles: el sol del 6 de Diciembre llegó á pasos de gigante sorprendiéndonos en la cama soñando con Pompeya y el Vesuvio, y mas perezosos de lo que convenia á quienes habíamos de salir andando aquella misma noche. Pasadas las primeras horas de la mañana en menudas ocupaciones, entrábamos á las doce en el gran Museo Nacional, reputado hoy como uno de los primeros del mundo. Dos horas y media sin doblar pierna invertíamos en pasar revista á tantas riquezas y preciosidades artísticas en él dignamente custodiadas.

Este magnífico edificio fué comenzado en 1587 por un duque de Osuna, que lo destinaba para cocheras, y concluido mas tarde por otro duque de Lemos, sucesor del primero en el vireynato. En 1790 sufrió la reforma de añadirle un piso mas y desde entonces quedó definitivamente consagrado para templo de las Musas.

No abrigo la necia pretension de querer describir aquí el sin número de sus antigüe-

dades y mucho ménos su valor inapreciable, cuando mientras duren las excavaciones de Pompeya, y otras partes de Itália, no podrán completarse sus catálogos, entrando como entran diariamente objetos nuevos. Hace ya algunos años las pinturas decorativas procedentes de Pompeya, Herculano y Estábia, recogidas y conservadas por su mérito especial, ascendian á 1.600. Los grandes cuadros en mosaico á 33; las estátuas de mármol, y bajos-relieves antiguos de lo mismo pasaban de 1.500; entre estas todos los hombres ilustres de la antigüedad clásica, Homero, Esquines, Periandro, Sócrates, Eurípides, Licurgo, Anacreonte, Zenon, Demóstenes, Herodoto, Sófocles, Ciceron y muchísimos mas: se agregan el celebérrimo grupo del Toro de Farnesio, y el Hércules por *Glycon de Athenas*, de la misma procedencia. La coleccion epigráfica contiene 1.600 inscripciones en varias lenguas occidentales, ordenadas y explicadas por el sábio Fiorelli: en medio de una de estas salas hay una escalera que baja al subterráneo ó crypta, muy bien decorada, en que fueron instalados los monumentos egypcios, oscos, y etruscos; y en las piezas de mejor luz las inscripciones en lenguas orientales.

Bronces: la coleccion de los broncees está dividida en dos secciones: la 1ª contiene las

estátuas, bustos, y obras de arte: y la 2^a, mas bien industrial, es conocida con el nombre de *bronces chicos*.

La seccion de obras de arte se compone de ciento quince objetos de extraordinario mérito; tales como la estatua ecuestre de Neron (sin ojos); las seis bailarinas con ojos de esmalte, los bustos de Berenice, de los Tolomeos Soter y Filadelfo, de Escipion el Africano, de Platon, de Architas; la estatua colosal de Augusto, la pequeña ecuestre de Alejandro Magno, de Apolo tocando la lyra, de Baco y Ampelo, etc.

En la segunda seccion, fuera de las armas y armaduras antiguas de guerreros y gladiadores, que son muchas y algunas muy raras, como igualmente arneses, frenos, espuelas, carros de triunfo, se cuentan mas de catorce mil instrumentos, á saber: utensilios de cocina; moldes para pasteles; útiles de mesa; balanzas, pesos, y medidas; lámparas y candelabros; pateras ó copas y vasos para los sacrificios; perfumadores; instrumentos de música; instrumentos de cirujía, *speculum, forceps, fibula*; camas; objetos de tocador; billetes de teatro; arados; herramientas de todas las artes y oficios; y mil otras cosas de que no es posible acordarse.

Los objetos de vidrio, industria en que tanto sobresalieron los antiguos, ascienden

á 4.000 (la mas importante coleccion entre las conocidas hasta el presente). Pasan tambien de 5.000 las piezas de alfarería ordinaria; ánforas, vasijas de mil formas y para diferentes usos; huchas iguales á las que tenemos hoy; tejas, bajos relieves; idolillos ó estátuas pequeñas; y hasta *gliraria*, cacharros esféricos para cebar lirones, de que gustaban mucho los golosos señores que alcanzaron aquellas épocas remotas. Pues la alfarería fina es todavía superior: 3.300 vasos italo-grecos contiene esta coleccion sin rival, en que pueden estudiarse los progresos del arte antiguo desde sus primeros rudimentos, imitando groseramente el estylo egypcio, hasta su mayor perfeccion en los bellos tiempos de Grecia. Hay alguno cuya adquisicion costó la friolera de 40.000 francos. Estos admirables vasos están decorados exteriormente (y algunos tambien en el interior) con preciosos dibujos, y pinturas alusivas á la theogonía, mythología, é historia heróica; y han sido encontrados dentro de sepulcros á varias profundidades, en Ruvo, Nola, Canosa, Poestum, y otros puntos.

Gabinete de alhajas preciosas y pedrería fina: una cuarta se abre cada ojo al entrar en estos dichosos salones, en que se ven en exposicion permanente dos mil joyas de oro, plata, y diamantes, labradas con el mayor

primor. La presidencia de esta buena tropa formada corresponde á la celebérrima *Taza Farnesio* de sardónica oriental, monumento único por el grandor de la piedra y la perfeccion del trabajo. Al lado de aquella profusion de anillos, brazaletes, collares, cadenas y otros dijes, hechos con el mejor gusto y suma delicadeza, figuran una bolsa sacada de la mano de un esqueleto de los de la Casa de Diomedes, y los pendientes de la señora, que era de la misma casa, en forma de media esfera. Estos pendientes imitados por los plateros de Nápoles alcanzaron tal aceptación, que todas las viajeras elegantes que visitan á Pompeya los compran, llevando á su país el facsímile de la moda antigua romana.

Galería de cuadros: desde luego supondrá el lector que no faltarán cuadros en la tierra de los pintores. Efectivamente posee el museo de Nápoles muchísimos y muy ricos de los autores más excelentes en todas las escuelas. Pero con relacion á los demas monumentos, aunque tengan tres ó cuatro siglos, se consideran modernos.

Es casi de rúbrica el gabinete reservado en los museos de Italia. Los antiguos en punto á decencia se muestran sobradamente despreocupados. Al subir aquí la escalera del piso principal se observa de frente, un

poco á la izquierda, la puerta cerrada de un departamento con el letrero encima de: *Raccolta pornographica* (objetos obscenos); el que consigue permiso para entrar, puede ver todo alrededor pintadas, y de bulto, abominables porquerías.

Numismática: nada menos que 50.000 medallas y monedas de todas las ciudades de Italia, de Sicilia, y la Grande Grecia, se encuentran allí reunidas y clasificadas; y por parte la colección *Sant'Angelo*, compuesta de 12.480 monedas griegas catalogadas por Fiorelli; y otras 1.698 de la edad media.

Para concluir diré que posee el Museo Nacional de Nápoles un gran salon lleno de estantes en que á manera de pequeños rollos carbonizados descubre el que se acerca y mira con detencion 3.000 papyrus (no todos han podido ser leidos hasta la fecha por las muchas precauciones que se necesitan tomar al tocarlos); y una inmensa Biblioteca compuesta de 200.000 volúmenes impresos, y 3.000 manuscritos.

En la salida ya, al salvar el dintel de la puerta con el cerebro calcinado, y los ojos abultados como el puño; pensando en lo frecuentes que son en la Italia, y otros países, esta clase de establecimientos, tuve que ahogar en lo íntimo del pecho un suspiro acordándome de mi pátria.

¿Si en España no hay tradiciones, ni escuelas, ni modelos, cómo podremos esperar nunca que el pueblo español rivalice, por sola la inspiración, en las artes y la industria con las naciones extranjeras?

CAPÍTULO X.

Tarde de buréo: para refrescarnos la mollera que nos hacia buena falta, se acordó por unanimidad dar orden al cochero que nos llevase á pasear por algun sitio alto y ameno en donde pudiésemos gozar de buenas vistas. Subiónos por el centro de la ciudad hasta llegar á la calle nueva que con el nombre de *Corso di Vittório Emmanuele*, se dirige por todo lo alto de Oriente á Poniente. Fuimos muy despacio, porque el panorama, que de allí se descubre, es encantador sobremanera. En la conclusion, bajando otra vez sobre la Chiaya, está el monte que cierra la salida por aquella parte llamado Pausilypo, que significa en griego *quita penas*. Pausilypo está hoy materialmente cubierto de *villas* ó casas de campo con

frondosos jardines. Para pasar al otro lado camino de los *Campi phlegraei*, Puzoles, y cabo Miseno, hay un túnel de 668 metros de largo, 6 de ancho, y 23 de alto, alumbrado día y noche por cuarenta y cuatro grandes faroles de reverbero. Séneca habla ya de este subterráneo, pero en el sentido de ser muy estrecho é incómodo. Alfonso I de Aragon en el siglo xv lo hizo ensanchar, y lo puso en el estado sorprendente en que hoy se encuentra: es muy frecuentado por servir de tránsito á Puzoles. Muy cerca de la entrada á mano izquierda se ve una inscripcion en tabla, y una escalera en el mismo terreno. A mayor altura hay cavado un *columbarium* con diez nichos en el interior para recibir los vasos en que se depositaban las cenizas de los muertos. Creen algunos haber reposado aquí las de Virgilio, cuyo túmulo (dicen) existia aun en el siglo xiii: que habiéndole sorprendido la muerte en Bríndisi al volver de Atenas fué, segun sus deseos, sepultado en este monte, donde poseia una *villa*, y habia compuesto sus Eglogas y Geórgicas. Un laurel plantado en este sitio por el Petrarca, pereció á principios del siglo.

Puede decirse que todas las glorias del mundo latino pasaron por Pausilypo. La grandeza de Roma se disputaba por palmos su suelo y los terrenos restantes hasta el ca-

bo Miseno y Cumàs; constándonos que edificaron soberbias *villas* en ellos Mário, Polion, Pompeyo, Ciceron, Lúculo, é infinitos otros. Entre las muchas historias de estos lugares, referidas por escritores antiguos, se cuenta el fin trágico de Agripina, madre de Neron, que Tácito describe con tan vivos colores.

Visto por ambos lados el Pausilypo, repasamos el túnel, y corriendo todo lo largo de la Chiaya, en que lucian sus troncos y libreas los aristócratas napolitanos, echábamnos pié á tierra delante de nuestro hotel para entrar en el *Pompeyorama* (que de intento guardábamos para lo último); pequeño edificio de tres salones, situado en medio del Jardin Nacional. El sorprendente artificio de óptica interior está destinado á representar dobles vistas de los principales monumentos de Pompeya: uno de los lados en ruinas, tal cual los acabábamos de ver la víspera; el otro reparados y en toda su esplendente belleza primitiva, como debian ser antes de la catástrofe. La ilusion llega á su colmo, y apenas acierta uno á darse cuenta de que realmente no sueña. No es esto solo: en el tercer salon al Poniente, represéntanse doce cuadros de costumbres pompeyanas. Los sitios en que tienen lugar estas escenas han sido reparados conforme á sus restos archi-

tectónicos; los hechos tomados de la historia y obras arqueológicas; y las personas y trajes, ajustados á las diferentes pinturas halladas en Pompeya, que todavía pueden verse allí mismo en sus paredes, ó dentro del museo, aunque en tamaño natural: el orden con que van es arbitrario.

1.º Aniversario de Augusto: con este motivo gran banquete en el Pantheon de Pompeya, adornado de todo lujo, á que asisten las autoridades y magnates. En la tribuna se ve el retrato de Augusto; por la nave del templo tendidas las mesas y recostados los convidados delante en los lechos ó divanes entre las estátuas de los doce dioses; acá y allá, músicos, esclavos, y mozos de servicio. La animacion es extraordinaria; *pero no se fuman habanos, ni de otra parte.*

2.º Palestra: en el grande átrio de las Termas, calle de Estábia, se practican á la vez toda clase de luchas y trabajos gymnásticos, mientras que en el salon de la izquierda, dentro del estanque se zambullen y mecen muchos nadadores: los nervudos jugadores del disco ocupan la delantera, y al costado muestran suma gravedad los jueces de los juegos. A lo largo de los pórticos entran y salen de las cámaras reservadas grandes señorones llevados en literas por esclavos de diferentes naciones; otros con

ungüentos, esponjas y toallas; y algunos seguidos de muchos clientes suyos que recibían la alta honra de acompañarles al baño. Los españoles no nos cansábamos de contemplar este cuadro, admirados de que entre hijos de tantas madres allí reunidos y envueltos, no se dejase oír la menor disputa, ni un *voto á brios*, ni siquiera una blasfemia.

3.º Mercado. El ancho espacio, comprendido entre los pórticos del *Forum* triangular por la derecha, los del teatro trágico á la espalda, y por la izquierda el templo de Hércules, está cuajadito de vendedores de toda especie. En la avenida de la izquierda, libre al tránsito público, se ven llegar á paso lento y cabizbajos, varios animales destinados al sacrificio. Condúcenlos los tratantes ó *victimarios*, y rompen la marcha en la procesion los sacerdotes de ojos chispeantes, muy encarnados rollizos y orondos, en direccion al templo, cuyo altar se descubre preparado de antemano á punto de caramelo: ¡buen dia les espera á estos *nenes*! Sobre la plaza, y en primer término, hay traficantes midiendo trigo, otros cargando costales; tiendas de plateros y bisutería; y algunas mujeres sacando agua del pozo inmediato para refrescar las hortalizas. Tampoco aquí presenciarnos ningun escándalo ni alboroto.

4.º Carreras de *Bigas* ó carros de dos ca-

ballos. Fuera de la puerta de Nócera en la ancha via llena de espectadores celébrase funcion de las carreras del *Pallium* ó Manto. Entre los árboles se destacan muchas tiendas y barracas y mercaderes ambulantes. Del lado izquierdo muéstrase el grande Anfiteatro (representado en una pintura últimamente descubierta, pues no llegan allí aun las escavaciones), y sobre sus gradas y plataforma asisten los curiosos al espectáculo. En el fondo álzanse en lontananza los muros, casas y torres de la ciudad. Tal es la imitacion, que se ve volar el polvo levantado por los cascos de los caballos.

5.º Un Sacrificio solenne. El dia en que Sylla, despues de haber arrasado la ciudad de Estábia, amenazó á Pompeya con su ejército victorioso, los pompeyanos, resueltos á defenderse hasta el último trance, se dirigen al Templo de Júpiter para hacerse propicio al rey de los dioses. Dos hermosísimos toros blancos con los cuernos dorados son allí conducidos; y los sacerdotes se aprestan al sacrificio. El pueblo asiste á la ceremonia con música y cantos; en todos los semblantes se ve pintado el sagrado amor de la pátria.

6.º Las Bodas. En el vestíbulo del Templo de Vénus fuera del sagrario ó *cella*, rodeada de pórticos, tenia lugar todos los años al llegar la primavera la deseada fiesta lla-

mada de las Flores. Las vírgenes hijas de Pompeya coronada la cabeza de guirnaldas danzan, y entre tanto cada cual de los garzones elige de entre ellas la que conforme al ritual será desde entónces su esposa; acompañan la solemnidad músicas, cantos y fuegos griegos sobre la columna votiva. Es peligrosamente tentadora esta escena; no, de seguro, por los mozallones que en general son desmadejados y feos como osos, sino por las niñas, las más bellas y saladas que he visto en todos los dias de mi vida, despues de las españolas.

7.º Lucha de Gladiadores. El grande Anfiteatro está de bote en bote lleno de gente. Los magnates y las vestales ocupan las primeras filas en asientos de bronce. Muchas parejas de gladiadores combaten al mismo tiempo sobre la arena; los unos á caballo, los otros á pié con espadas y escudos; los hay tambien armados de cotamalla y tridente. Sacan á los muertos arrastrando con ganchos fuera del redondel. Como la gente de armas disminuye considerablemente por efecto de las pérdidas, se presenta un *lanista* ó empresario de gladiadores con nuevos refuerzos, para que el interés de la funcion no decaiga. Entre tanto el pueblo soberano salva á un bravo, que habia besado el suelo á causa de un resbalon, alzando el brazo y

gritando: *non abeat*, no muera. Este cuadro crispa los pelos, y se lo recomiendo á los aficionados á estudiar fisonomías.

8.º Elecciones. (La escena pasa en el *Forum* civil junto al Templo de Júpiter). Los magistrados dimisionarios descienden de las sillas *curules* por haber espirado el tiempo de su cometido. Los *lictors* (maceros) bajan sus *fasces* ó segures en señal de respeto sobre el altar, en cuyo derredor se hallan colocados. Los escrutadores están sentados detrás de la urna, á la que se abalanzan las centurias militares para votar antes que todos. Los demás ciudadanos electores consultan entre sí, y escriben su voto en las *tesse-ras* ó tablillas esperando su turno.

9.º Juicio de un criminal. Las damas y otras personas de distincion, ocupan la tribuna de la Basílica. Algunos soldados apartan la gente del pueblo que se agolpa cerca de la estatua de la Justicia. Los abogados defensores están en la barra: Públio Ametistio, jóven patricio acusado de sacrilegio, vuelve conducido á la prision, concluido el debate público. Los magistrados son llamados nominalmente á la tribuna, tan luego como escriben sus votos en las tablillas ó *tesseras*, que haciendo atrás las mangas de la toga, depositan en la urna. Verificado el escrutinio, Públio resulta condenado á muerte. Es-

te drama es muy sério é impresiona fuertemente.

10. Una de Pópulo bárbaro. Durante un combate de fieras en el Anfiteatro, un calavera de la inmediata ciudad de Nócera insultó á una jóven de Pompeya: de aquí se armó tal trifulca entre pompeyanos y nocerinos á puñetazos, coces y bocados, á tranca y navaja, que murieron de estos y aquellos mas de mil personas; vencieron naturalmente los de casa. Se ven empelotados en una de las salidas combatientes y fugitivos, y en el fondo del circo las bestias feroces. Por decreto del senado fué cerrado el Anfiteatro diez años. Esto se presta muy bien á comentarios, pero no quiero hacerlos, porque toda comparacion es odiosa.

11. Funerales. En medio de un círculo llamado *ustrinum*, hecho á propósito á espaldas de la calle de los Sepulcros, se eleva una hoguera, sobre la cual pesa, tendido en una sábana de amianto, que habrá de recoger sus cenizas, el cadáver del prefecto Aterio Flaco, coronado de encina. Los adeptos, parientes y amigos, con un grueso ramo de encina y perfumes rodean la hoguera, sosteniendo en su mano teas encendidas. A la derecha están los lictores, libertos, y otros llevando instrumentos de música; á la izquierda junto al lecho, en que habia ido el muerto,

esclavos que lloran y cantan; y en la delantera mas esclavos disfrazados de sátyros que bailan la danza llamada *sicinna*. Asisten los dos hijos del difunto Lydia y Lelio: aquella estampa un beso en los frios lábios de su padre, mientras que este le dirige hasta la eternidad el último *vale*, adios. Es tan patética toda la accion y afecta tanto, que no puede contemplarse sin que se arrasen los ojos de lágrimas.

12. Ultimo dia de Pompeya. El punto de vista elegido es la calle y templo de la Fortuna. Creyendo al Vesuvio un volcan antiguo apagado para siempre, cuando el 13 de Setiembre en el año 79 de la era vulgar comenzó de repente á vomitar llamas, *lapillos* (rajas de piedra), ceniza, y agua hirviendo; sorprendidos los pompeyanos, y atónitos, procuran salvar sus vidas en precipitada fuga. En medio de violentísimos terremotos, aberturas del suelo, y una oscuridad sin ejemplo tres dias seguidos, interrumpida solo por la frecuencia de los relámpagos y el brillo del rayo, aquellos desventurados hacen hogueras, y encienden teas que apenas resisten á la fuerza de los huracanes. Alzando las manos al cielo, y exhalando ayes lastimeros caen muchos de ellos asfixiados por los ardientes gases (*mofete*) en la mayor desesperacion. Otros huyendo montados en car-

ros se extravían, atropellan á los de á pié, se entrechocan y hacen pedazos. Las béstias sueltas corren espantadas entre la multitud convirtiendo las calles y plazas con sus herrados piés en inmensa trilla de miembros humanos. Las casas y templos se desploman y derrumban con estruendo; todo es horror y confusión. Los gritos y gemidos dejan de oirse por completo; la lluvia asoladora de fuego, piedras, cenizas y agua hirviendo continúa en las tinieblas; y la culta y floreciente Pompeya desaparece por diez y ocho siglos sepultada. Pero esto es demasiado fuerte, y no quiero affigir mas al lector.

CAPITULO XI.

Los compañeros me enviaron á llamar dos veces primero de arrancarme de esta verdadera escuela de arqueología en que tanto y tan fácilmente puede aprovecharse el tiempo. Necesitábamos comer y hacer la maleta, pues á las once de la noche habíamos de salir en el tren andando para Roma, como así fué en efecto. Mientras, quiero que el lector pase la vista sobre las dos cartas de Plinio el Joven al historiador Tácito, que deben considerarse

como un apéndice á lo que va dicho sobre Pompeya. En la primera consta el modo cómo murió allí Plinio el *Naturalista*; y en la segunda hace una patética descripción de la catástrofe, de que habia sido testigo.

C. PLINIO Á SU AMIGO TÁCITO

Salud.

«Exígesme que te escriba el fin de mi tío,
 »y te doy por ello las gracias; pues veo que
 »su muerte, si tú la celebras, quedará acom-
 »pañada de imperecedera gloria. Aunque,
 »por haber sucumbido envuelto en la des-
 »trucción de fértiles comarcas, y ruina de
 »bellas ciudades y aldeas, vivirá siempre su
 »nombre unido á época tan memorable; y
 »aunque él mismo haya dado á luz muchas
 »obras que habrán de pasar á la posteridad;
 »con todo, la fama eterna de tus escritos
 »acabará de inmortalizarle ciertamente. Es-
 »timo yo dichosos, á quienes concedieron
 »los dioses hacer cosas dignas de ser escri-
 »tas, ó escribirlas, si fueren dignas de ser
 »leídas; y mucho mas dichosos aun, los que
 »alcanzaron uno y otro. Entre estos últimos
 »será contado mi buen tío por amor de sus
 »libros y los tuyos. En cuya virtud no re-
 »huyo, y acepto de buena gana tus preceptos.

«Hallábase en el puerto Miseno al frente

»de la escuadra de que era jefe. A la una de
»la tarde del día noveno de las kalendas de
»Setiembre (el 23 de Agosto; esta fecha está
»en desacuerdo con la del 13 de Setiembre
»citada anteriormente) después de haber to-
»mado el sol, y beber agua fría, hallábase
»recostado estudiando; y hé aquí que mi ma-
»dre le anuncia la aparición de una nube
»rara por su extensión y su especie. Pide el
»calzado, y sube al sitio más alto desde don-
»de mejor podía observarse aquel fenómeno
»admirable. Al principio era dudoso, mas
»luego se conoció, aunque mirada á distan-
»cia, que la nube semejante á un inmenso
»árbol, mas bien pino que otro alguno, nacia
»del monte Vesuvio. Elevándose á manera
»de larguísimo tronco, se ramificaba al final
»formando extensa copa: quizá recién impe-
»lida por el viento, cuando la fuerza de este
»aflojaba, ó tal vez sobrecargada por su pro-
»pio peso, se desvanecía en plano horizontal,
»mostrándose ya blanca, ya oscura y con
»manchas, según que arrastraba tierras ó ce-
»nizas. Parecióle grande el espectáculo, y
»digno de ser reconocido de cerca por quien,
»como él, era varón eruditísimo. Manda pre-
»parar un bergantín, y me dió permiso para
»acompañarle, si quería. Respondí, que pre-
»fería quedarme estudiando: y casualmente
»él mismo me había dado tarea para escribir.

»Apenas hubo salido de casa, recibió por es-
 »crito súplicas de los soldados de la armada,
 »que guarnecían á Resina, rogándole se
 »sirviese salvarlos del grande infortunio que
 »se cernía sobre su ciudad; pues solo era po-
 »sible la huida por mar, y navegando. Cam-
 »bió él de pensamiento, y emprende con áni-
 »mo indómito, lo que diligentemente exami-
 »nado, había reputado ser lo mejor. Saca al
 »mar las *Cuadri-remes* y monta en persona,
 »no tan solo para auxiliar á los de Resina,
 »sino á muchos mas (que moraban en aque-
 »llos sitios amenos). Apresúrase á llegar
 »cuanto antes á los lugares amenazados, de
 »donde todos huían, partiendo línea recta, y
 »dirigiendo la proa enfrente del peligro con
 »tal valor y serenidad, que formulaba y di-
 »señaba todos los movimientos, todas las fa-
 »ses que iba tomando aquel desastre, segun
 »lo veían sus ojos. Ya las naves recibían la
 »lluvia de ceniza, mas densa y caliente,
 »cuanto mas avanzaban; ya los pedazos de
 »pómez, y fragmentos de roca negra abra-
 »sada; ya se encontraba el vado ó fondo ines-
 »perada y repentinamente y la nueva orilla
 »formada por los detritus del monte. Detú-
 »vose un momento para deliberar, si daría la
 »vuelta; y como el piloto se lo aconsejase:
La fortuna ayuda á los valientes, le dijo:
Vuela á casa de Pomponiano. Este moraba

»en Estábia del otro lado del golfo: pues
 »en derredor del mar forma suavemente la
 »costa un semicírculo, sobre cuyo borde está
 »fundada. Allí á la vista del peligro, aunque
 »no lejos, pues se aproximaba segun iba cre-
 »ciendo, hizo embarcar los equipajes, seguro
 »de poder huir, si el viento que le habia sido
 »favorable á la ida, pero que le era contra-
 »rio á la vuelta, se calmase. Abrazó á Pom-
 »poniano que estaba temblando de miedo,
 »le consoló, le animó; y dentro de casa, que-
 »riendo desvanecer el temor que dominaba á
 »aquel con la confianza propia, pidió mi tio
 »ser llevado al baño. Habiéndose bañado se
 »acuesta, y cena alegre, ó lo que es lo mismo
 »aparentando estarlo. Entre tanto relucian
 »desde el monte Vesuvio inmensas llamas y
 »vastísimos incendios, cuyo fulgor y claridad
 »hacian mas viva las tinieblas de la noche.
 »El para inspirarles valor repetia, que esta-
 »ban ardiendo las casas y aldeas de la cam-
 »piña, abandonadas por sus habitantes, que
 »habian huido de miedo. Y con esto procu-
 »raba reconciliar el sueño, y durmió verda-
 »deramente; pues le oian roncar fuerte (se-
 »gun tenia de costumbre, por ser corpulento)
 »los que estaban fuera de la puerta. Mas el
 »átrio que daba entrada á su dormitorio se
 »habia levantado ya tanto con las ceni-
 »zas y piedras pómez llovidas, que á poco

»mas, no le hubiera sido posible la salida.»

«Despertáronle, y, saliendo, fué á unirse
 »con Pomponiano y los otros, que habian
 »pasado la noche en pié. Consultaron juntos,
 »si seria menos expuesto permanecer á cam-
 »po raso, que dentro de la poblacion; pues
 »con los fortísimos y continuos terremotos
 »oscilaban los edificios, y parecian arrancar-
 »se de los cimientos, yéndose y retrocedien-
 »do, cuándo á un lado, y cuándo al otro. Al
 »descubierto temian la lluvia de los ligeros
 »y carcomidos pedazos de las piedras pómez.
 »Sin embargo, comparados los peligros, se
 »decidieron por esto último, obrando en mi
 »tio el raciocinio, y el temor en los demás; y
 »para preservarse de las piedras echaron
 »mano de almohadas, sujetándolas con los
 »pañuelos encima de la cabeza.»

«Amanecia Dios en todas partes, pero ellos
 »seguian envueltos por la mas densa y tene-
 »brosa de las noches, sirviéndose de fogatas
 »y muchas teas encendidas para disipar la
 »oscuridad. Quiso el tio bajar al mar para
 »ver de cerca la posibilidad de darse á la
 »vela; y continuaba grueso y agitado. Des-
 »cansando allí mismo sobre un lienzo tendi-
 »do en el suelo, pidió y bebió por dos veces
 »agua fresca. En esto, una corriente de lla-
 »mas precedida del fuerte olor á azufre que
 »las anunciaba, puso á los que le acompaña-

»ban en precipitada fuga, y le obligó á le-
 »vantarse. Apoyado, como estaba, sobre los
 »hombros de dos esclavos cayó instantánea-
 »mente al suelo; interceptada, segun creo, la
 »respiracion por la mayor densidad de los
 »vapores, y cerrado su pecho, que por natu-
 »raleza era estrecho, débil, y propenso á so-
 »focarse.»

«Cuando llegó el dia (tercero para él des-
 »de el último que habia visto), se encontró
 »su cuerpo entero, ileso, y cubierto, tal como
 »vestia, y por el aspecto menos parecia
 »muerto, que dormido. Interin mi madre y
 »yo estábamos en Miseno; pero esto no es del
 »caso, ni tú has querido saber otra cosa, que
 »no sea su muerte. Voy á concluir; mas an-
 »tes diré: que esta relacion se apoya en el
 »testimonio de mis sentidos, y en lo que oí á
 »otros á raiz de los sucesos cuando aun no
 »están desfigurados. Tú extractarás lo mas
 »principal. Que no es lo mismo escribir una
 »carta, que una historia; ni el escribir para
 »el amigo es igual á escribir para todos.
 »Adios.»

PLINIO Á SU AMIGO CORNELIO TÁCITO.

Salud.

«Dices, que atraido por la carta que es-
 »cribí á peticion tuya sobre la muerte de mi
 »tio, deseas saber lo que me sucedió al que-

»darme en Miseno (hasta aqu íllegaba mi re-
»lacion), y los temores y trabajos sufridos.

«Aunque al alma horroriza
»el recordarlo sólo,
»doy comienzo.»

«Desde que se fué el tio, pasé yo el resto
»de la tarde ocupado en el estudio, pues esto
»habia sido el motivo de no seguirle. Me fuí
»luego al baño, cené y dormí poco tranquilo
»breve rato. Los terremotos se sucedian sin
»interrupcion anteriormente muchos dias,
»que por lo acostumbrados en Campánia eran
»ménos temidos; pero aquella noche arrecia-
»ron tanto, que todo parecia, no digo mo-
»verse, arrancarse de cuajo. Corre á mi dor-
»mitorio mi madre asustada, cuando me
»levantaba yo con intencion de ir á desper-
»tarla si hubiese estado dormida; y nos sen-
»tábamos en el patio, que separa corto tre-
»cho al mar de la casa. No sé si llamarlo va-
»lor ó imprudencia, pues contaba veintidos
»años, pido la historia de Tito Livio, y con
»la mayor calma me puse á leerla y á con-
»tinuar sacando extractos, segun lo venia
»haciendo en circunstancias ordinarias. En-
»tonces un amigo del tio, que, poco habia,
»llegaba á su casa desde España, al vernos
»allí sentados, y á mí leyendo, reprendió la
»paciencia de mi madre y la confianza mia:

»no por eso lo dejé, ni alzé la cabeza siquie-
»ra. Eran ya las siete de la mañana y to-
»davía la luz del sol presentábase lángui-
»da y dudosa. Los techos de alrededor se
»habian hundido, y aunque estábamos en
»sitio abierto pero angosto, nos asaltó gran
»miedo de una muerte segura, inevitable.
»Acordamos salir de la ciudad y lo pusimos
»por obra. Seguíanos la multitud atónita,
»cuyo pavor, á la prevision semejante, la
»obliga á posponer el consejo propio, pre-
»firiendo el de los demás; y marchando en
»grandes masas, nos oprimia y apuraba. De-
»jando atrás las últimas casas, hicimos alto:
»admirables espectáculos y grandes temores
»se ofrecieron á nuestros ojos. Los carros que
»habiamos mandado ir delante, á pesar de
»ser muy llano el campo, corriáanse de uno
»al otro lado, y no eran suficientes las pie-
»dras con que los calzaban para contenerlos
»dentro del carril. Además veíamos el mar
»reconcentrado, y como repelido con el tem-
»blar de la tierra: ciertamente muchos pe-
»ces y mónstruos marinos, yacian en seco
»sobre las arenas por haber avanzado la
»costa. Mirando á otra parte, nos amenaza-
»ba una negra y horrenda nube, surcada
»por corrientes de fuego vivas y angulo-
»sas, que largas figuras de llamas divi-
»dian, imitadas á relámpagos y mayores.»

«A este punto nos volvió á instar el amigo
 »venido de España con mas fuerza y mas ve-
 »hemencia. *Si tu hermano, dijo, si tu tio vi-*
 »*ve, no quiere que perezcais; y si ha muerto,*
 »*deseaba que le sobrevivierais. De consi-*
 »*guiente, ¿por qué no correis á ponerlos en*
 »*salvo?* Respondimos, que no consentiríamos
 »por ningun concepto mirar por nuestra sa-
 »lud, estando inciertos de la suya. No espe-
 »rando ya mas, se retiró, sustrayéndose al
 »peligro en precipitada fuga.»

«Poco despues, aquella nube terrible, co-
 »menzó á bajar y extenderse, cubriendo la
 »tierra y el mar: envolvió la isla de Capri,
 »ocultó la punta del cabo Miseno. Aquí, des-
 »alada mi madre, me mandaba, me conju-
 »raba, me suplicaba, que abandonándola,
 »huyese de cualquier modo, pues que podia
 »como jóven: que ella pesada de cuerpo y
 »cargada de años, moriria en paz con tal de
 »no ser causa de que yo pereciera. Yo por el
 »contrario, protesté que no me separaria, y
 »que juntos moriríamos, ó juntos habríamos
 »de salvarnos. La cogí del brazo y la forcé
 »á andar. Cedia de mala gana y se culpaba
 »de que yo me detuviese. Caia alguna ceni-
 »za: alzo los ojos y veo sobre nuestras espal-
 »das la densa oscuridad, que derramándose
 »á modo de torrente, nos seguia hácia tier-
 »ra. *Apartémonos, dije, ahora que hay luz;*

»no sea que derribados en el camino, mura-
 »mos en las tinieblas pisoteados por las tur-
 »bas que nos acompañan.»

«No bien tomábamos posición, era ya no-
 »che; y no cual las sin luna, ó nubladas, si-
 »no como en habitacion cerrada apagadas
 »las luces. Allí era el oír los lamentos de las
 »mujeres, los sollozos de los niños y el triste
 »clamoreo de los hombres. Los unos grita-
 »ban llamando á sus padres, los otros á sus
 »hijos; estos á sus mujeres, aquellas á sus
 »maridos; quiénes lloraban las desgracias
 »propias y quiénes las de los suyos ó ajenas:
 »gentes habia que por miedo á la muerte
 »invocaban la muerte misma. Muchos alza-
 »ban las manos al cielo implorando á los
 »dioses; los mas desesperaban hasta de los
 »dioses todos y creían llegada para el mun-
 »do la noche eterna y final. No faltaban tam-
 »poco vocingleros, que con mentidos terrores
 »aumentasen los verdaderos peligros; ni no-
 »ticieros falsos que inventasen la mala nue-
 »va de haber visto á Miseno destruida y es-
 »tar ardiendo y todos le daban crédito.»

«Vimos algo de resplandor, que no nos
 »pareció dia, sino indicio de fuego que avan-
 »zaba. El fuego se contuvo lejos, y de nuevo
 »tinieblas y ceniza, mucha y pesada. Nos la
 »sacudíamos allí mismo; de otra manera nos
 »hubiera oprimido con su peso y enterrá-

»donos. Podria gloriarme de no habérseme
 »escapado un gemido, ni la menor queja;
 »si no creyera misero sí, pero grande con-
 »suelo humano, que todas las cosas perecian
 »conmigo y yo con todos á la vez.»

«Por último, la densa oscuridad se fué
 »atenuando y se resolvió como niebla ó hu-
 »mo; amaneció verdadero dia y lucia el sol
 »aunque lívido, cual suele estar despues de
 »un eclipse. Presentábanse entonces á los
 »ojos espantados cambiados los objetos y cu-
 »biertos de honda capa de ceniza cual si fue-
 »se nieve.»

«Vueltos á Miseno y arreglándonos como
 »mejor nos fué posible, pasamos la noche
 »dudosos y suspensos entre la esperanza y
 »el miedo. Prevalecia este sobre aquella,
 »pues los terremotos no cesaban, y muchos
 »cerebros huecos asustaban á los demás con
 »siniestros vaticinios, y exageraban propios
 »y ajenos infortúnios. En cuanto á nosotros,
 »no bastaron los peligros experimentados ni
 »los que esperábamos sufrir para decidarnos
 »á salir de casa, mientras no hubiésemos
 »de recibir nuevas del pobre tio.»

«Lée estos datos, pero no los escribas; por-
 »que no son dignos de una historia. Y si te
 »parece que ni aun debieran figurar en una
 »carta, no me echés á mí la culpa, sino á tí
 »por habérmelos pedido. Adios.»

CAPITULO XII.

Lástima grande el viajar de noche por sitios amenos y celebrados, sin poder decir con verdad el que los pasa: *mis ojos los han visto*. Llegábamos á la estacion de Caserta y no tuvimos el gusto de recrearnos con el gran palacio que allí existe, construido por el buen Carlos III, ni el sorprendente acueducto titulado: *Ponte di Maddaloni*; tampoco pudimos paladear las delicias de Cápua que enervaron al indómito Anníbal y su poderoso ejército allá en los tiempos del rey Perico. Un momento que nos detuvimos en la estacion de Esparanisi, saqué la cabeza por la ventanilla del coche y estaba oscuro y olía, no á queso, pero sí al rico y fragante vino de Falerno decantado por Horacio, cuyos viñedos dejábamos á la izquierda. El recuerdo solo me puso la boca seca como la de un lagarto, mas con todo nadie tuvo piedad de mí en aquellas horas. Corriamos á mas y mejor en la oscuridad por aquellas escabrosidades; y una de las veces que paró la locomotora, gritaban: *San Germano, San Ger-*

mano. Caballeros, dije á los que iban conmigo; estamos cerca del monte Casino, en cuya cumbre San Benito, desde el siglo vi de nuestra era fundó un convento de regulares, cuna de dilatadísima y afortunada familia: dió esta casa, sin contar las demás de la órden, 24 Papas á la Iglesia de Dios; 200 cardenales, 1.600 arzobispos, y un ejército de obispos. Así lo dice Dantier refiriéndose á la época del concilio de Constanza; y por consiguiente falta agregar aun los descarriados que haya podido dar desde entonces acá. Añade el mismo autor que entre otros domínios ó prédios rústicos y urbanos que poseía, debían mencionarse dos principados, 20 condados, 440 granjas, pueblos y aldeas, 250 castillos, 336 casas y posadas, 23 puertos de mar, y la friolera de 1.662 iglesias. Si yo fuese italiano pretendería ser admitido á hacer penitencia entre estos pobres religiosos; pues todavía hoy subsiste la comunidad exceptuada por la ley de excomunión. *Margaritas á pájaros*: el que más de mis compañeros me contestó con un ronquido.

Ni por esas dejé yo de hablar alto, porque me excitaba el acordarme de que Aquino, la estación siguiente, habia sido pátria de Juvenal, y Santo Tomás despues; y porque íbamos en frente de Gaeta, cerca de la cual

está Mola, donde murió Ciceron á manos de los sicarios de Antonio dentro del *Prædium Formianum* en que se refugiaba. En una viña situada entre la carretera y el mar, término de Itri, consérvase desde antiguo á la sombra de un garrofo una torre redonda sobre base cuadrada, que tradicionalmente vienen llamando los naturales *Torre de Ciceron*. Muchos anticuarios piensan (y no es un delirio en mi concepto), que es el sepulcro de aquel grande hombre: habia nacido en Arpino y poseia en Isola una *villa*, puntos que alcanzábamos con la mano.

Alerta, señores, continuaba yo saliendo un poco de tono. Debemos llegar muy pronto á la frontera; y para que Vds. despierten, allá va la relacion de un suceso histórico del género que á Vds. gusta.

Venga de ahí, contestaron restregándose los ojos. Deben saber Vds., dije, que estamos en la tierra de las hembras mas bellas de toda la Italia. Aquel pico, que se eleva al Mediodia, es el promontorio de Circe la hechicera, y debajo permanece la gruta que lleva su nombre y podrán visitar si gustan en mejor ocasion. Mas acá, cerca de Terracina, á la terminacion de los lagos Pontinos hay una villa de 5.000 almas llamada Fondi. D. Fernando de Aragon dió esta villa en el siglo XVI al caballero Próspero Colonna. Mu-

rió este, y la viuda Julia Gonzaga pasaba allí tristemente la vida, llorando la temprana muerte de su malogrado. Es de notar que Julia era en 1534 la más hermosa entre las mujeres; cuando en el silencio de una oscura noche el intrépido musulman, hermano del célebre corsario Barbarroja, haciendo un sigiloso desembarco se echó de improviso con sus tropas sobre Fondi para sorprender la bella Julia y presentar aquel tesoro á Soliman II; con esto se armó allí la de Dios es Cristo.

¡Voto á tal!..... (y lo soltaron redondo todos á una). ¿Pero consiguió atraparla aquel *gaznápiro*? Todo ménos *gaznápiro*, señores, les contesté; no apurarse, que pasó hace ya mucho tiempo. La bella Julia pudo salvarse huyendo á los montes. Mas la poblacion fué saqueada en revancha, y una porcion de mujeres quedaron cautivas. Aquí llegaba la relacion y nos interrumpieron con la noticia de que habiamos entrado en la estacion de Isoleta y necesitábamos apearnos para cambiar de tren, porque allí junto se veia Ceprano, primera del territorio pontificio.

Nos apeamos en efecto, y nos recogieron los pasaportes y registraron las maletas hasta el último rincón, deteniéndonos dos horas, durante las cuales los polizontes del Papa nos miraron á todos de arriba á bajo

mas de siete veces, por si entre tanto cura como llevaba aquel tren al concilio, se colaba disfrazado algun Garibaldi. Mal nos sentó el tal recibimiento, y no debió faltar quien hiciera votos entre dientes para que se acabe cuanto antes el anómalo gobierno de las sotas. Volvimos á montar, y nos amaneció en Frosinóne, poblacion pintoresca sobre una colina; detrás, y separada del camino algunas leguas, está Alatri con su acrópolis sobre el pico de un monte, y sus muros de tres mil años, contruidos por los antiguos Pelasgos. Tiene fama la puerta monumental del muro por la magnitud de las piezas que la componen, comparable solamente á las de Tyrinto y Mycenae. Ferentino, la estacion siguiente, es tambien poblacion notable y muy visitada por los anticuarios, á causa de sus murallas cyclópeas; dista del camino cuatro kilómetros. Velétri, cuna de Augusto, en las faldas del Artemísio, ocupa asimismo una situacion pintoresca; y todo el trayecto hasta Frascati es bellísimo por lo accidentado del terreno y el esmerado cultivo de sus fértiles campos, en que abundan las viñas, los frutales y la vegetacion es frecuente y vigorosa.

En derredor de Roma está el vacío. Cruzábamos aquellas landas destinadas hoy á pastos de ganado, sin ver otra cosa atrás y

adelante, á izquierda y derecha, que ruinas soberbias y silenciosas de aqueductos inmensos, de *villas* y construcciones vetustas, de multitud de sepulcros en ambos lados de la via Apia, sembrados acá y allá sin orden ni concierto por toda la superficie. La tristeza se apodera del ánimo del viajero, y sin darse cuenta de lo que hace, procura contemplar en su imaginacion exaltada lo que no alcanzan los ojos. A corta distancia asoman torres, cúpulas y grandes edificios negros y poco airoso, desleidos en extenso llano, cual suelen verse en las afueras de una gran poblacion. La locomotora continúa andando por entre tápias, escombros y derribos, y llega á la humilde estacion en medio de unas huertas. Aquí fué Troya. ¡Estás, ó viajero, aunque te admire, en el interior de la que ha sido llamada por muchos *Ciudad eterna!* Este es su sepulcro; no me he expresado bien, porque ni casi cenizas quedan; ¡este es su anchuroso y eterno cenotáfio!!!...

CAPITULO XIII.

—

Tan luego como recogimos nuestros equipajes en la *Piazza Barberini, via delle qua-*

tro Fontane, núm. 16, nos quitamos el polvo y tomamos un bocado; vino una carretela de alquiler, y empleamos todo el día, que estuvo apacible, corriendo de un punto á otro para visitar los monumentos y pocas ruinas notables que aun se conservan de la Roma de los césares. Es imposible explicar el desengaño y disgusto que experimenta el que, habiendo leído los clásicos, ve por vez primera la Roma de los Papas.

Los restos de Memfis, de Heliópolis, de todo el Egipto, de Pompeya y muchas otras partes, no están profanados; no se descubre en ellos otra marca que el abandono y la huella de los tiempos. Pero en este punto el criterio de los romanos es distinto del de todos los demás pueblos. Aquí, con una libertad licenciosa, incalificable, se ha abusado de todo, en todo se han puesto inexpertas manos, todo ha sido desfigurado y corrompido. La Roma de los césares, museo inestimable de las ciencias y artes del mundo antiguo, levantada con los despojos de todas las naciones bárbaras y cultas, ha corrido la misma suerte que muchas grandes fortunas en poder de inícuos administradores. Y sin embargo, el celo exagerado en materia de religion y el deseo del pillaje no autorizan á nadie para llenar de lodo las glorias de sus mayores. Alarico, Genserico, Ricimero, Odo-

cro, Vitiges y Totila, con sus Visigodos, Vándalos, Godos, Hérulos, Ostrogodos y Lombardos; ni todos los enemigos más feroces de Roma juntos, la produjeron tanto daño como sus propios hijos los cristianos. Causa intenso dolor ver el *Mausoleo de Adriano* despojado de sus riquezas artísticas, desfigurado completamente y convertido en fortaleza inexpugnable erizada de cañones; el *Circo máximo*, que podía contener 400.000 espectadores, destruido para aprovechar sus materiales en la construcción de la iglesia de San Pedro, y plantado de viñas y hortalizas; el Panteon de Agripa, que es la perla de la arquitectura antigua, barridas sus estatuas y su inmensa techumbre de bronce, que sirvió en parte para las columnas del *baldaquino* de San Pedro, y del resto, fundido, se sacaron ochenta cañones. Ahora el Panteon es una iglesia despues de añadirle un par de torres, que con razon han sido comparadas á las orejas de un asno. Desisto de continuar en esta tarea ingrata, interminable, porque con todo sucedió lo mismo.

Cuando Mehemet-Alí, virey de Egipto, maduraba el proyecto de barrear el Nilo en la extremidad del delta, para hacerle subir á la altura de las inundaciones ordinarias, con objeto de regar las tierras bajas y convertir

todo el país en un verdadero paraiso, los apóstoles de la doctrina san-simoniana le aconsejaban llevar á cabo la empresa por el medio fácil y seductor de echar al alveo del rio una de las grandes pyrámides, cuyos materiales no podian estar mejor dispuestos. Esta tentacion, que no hubiera resistido un alma romana del temple de las de ahora, fué vencida por aquel digno caudillo, á pesar de ser mahometano. Prefirió á este sacrificio, en que hubiera ganado su país muchos millones, la consideracion de guardar intacto el tesoro de las reliquias de Egypto, verdaderos títulos de su gloria y antiguo prestigio en el mundo.‡

El Anfiteatro Flaviano, ó *Colosseum*, era en su clase la admiracion de los siglos. Marcial dijo de él en sus Epigramas:

*¡Barbara Pyramidum sileat miracula Memphis!
 ¡Omnis Cæsareo cedat labor Amphitheatro!
 ¡Unum pro cunctis fama loquatur opus!*

Fué comenzado por Vespasiano al volver de la guerra contra Jerusalem, y continuado por Tito, su hijo. Un ejército de judíos prisioneros trabajó en él por muchos años, al modo que los israelitas, sus padres, habian trabajado en las fortificaciones de Ramses y Heliópolis, bajo los faraones. Concluyólo Domiciano, construyendo de madera la galería superior. Mas, de resultas de haberse incen-

diado esta en tiempo de Macrino, la restauraron en piedra Heliogábalo y Alejandro Severo, que le dieron la última mano. Tenia el Colosseum 52 metros de altura y 546 de circunferencia, y podia contener cerca de 100.000 espectadores; esto es, 87.000 en las gradas y 20.000 en la terraza. Segun el comun sentir de los historiadores, este edificio colosal salió indemne de todas las irrupciones bárbaras, y se conservaba intacto en el siglo VIII de nuestra era.

Vosotros, piadosos y sábios romanos, ¿qué habeis hecho de este prodigio de arquitectura en que además de los venerandos recuerdos históricos que á él iban unidos, fué el teatro en que sellaron con su sangre á la faz del paganismo el testimonio de la fé de Cristo muchos millares de mártires que lo santificaron? ¡Oh vergüenza inexcusable! Establecísteis dentro de él hornos de cal mientras hubo mármoles que los alimentaran, y os sirvió de cantera en el espacio de dos siglos (desde el XIV al XVI), aprovechando sus sillares ya labrados, para edificar entre otras cosas los palacios de *Venécia*, *Farnesio* y *Barberini*, monumentos perennes de orgullo, soberbia y estúpida vanidad. Hoy, despues que Napoleon I os enseñó á respetar las antigüedades con su ejemplo, habeis pasado de uno al otro extremo, convirtiendo

los restos del *Colosseum* en *estaciones del calvario!* Si en esa tierra hay herreros, ¿no habeis visto cómo al templar las hachas de corte rechinan el agua y el fuego por ser elementos contrarios? Pues del mismo modo lo gentil y lo cristiano, lo profano y lo religioso, lo temporal y eterno, mezcla híbrida á que os mostrais tan aficionados, braman de verse juntos y se repelen.

Diré de pasada, para abreviar, que todos los templos antiguos paganos y basílicas que respetó el tiempo, se encuentran mutilados y convertidos en capillas; los teatros y circos aun tuvieron peor suerte. El teatro de Marcelo, elogiado por Vitruvio, ha sido sustituido por el palacio de Orsini; del de Pompeyo apenas quedan señales bajo el palacio Pio junto á la plaza *Campo di Fiore*. El circo de Neron es al presente iglesia de San Pedro, palacio y jardines del Vaticano; del de Salustio queda la base de las gradas allá junto á la puerta de Salara, al Oriente de la ciudad; el circo de Flaminio, situado entre el teatro de Pompeyo y el Capitolio, concluyó suministrando materiales para la edificación del palacio Mattei, y, por último, el circo Agonalis ó de Alejandro Severo, es en la actualidad plaza de Navona.

Ni un solo pórtico queda entre tantos como embellecian la gran ciudad, adornados con

obras modelos, producto del cincel griego. Muchas de sus preciosas columnas se encuentran hoy pegadas á otras construcciones, principalmente *villas* y palacios de los cardenales. Tampoco le es fácil adivinar al viajero el sitio que ocupaban el *Forum Boarium*, el *Forum Olitorium*, el *Forum* de Julio César, cuya adquisicion de terrenos sola costó la suma equivalente á cien millones de reales. El *Forum Transitorium* y el *Forum* de Augusto, nos permiten apreciar cuál debió ser la riqueza artística, á juzgar por el espécimen de pequeños restos. La plaza en que se eleva hoy la *Columna Trajana*, es una parte del *Forum* de Trajano, construido por el célebre arquitecto *Apollodoro*, y superaba á todos los anteriores en magnificencia.

CAPITULO XIV.

Forum Romanum. Cuatro palabras siquiera sea solo por respeto, voy á dedicar al gran Foro romano, donde estaban el *umbilicus Romæ*; los *Rostra* ó espolones de bronce de las naves cogidas á los Anciates; el *Mi-*

liarium aureum, punto céntrico de que comenzaban á contarse por millas las distancias á todas partes; el templo de Saturno que guardaba el tesoro de la república; y muchísimos otros edificios, y monumentos de la mayor importancia. Este *Forum* donde se reunían el senado y pueblo romano, fué el teatro en que se agitaban los destinos del mundo, y parece que continuó su existencia hasta el siglo xi de Jesucristo. Desde entonces quedó de tal manera destruido, que no fué mas que un monton de escombros, y depósito de inmundicias, por espacio de largas centurias. Sobre el año 1547 se hicieron en él excavaciones, y quedó convertido en féria de bueyes, *Campo Vaccino*, de cuyas resultas el nivel del suelo ha subido ocho metros, y está completamente desconocido.

Entre todos los monumentos antiguos hay tres arcos de triunfo en buen estado de conservación, y son preciosos; el de Constantino, el de Tito, y el de Septimio Severo. Del palacio de los césares sobre el monte Palatino que habia sido antes la *Roma quadrata*, no quedan mas que ruinas amontonadas. Estos terrenos han sido comprados por Napoleon III y se están haciendo en ellos útiles excavaciones bajo la direccion del sábio arqueólogo Pietro Rosa.

La curia romana hizo perder el pleito, des-

pojando de su mal adquirida propiedad, y castigando, como el caso merecía, la protervia y desmedida altivez de los impíos Trajano y Marco Aurelio, que tuvieron la sinrazon de permitir despues de muertos ser colocados en estatua de bronce dorado, cada cual sobre su columna gigantesca (que ambas amenazan escalar el cielo), llenas de abajo arriba de figuras en relieve, representando historias, que no se contentaron con saberlas ellos solos, sino que intentaban meter por los ojos á todos los venideros. Así que, convencidos hasta la evidencia, y sin atreverse á negarlo con una sola palabra, consintieron, á pesar de la mucha astronomía y meteorología, que debían saber ya despues de tanto tiempo de observaciones atmosféricas, en ser condenados al horno, como los niños de Babilónia. Bien empleado les estuvo por aquello que está escrito: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles*. San Pedro y San Pablo, sin pretenderlo siquiera, les sustituyeron en sus puestos con mucho mejor derecho, por estar cerca de Dios, á cuyo tribunal pueden apelar cuando gusten los caidos; que de las historias ya sabemos lo que importa hacer, cuando estorban.

Los señores del Egipto se daban sobrado tono con sus obeliscos en los tiempos faraónicos. Los emperadores de acá, no menos va-

nidosos que aquellos, trajeron muchos, haciendo grandes gastos para ello, de Heliópolis y otras partes; pues, sin saber por qué, se enamoraron perdidamente de estos grandes pedazos de sienita y granito rojo, con jerglyficos y sin ellos, y los colocaron en los puntos salientes de sus obras de lujo, haciendo tal vez sin caer en la cuenta el papel del grajo de la fábula. La Roma moderna los ha vuelto á colocar donde le pareció mejor (por las plazas y paseos) plantificándoles encima la santa figura de la cruz para que el diablo no se los lleve. Si mal no recuerdo han de ser siete ú ocho los que he visto, y algunos muy notables.

El lector recordará lo que se dijo atrás respecto á las termas de Pompeya, pues comparadas con las termas de Roma, vendrian á estar en la proporcion de la hormiga con el elefante. Los césares y emperadores, tan tyranos y aborrecidos de sus enemigos los bárbaros, se desvivian por tener contentos á los romanos, y se mostraban con ellos harto melindrosos: de modo que casi todos aspiraron á captarse su cariño y confianza mediante colosales obras útiles al pueblo, que hubiesen de perpetuar su memoria, y excitasen la admiracion de los extranjeros. Augusto al morir dijo las siguientes palabras: «Me entregásteis una ciudad de tápias y ladrillo,

»y os la devuelvo construida toda ella de »mármoles.» A esta clase de establecimientos pertenecen las *termas*, ó baños públicos; y las llamaron así, porque el pueblo podia bañarse á su gusto en aguas frias, templadas, calientes, y en vapor; y lo que mas monta, sin pagar dinero. Hizo las primeras termas Agripa; siguieron el mismo camino Neron, Tito, Trajano, Commodo, Caracalla, Alejandro Severo, Filipo, Diocleciano, y Constantino. Las de Caracalla que contenian 1.600 pilas de mármol bruñido, y las de Diocleciano que admitian 3.200 bañistas á la vez, eran cada cual de ellas una verdadera ciudad. Además de los paseos de árboles, pórticos inmensos de columnas, teatros, biblioteca, y pinacoteca ó sea galerías de pinturas y estátuas, habia todo género de espectáculos, gymnasia, escuelas, etc., para educar al pueblo, é inspirarle gusto por las artes y ciencias mediante los mejores modelos. Dios sabe los tesoros artísticos que de allí se han extraido, y sus ruinas son de las mas imponentes.

Para concluir con la Roma antigua, voy á decir algo de los *acueductos*. El agua es la vida de una gran poblacion; no contentos aquellos titanes con el caudaloso Tíber que dividia en dos su incomparable metrópoli; y de la que podian encontrar en todos los si-

tios abriendo pozos de poca profundidad; hicieron afluir sobre Roma un volúmen de aguas potables que se ha calculado ser igual á las que arrastra el Sena á su paso por París ordinariamente. ¡La imaginacion se abisma al contemplar tanta magnificencia, y los gastos enormes de diez acueductos como rios, suspendidos en el aire en arcos (sobrepuestos algunas veces) toda una línea de 32 kilómetros, montando el largo de su lecho 668, que vaciaban sobre Roma 1.300.000 metros cúbicos cada veinte y cuatro horas!... Al presente solo restan tres de los diez, y todo el mundo sabe la ventaja que lleva Roma á las demás capitales en punto á dotacion de aguas.

CAPITULO XV.

Roma moderna. *Tienen sus nidos las aves, y madrigueras las raposas: empero el hijo del hombre no posee sobre qué reclinar su cabeza.* Esta queja, que exhaló el Redentor, impresionó tanto á los romanos que en todos los tiempos, y por todos los medios, han procurado siempre que ya que el Cristo fué pobre de solemnidad, no lo sea el Papa su vi-

cario. Poseían ya los vicarios de Cristo el magnífico palacio y la suntuosa basílica de San Juan de Letran. No es bastante, dijeron. Un palacio lo tiene cualquiera rey ó emperador, duque, marqués, baron, y aun una persona de inferior estofa. Los pastores de ovejas se nutren de su carne, ordeñan su leche, y se regalan con su vellon, que tranquilan al año cuantas veces quieren á su gusto y complacencia. ¿El que tiene las llaves de los tesoros del cielo, no será superior á los reyes y emperadores que almacenan el oro y plata y baten moneda de vellon estampando en ella su cara bonita? Los pastores de ovejas, aunque los haya que puedan arrastrar coche, llegarán siquiera al tobillo al Papa, pastor universal del rebaño de Jesucristo en todos los ámbitos del orbe? Pues la consecuencia legítima de esto es, que todo es poco para él; y que á su presencia *flectatur genua creatura omnis cœlestium, terrestrium et infernorum*. Abajo el monte Vaticano, y construyámosle allí una agrupacion de palacios reunidos, que dejen vizco al emperador celeste de la China, y á cuantos poderosos haya podido y pueda en adelante alumbrar el claro sol. Lo hicieron así. ¿Con qué llenamos los palacios? se preguntaron.—Con objetos artísticos, sagrados y profanos de primer mérito.

Efectivamente; hay dentro una porcion de museos llenos de piezas de incalculable importancia por su materia y por su forma, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros dias. Cuanto han producido los hombres en estatuaria, en pintura, en todas las artes y ciencias, se encuentra allí reunido con extraordinaria profusion en aquellas inmensas bibliothecas, anchurosos é infinitos salones, galerías interminables. La arquitectura de los palacios es tan grande, tan bella, y tan sobresaliente; los materiales tan ricos, raros y preciosos; las combinaciones tan felices; las perspectivas de fuentes, jardines, átrios y peristylos tan sorprendentes, tan bien estudiado todo, tan lujosa y atildadamente concluido, que, si la morada de la gloria y el cielo empíreo pudiesen estar en la tierra, esa gloria y ese cielo serian el Vaticano. Todavía no paró aquí el celo de los romanos en la apotheosis del vicario de Cristo. Dios creó el firmamento para teatro de su gloria: hagamos tambien nosotros, dijeron, en honra del vicario de Cristo un templo en que pueda exhibirse y ejercer sus funciones jerárgicas con toda pompa y majestad; que por muy adelante que vayamos en esto, siempre habrémos de quedarnos cortos como en todo lo demás.

Ciento cincuenta años tardaron en edificar

á San Pedro al pié del Vaticano; y á pesar de los muchos materiales ya labrados, que pudieron aprovechar acabando de derruir numerosos edificios gentílicos, y de la baratura de los jornales y subido valor del dinero en aquellos tiempos, consumieron más de mil millones de reales en la obra bruta solamente. Lo que gastaron despues en guarnecidos, dorados, y toda clase de pinturas y decoraciones, asciende á una cantidad tal, que en mi concepto, no hay pluma que pueda sumarlo. Baste decir, que en lo interior el templo está lleno de mosaicos, copias de las pinturas más excelentes, y que las hay que costaron veinte años de trabajo continuo al artista. Es el primer edificio del mundo.

Quizá tan costoso como el anterior ó poco ménos será el templo que bajo la advocacion de San Pedro y San Pablo están construyendo al presente, en las afueras de Roma á dos kilómetros de distancia mirando al Mediodia cerca del Tíber. Esta maravilla del arte que cautiva y embelesa al forastero aun sin estar concluido, tiene la contra de no servir para el culto ordinario de los fieles por no poder establecerse poblacion en aquel punto, infestado de la *malária*; pero servirá para que el vicario de Cristo reparta desde allí sus bendiciones alguna vez al año.

Notables son por demás tambien las igle-

sias de Santa María la Mayor, San Juan de Letran, San Lorenzo y otras mil atestadas de reliquias, desde la escalera del palacio en que Pilatos se lavó las manos y la vara milagrosa de Moisés, hasta la piedra que muestra la huella de los piés de Cristo, en el momento de su ascension á los cielos: no sé dónde, ni cómo han podido los romanos encontrar tanto.

Tampoco escasean los conventos de frailes y monjas en la capital del cristianismo, y hay en ellos mucho en que pueden entretenerse agradablemente los ociosos. Pero por desgracia, aunque el espíritu del hombre esté siempre pronto, á la carne la pesan los calzones. Aprovechamos el último rayo de luz del día 7 y nos retiramos fatigados á prepararnos convenientemente para ver en la mañana del día 8 de Diciembre la apertura del concilio ecuménico. Amanecemos en paz, y el Señor Dios tuvo por conveniente aguar la fiesta enviando todo el día una copiosa y tenaz lluvia, que nos puso á todos como chupa de dómine, segun dicen aquende.

Salimos á pié los compañeros que no nos fué posible encontrar un coche, y llegamos á San Pedro mas que medianamente blandos al dar las ocho. Con el bullicio y las apreturas de la mucha gente nos dispersa-

mos, y quedamos solos D. Joaquin Jamar y yo. Aguijoneados por la curiosidad de verlo todo, de buen grado y por fuerza fuimos pasando aquella inmensa nave hasta vernos colocados á la entrada del brazo derecho de la cruz latina que forma el templo, en donde estaban los asientos de los prelados del concilio. Desde que habiamos penetrado en el templo oiamos cada vez mas cerca preciosas voces, que en el majestuoso y pausado canto gregoriano entonaban el hymno *Veni, Creator*, que nos robaba toda el alma. Nada de instrumentos; aquella melodia divina, que parecia un coro de ángeles, fué acaso la impresion mas grata entre las infinitas que nos produjo la ceremonia de apertura. Comenzó por una procesion muy larga, que ocupó en pasar hora y media, saliendo de las habitaciones del Papa en el Vaticano, bajando la escalera, entrando por los piés de la iglesia; y corriéndose por junto á los arcos que forman el costado de la derecha, entró en la gran capilla destinada á las sesiones públicas de la asamblea. Dicho se entiende que todo este largo trayecto estaba cubierto por una fuerte columna de zuavos con chacó puesto y bayoneta calada para tranquilizar al espíritu santo de los cardenales y obispos. Tambien por la parte que el público llenaba se veian de trecho en trecho

largas filas cerradas de hermanos con uniforme y sendos bigotes retorcidos, mostrando piadosamente en sus manos cristos del sistema de Verdán y lucientes cruces de acero. El espectáculo era una mezcla sacroprofana, que por lo singular y abigarrada podía satisfacer á todos los gustos. Se celebró una misa solenne que debió muy bien valer por diez; hubo sermon en latin para mayor claridad; y despues de otras muchas cosas ménos importantes al objeto de esta reseña, nos despenó su Santidad con una bendicion papal, que se encargaron de promulgar *urbi et orbi*, los cañones del fuerte de *Sant'-Angelo*.

Los padres del concilio estaban radiantes de alegría y beatitud, revestidos de capas de coro y mitras blancas, barbados los unos, semibarbados los otros, con bigotes los de más allá, y el resto la cara enteramente lisa; no es fácil ver tantos juntos en otra ocasion; pasaban de ochocientos. Hasta más de las doce y media en que salimos de aquel baño de vapor sudando á chorro por todos los poros del cuerpo, con la ropa hecha pedazos por efecto de las apreturas y empujones, vimos sacar muchas señoras medio asfixiadas; y la gran multitud no manifestaba mucho fervor religioso, ni sobrado respeto á cosas tan santas. A mí no suelen sentarme

bien las impresiones fuertes, ni los espectáculos de estrépito, porque padezco de nervios; así que no vería de buena gana otra apertura de concilio ecuménico.

A las tres de la tarde despues de almorzar volvimos á ver retirarse los obispos y continuaba lloviendo á chaparrones. Entonces tuvimos ocasion de observar de cerca y muy detenidamente, que la estatua en bronce de San Pedro, que habiamos visto desnuda el dia antes, estaba ricamente vestida. Sostenian sus hombros un manto de seda encarnada recamado de oro, del valor de una provincia, y ostentaba en la cabeza la tiara de las tres coronas cuajadita de esmeraldas y brillantes gordos como bellotas de Extremadura. Por lo pronto me pareció un anacronismo horrible, al mismo tiempo que una inocentada de los señores romanos, pues suponian con esto, que ni los padres del concilio, ni los demás pecadores que allí estábamos, hubiésemos saludado en nuestra vida una página de la historia.

Hicimos por fin nuestra despedida dejando á San Pedro y su iglesia, que causa mayor sorpresa cuanto más se la mira, y ya en la plaza semicircular dije á mis camaradas: caballeros, hemos visto al Papa blanco y su córte, vamos ahora á ver al Papa negro (así llaman los que habitan de este lado del Tí-

ber al general de los jesuitas). Dicho y hecho: tomamos un coche y al poco rato entrábamos en la iglesia del *Gesú*. Dimos en derredor una vuelta examinando sus pilastras corintias, sus estucos dorados, sus esculturas de mármol y sus preciosas pinturas; mas nada iguala en toda ella á la riqueza de la capilla de San Ignacio, á la izquierda del altar mayor. El globo sostenido por el Padre Eterno, dicen ser el mayor pedazo de lapislázuli que se conoce. La efigie de San Ignacio, de cerca de tres metros, está forjada de plata maciza; y por el estilo es todo el resto. A la raiz del suelo bajo la mesa del altar hay una especie de hornacina que contiene reliquias del santo, con reja de hierro muy historiada y una iluminacion fantástica que atrae allí la gente, femenina sobre todo, como van las moscas á la miel. Admirado un andaluz del Poniente, dijo á media voz: «En *armadiñas pa o diñeiro* no hay competencia posible con los jesuitas.» Era ya noche y hubimos de retirarnos á nuestro alojamiento para ponernos ropa enjuta y descansar, que lo necesitábamos grandemente. *Roma veduta, fede perduta*, dice un antiguo proverbio.

CAPITULO XVI.

A las ocho de la mañana del día 9 partiamos para Civita-Vechia en el tren, los señores Huesca, Jamar y yo, adonde llegábamos en dos horas. En esta antiquísima ciudad, cuya población no sube á ocho mil almas, permanecimos tres días, eternos por lo largos, esperando buque para Marsella, que ninguno de ellos pudo arribar en este tiempo por el malísimo estado del mar. El día 11, por fin, llegó el vapor *Vaticano* (de las Mensajerías Imperiales); entramos en él no sin recelo, y ya muy de noche se deslizaba blandamente, dejando aquel seguro y fortificado puerto, construido hace días por el célebre emperador Trajano. La travesía fué muy expuesta y cruel: cuando desembarcábamos en Marsella en el crepúsculo de la mañana del 13, volví la vista atrás para proferir indignado el siguiente apóstrofe: *¡Huye de mí, onda amarga, mónstruo sin entrañas y sin amor! ¡Ya que Dios piadoso me libra hoy de tu negra garganta; primero que vuelva yo á far-*

me de tus caricias, lo habré de pensar siete veces!!!...

Fuimos á dejar los equipajes al hotel del *Louvre*, magnífico y muy confortable alojamiento (350 aposentos) siempre lleno de huéspedes, ingleses principalmente; ocupa uno de los puntos mejores de la aristocrática *rue Canebiere*. Tienen fama los cafés de esta ciudad por lo numerosos y ricamente decorados; tales son el *Turco*, de las *Mil columnas*, de *Francia*, de *Ambos mundos*, del *Universo*, de *Venecia*, de *Oriente*, de los 86 *Departamentos* y *Bodul*; en este último tomamos un refrigerio para entretener el estómago.

Una aventura no floja que me habia sucedido el dia 28 en el mar, hizo que no nos separáramos mucho del puerto, en cuyas inmediaciones está la oficina de las Mensajerías Imperiales. Por cuestion que surgió entre nosotros, interpretando los derechos que nos otorgaba el talon del itinerario que nos fué entregado en Alejandría, yo quise salir á la cubierta del buque para leer á toda luz y á mis solas la mitad que me quedaba, pues el resto obraba en poder del capitan. Tomando préviamente todas las precauciones imaginables, me senté en un rincon dando la espalda al viento, y habiendo ahuecado el capote, comencé á leer mi papel, teniéndolo

por ambás márgenes fuertemente agarrado. Vino una manga de aire, que no sé si bajó del cielo ó subió del abismo, y con un ímpetu irresistible cual si tuviera cien manos, me arrancó de las mias, infinitamente más débiles, aquella prenda de salvacion en que cifraba yo toda mi esperanza. Al verlo volar por encima de las olas un momento, sentí que se iban detrás mis ojos, mi corazon y todos los espíritus vitales. Me quedé atónito y muerto, como quien sufre un *apaullo* en el sombrero, y no se dá cuenta todavía si le han aplastado la cabeza. Tuve que decir el *confiteor* ante el jurado de los compañeros que se burlaron de mí cruelmente, y creo que aun les durará la risa por haberme visto impresionado de aquel modo. Fué tan caballero el capitán de la *Guienne*, que me expidió en el acto y gratuitamente un *certificado*, para garantizarme despues del desembarco.

Ahora, pues, era la ocasion de presentarme al director de las Mensajerías, para cambiar el tal *certificado* por un billete de ferrocarril. Este señor nos recibia con mucha y muy afable prosa, pero se negaba con pretextos frívolos, al parecer, y sin embargo no nos desauciaba. Volvimos, y nos encaminó, dejando entrever un rayo de esperanza, á la direccion del ferrocarril, en donde tam-

poco pudimos conseguir nada. Visitámosle por tercera vez, y con más franqueza hicimos la proposición de aceptar en lugar del *certificado* la cantidad en metálico que representaba, rebajando lo que se creyese justo. Se iluminó su semblante al oír hablar con tanta gracia, y de 97 francos recibimos 84, despidiéndonos con mil zalemas. Me quedé asombrado al ver á un sujeto de tantas campanillas que no desdeñaba una vedija del borrego que pasaba por su puerta.

Puesto que no podíamos tomar el tren hasta las diez de la noche, nos pareció conveniente aprovechar el tiempo corriendo toda la población. Tiene Marsella más de 300.000 habitantes sin el infinito número de forasteros que entran y salen todos los días por tierra y mar. Su puerto, el mejor de la Francia, consta de una porción de anchurosos muelles, en que estaban á la sazón anclados sobre 2.000 buques. El movimiento mercantil inmenso; mas que en todos los puertos de España juntos; y seguirá siendo cada año mayor, por las grandes condiciones con que dotó la naturaleza á este puerto, y lo mucho y bien que se trabaja en mejorarlo.

Abastece de aguas á Marsella un soberbio canal de 87 kilómetros de largo, que vácia diez metros cúbicos por segundo en el gran

depósito fabricado cerca del jardín zoológico, en la parte alta de la población. Hay muchos y muy suntuosos hoteles; docks de un cuarto de legua, compuestos de agrupaciones distintas en arquitectura, pero armónicas, con seis ó siete pisos, todo piedra perfectamente labrada; calles enteras como la Imperial, en cuyas dos aceras todas las construcciones son flamantes y elegantísimos palacios. Los monumentos principales, son: la nueva Cathedral byzantina, el *Hotel de Ville*, el palacio de Justicia, la Bolsa, el Arco de Triunfo, el Museo, y por último *Notre-Dame de la Garde*.

Este templo de Nuestra Señora, que antiguamente atraía peregrinos de luengas tierras, ha sido reformado en estylo romano-byzantino, y está situado en la cumbre de una alta colina, que sobresale y domina grandemente la ciudad, sus contornos hasta larga distancia, y toda la costa del mar vecino. Nos cogió allí la postura del sol, sin cansarnos de contemplar lo mucho y bello que desde el asiento del templo se alcanza á la redonda.

La torre estaba desmontada y vestida de andámios. La obra que se hacia era, segun me habian informado en París, para convertirla en pedestal de una estatua de la Virgen, de trece y medio metros de altura, he-

cha de bronce fundido y dorada á fuego. *Notre-Dame de la Garde* inspira ferviente devocion á la marinería y gentes del contorno; por tanto, la municipalidad de Marsella, fiel intérprete de los deseos y sentimientos religiosos de sus administrados, concibió el feliz y plausible proyecto de colocar el objeto de las adoraciones del pueblo de modo que lo puedan tener siempre á la vista unos y otros, tanto de la parte de tierra, como mar adentro en un rádio de veinte leguas. Quisiera volver á Marsella solo por admirar la estatua en su puesto.

El lector llegará ya aquí hartó fatigado de tan pesada y larga relacion. Esto, dirá para sus adentros, es cantar mal y porfiar. Basta y sobra de dar gusto á la pluma que nunca de volar se cansa; y por lo mismo que me veo colocado en el wagon y suena el chiflido de la máquina, voy á concluir de golpe y porrazo.

Pasamos rápidamente todo el Mediodia de la Francia, por Mompeller, Narbona y Tolosa; en esta última y en Bayona nos detuvimos algunas horas. El 16 á las once, habiendo dejado á Jamar en San Sebastian y á Huesca en Búrgos, se acercaba solo el que esto escribe á la capital de las Españas, viendo con placer inefable subir el humo de su cocina: sano y salvo, es verdad; pero quebran-

tado el cuerpo por haber corrido en cincuenta dias más de tres mil leguas, y zurrado del viento y de la lluvia como los leones del desierto.

Quince dias de dormir y soñar, conversaciones con los amigos y frecuentes visitas á los sitios de costumbre; todo esto, confieso mi debilidad, ha sido necesario para convencerme de que yo soy yo y que existo, vivo y respiro. Y cuando trato de sondearme, siempre me queda el escrúpulo de haber cambiado algo y no encuentro, por más que las busco, muchas ilusiones que antes me eran familiares. En compensacion conservo un tesoro de impresiones, y algunas ideas rectificadas, que no olvidaré facilmente, segun creo. Tambien aprendí á respetar, más que solia, á los que á un fondo regular de instruccion agregan la buena suerte de conocer prácticamente las creencias y costumbres de gran número de ciudades y naciones.

FIN.

ERRATAS QUE APARECEN EN ALGUNOS EJEMPLARES.

Páginas.	Línea.	Dice.	Léase.
5	13	e	el
136	20	por	por los
136	22	dórica	dóricas
176	2	celebrase	celebrase la
188	1	aquí llegaba	aquí llegaba
191	24	le daban	les daban



100



BARDON

VIAJE

À EGYPTE



2789

